

VIKY ELIS

LOS DOS LIBROS DE SAN ANDRÉ

Crónicas de Magia
Libro I



Los Dos Libros de San André

VIKY ELIS

Título Original: LOS DOS LIBROS DE SAN ANDRÉ

Copyright © Viky Elis 2024

Queda prohibido dentro de los límites establecidos en la Ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798858532781

DEDICATORIA

A Daniel y Melanie
A Carlos, Carla, Carlotta y Sofía
Mis pilares en todo lo que emprendo

CONTENIDO

1. UN VIAJE MUY LARGO.....	1
2. TIERRA DE MAGOS.....	7
3. LA BORRASCOSA.....	14
4. FORASTERAS EN EL PUEBLO.....	26
5. LA MANSIÓN DE ZARNIA.....	37
6. Y LLEGARON LAS CALABAZAS.....	48
7. EL JUICIO.....	91
8. LEONARDO, EL MAGO.....	111
9. DE VUELTA A SAN ANDRÉ.....	138
10. LA PROPUESTA DE FARFÁN.....	138
11. ZOROASTRO.....	149
12. LA NOCHE MÁS OSCURA.....	170
13. EL ADIOS.....	191
ACERCA DEL AUTOR.....	197

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, cuyo amor y apoyo incondicional han sido la fuerza que me ha impulsado a dar vida a este mundo de fantasía. Gracias por creer en mí y por brindarme un hogar donde siempre puedo encontrar inspiración.

A aquellos que han seguido mi trabajo desde el principio, gracias por su lealtad y por sus comentarios que tanto me animan. Y a los nuevos lectores, espero que este libro le abra las puertas a un mundo de magia y aventuras.

UN VIAJE MUY LARGO

El terreno era abrupto y el destartalado autobús saltaba como una cabra de monte y levantaba el polvo del camino, por lo que era poco lo que veíamos por la ventana. El rostro de Mariana, mi hermana menor, estaba descompuesto y temí que pudiera vomitar en cualquier momento. Mi otra hermana, Beatrice, a quien apodábamos la aristocrática por sus ínfulas de reina, molestó a todos los presentes desde que abordamos la unidad:

—Oiga, conductor ¿Dónde aprendió a manejar tan mal? ¿Sabe que no somos cerdos, ah? ¿No había un autobús menos destartalado en el terminal?

A una señora rolliza que se sentó al frente de ella:

—¿Sería tan amable de cerrar esa ventana? Está entrando el viento y me está despeinando.

Minutos después, a un mozo rubicundo:

—Mira, tú, me muero de calor. ¿Podrías rodarte un poco más allá?

Yo la escuchaba y la dejaba destilar su veneno, porque la verdadera razón de su descontento era que estaba indignadísima por las circunstancias que nos hicieron abandonar las comodidades de nuestra casa en la ciudad para mudarnos con nuestra abuelastra a San André. Iba a ser difícil vivir sin el abuelo Genaro, cuya repentina muerte nos dejó a todas sumidas en una profunda tristeza. Los abogados estipularon que viviríamos con Gertrudis hasta que yo cumpliera la mayoría de edad; y desde entonces sentí un mal presentimiento, un desasosiego, una

sensación inexplicable de inminente peligro que no podía explicar. Muchos de mis temores provenían del hecho de que en la mansión en la que viviríamos había muerto un mago negro en extrañas circunstancias. En su oportunidad, el abuelo dijo que hubo muchas conjeturas con respecto a la causa del deceso y que nunca se encontró al culpable. De hecho, Genaro compró la casa a precio de gallina flaca porque nadie en el pueblo se atrevía a habitarla.

Por otro lado, hacía años que no veíamos a Gertrudis. Me preocupaba que estuviera tramando algo en contra nuestra, porque el abuelo la dejó sin bienes después del divorcio. Tanto ella como su nieta permanecían en la mansión porque ninguna tenía dónde vivir.

El autobús bajaba la encrespada cuesta a duras penas. En algunos trechos encontrábamos piedras y ramas que obstaculizaban la vía, razón por la cual el viaje estaba tomando más tiempo del debido. El sol de mediodía era torturante; además, había poca ventilación y nos aferrábamos a los asientos para no rebotar como pelotas de ping pong. Y por si esto fuera poco, tuvimos que escuchar los sonidos intermitentes de una radio mal sintonizada que, por alguna razón, parecía agradarle al conductor.

Saqué la cabeza por la ventana y vi que estábamos descendiendo; en cualquier momento llegaríamos al terminal. Sin embargo, el conductor parecía desesperado por llegar a su destino, no solo por las necesidades de mi hermana, que exasperarían hasta al más ecuánime de los monjes, sino por la figura fantasmagórica que abordó el vehículo a último minuto. El hombre se había instalado en los asientos del fondo, manteniendo dominio visual sobre todos los pasajeros.

La señora rolliza nos advirtió:

—Tengan cuidado con ese hombre. Trabajaba para una bruja que desapareció del pueblo hace cincuenta años. No lo habíamos vuelto a ver. ¿Quién sabe qué lo trae de vuelta? ¡Nada bueno debe ser!

Beatrice volteó a mirarlo sin disimulo y yo le di un puntapié. El hombre se percató que lo mirábamos y alzó su sombrero a modo de saludo.

—Lo llamaban el Verdugo. Nunca supimos su verdadero nombre —agregó la señora rolliza, y yo pensé que jamás nombre alguno estuvo tan bien puesto.

Beatrice, por su parte, pensó que su apariencia era extraña: cuerpo encorvado, piel aceitunada y ojos aciagos incrustados en un rostro enfermizo, pero no le prestó mucha atención. En cambio, siguió con su

distribución equitativa de reclamos, inmune al acoso del tétrico personaje.

La espesa vegetación bloqueaba a ratos los rayos de sol procurándonos pequeños oasis de frescura y sombra. Al cabo de un tiempo de observar el paisaje, cerré los ojos y me dormí. Minutos más tarde, un bullicio que fue subiendo poco a poco en intensidad, me hizo salir de mi letargo y darme cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino. Enseguida, desembarcamos en la rampa cargando nuestro equipaje a duras penas. Estaba atestada de gente que caminaba en todas las direcciones llevando fardos y paquetes. ¡Que ajetreo! Los fardos parecían señoras obesas acinturadas con mecate, pero también había elegantes damas enfundadas en faldas multicolores que se movían a lo largo de la plataforma con bolsas y carteras de extraña confección.

Lo primero que advertí, además de la actividad febril incongruente con el tamaño del pueblo, fue la hostilidad de sus moradores, que nos miraban como si estuviéramos invadiendo un recinto sagrado. No disimulaban para nada su desagrado.

—¿Por qué nos miran así, Camila? —preguntó Mariana, un tanto asustada.

Traté de calmarla:

—No lo sé, querida. Vamos, camina, busquemos a Gertrudis.

Beatrice también opinó:

—No les hagas caso, Mariana. Seguro nunca han visto gente con clase como nosotras y eso les causa envidia.

Salimos del terminal y nos acomodamos en la acera, cuidándonos de no interrumpir el paso de los transeúntes. Lo siguiente que advertimos fue que nadie nos estaba esperando y este primer desaire nos bastó para entrever el tratamiento que recibiríamos de Gertrudis.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó Mariana, atisbando arriba y abajo la calle.

—No lo sé, querida. A lo mejor Gertrudis se retrasó. Esperemos un rato por si aparece.

—¡Esto no me gusta nada! —dijo Beatrice, sentándose encima de su maleta, cruzando los brazos sobre el torso.

La comunidad de San André no estaba acostumbrada a recibir turistas y veía con recelo a todo visitante que llegaba a sus tierras. Su extenuante monotonía era exactamente como sus residentes querían que fuese y seguirían queriendo por muchos años. La panadería de Doña Tula era exactamente la misma que su tatarabuela fundara a principios de siglo y

continuaba vendiendo los mismos bollos horneados de entonces; la farmacia de Don Antonio tenía los mismos frascos con jarabes acuosos y pastillitas de colores, arrumados bajo la estampita de José Gregorio Hernández, junto al letrero escrito a mano de *Hoy no se fia* que su abuelo Domingo colgó sesenta años atrás; y la pulpería de Don Eustaquio aún tenía el viejo mueble de cuero en donde sus clientes esperaban sentados los pedidos de solomo de cuerito y puerco, retorcidas sus patas por el peso de los años y de Don Ramón, el zapatero.

Además de su notabilidad por la monotonía, San André era notable por sus pretensiones. No tenía grandes riquezas naturales de las cuales vanagloriarse, así que se vengó utilizando el recurso de la exageración para exaltar lo que la misericordia de Dios le había negado. De esta forma, gracias a la magia de la hipérbole, el arroyito de agua cristalina de La Vaquera quedó bautizado como *Río Grande*, a pesar de la delgadez de su caudal y de que no era río ni era grande. Similar tratamiento recibieron las cuatro paredes de la iglesia del Padre Tobías bautizadas como *Catedral de la Santísima Virgen María de la Concepción de San André*, con el subsiguiente problema que cuando fueron a colocar el apelativo en grandes letras de aluminio les faltaba pared o les sobraba nombre, por lo que al final se transaron por *Iglesia de la Santísima*. Las calles empedradas, los faroles de luces moribundas y hasta el aire fatigoso eran los mismos, y jamás hubiera pensado que en aquella localidad se sucedieran los hechos que me pusieron en contacto con la magia.

Nos resignamos, pues, a esperar, pero pasaban las horas y nadie aparecía. Mariana, ojerosa y cansada, posó su cabeza en mi hombro y suspiró, expresando de esta forma lo que mil palabras no hubieran podido expresar. Era tímida, jamás efusiva, ni con las frases ni con las emociones. ¡Ah! pero qué maravillas hacía con los gestos y los monosílabos. Su suspiro, henchido de carácter y significación, marcaba el final de un ciclo y el comienzo de una nueva vida para nosotras llena de desasosiegos y desencantos.

—Camila, creo que ya es hora de que busquemos transporte por nuestra cuenta. Gertrudis no va a venir y no quiero que nos agarre la noche en este peblucho —dijo Beatrice, al borde de la histeria.

Beatrice era toda efusividad y dramatismo. En ella, los vocablos adquirían matices insospechados, inventaba palabras jamás vistas por la Real Academia, con pronunciaciones tan estrafularias como rebuscadas, dignas de algún dialecto africano.

—Esperemos un poco más. Si no ha llegado en quince minutos, tomaremos un taxi —dije, conteniendo la rabia.

Mientras esperaba, traté de recordar la fisonomía de Gertrudis, pero todo lo que venía a mi mente era su imagen como una masa amorfa, inverosímil, por lo que desistí de la idea de imaginármela y esperé a que llegara la versión original. En realidad, nunca convivimos con ella a tiempo completo; la visitamos solo en dos ocasiones durante unas vacaciones de verano. Cuando murieron mis padres y fuimos a vivir definitivamente con el abuelo, ellos ya estaban separados. Después del divorcio, él nunca habló de Gertrudis, salvo en contadas ocasiones cuando recibía correspondencia y a medida que la iba leyendo, su cara se tornaba más y más escarlata, al tiempo que exclamaba:

—¡Qué descaró! ¡Qué insensatez! ¡Qué desfachatez!

Y después de proferir acaloradamente una colección de palabras que terminaban en *ez*, se quedaba quieto y pensativo, sin comunicarnos jamás la causa de su infortunio.

Transcurrieron los quince minutos acordados y la abuelastra no apareció, así que decidimos tomar un taxi. Iban a ser las cuatro de la tarde. Por fortuna, había una línea de carros dispuestos a llevarnos por muy poco dinero. Durante el trayecto, observamos los estragos que el verano causó en los campos. Por donde quiera que miráramos todo lo que se veía era una extensión vegetal amarillenta y algunos manchurroneos claros. Los tordos retozaban sobre los árboles aprovechando la sombra de los pocos arbustos que aún tenían hojas y un vapor infernal brotaba del suelo regurgitando un olor familiar a bosta de ganado, diluido apenas por la escasa brisa que se colaba por la ventana del carro en movimiento.

La Borrascosa quedaba alejada del pueblo y formaba parte de un puñado de casas construidas en las campiñas por los primeros moradores de la región. Ya casi llegábamos a la mansión, cuando noté una casa abandonada rodeada de matorrales y de aspecto siniestro.

—¿De quién es esa casa? —pregunté por curiosidad.

—Es de una bruja negra que desapareció hace cincuenta años.

Recordé las palabras de la señora rolliza del autobús y sentí un estremecimiento, no obstante, la curiosidad me embargó. Entonces, agregué:

—Está cerca de La Borrascosa, podremos ir a merodear cuando estemos aburridas.

El conductor se sobresaltó:

—No se lo recomiendo. Nadie se atreve a entrar a la mansión de la hechicera Zarnia por temor a las criaturas diabólicas que allí moran.

Beatrice soltó una carcajada:

—Esos son cuentos pueblerinos. Las brujas no existen y las criaturas diabólicas tampoco.

El conductor arrugó el ceño y se mantuvo en silencio el resto del trayecto. Luego de algunos minutos de recorrido, divisamos al fin los irregulares picos del tejado de La Borrascosa y temblé de emoción al recordar los días que compartimos allí con el abuelo.

Debo aclarar que antes de ese momento infame en que el abuelo murió estábamos convencidísimas de que el mundo giraba a nuestro alrededor, lo sustentaban los mimos del abuelo y del séquito de cuidadoras que estaban a nuestras órdenes. Éramos muchachas engréidas, aun así, teníamos virtudes. Por mi parte, siempre me consideré una persona amable, comunicativa y confiable. Beatrice era bella y lo sabía y paseaba su belleza por tantos centros comerciales como fuera posible, con la solemnidad de una reina sin reino. Mariana, en cambio, libre de toda ofuscación, era un alma caritativa. Amaba a los animales y ni San Francisco en toda su gloria salvó tantos perritos y gaticos como Mariana en su ministerio.

Arribamos a La Borrascosa como a las seis de la tarde. Le pagamos al taxista y este tomó el camino de vuelta al pueblo. De frente a la mansión, nos dimos un tiempo para observar la fachada. Se parecía mucho a la de mis recuerdos, aunque mostraba ya los estragos del tiempo. Sobre la superficie empedrada de la entrada creció un musgo verduzco entre las juntas que le daba un aspecto sedoso. No pude evitar pensar que en esa casa había muerto un mago negro y se me puso la piel de gallina.

—Bueno, aquí voy —dije, afinando mis nudillos para tocar el portón.

TIERRA DE MAGOS

Eisenbaum, tierra de magos, era un conjunto de planicies y colinas costeadas por el mar al que solo se llegaba por medios mágicos. Abundaban los riachuelos que desembocaban en el lago Zoromix, de aguas tan plácidas que parecían detenidas en el tiempo. Los abedules alcanzaban alturas inimaginables de más de cincuenta metros y diferentes especies arbóreas convivían bajo un mismo bioma sin que se perturbaran unas a otras. Más allá de los valles se alzaban dos grandes montañas: la Osa Blanca del Norte, nombrada así porque la silueta redondeada del pico bañada en nieve semejava el rostro de un oso polar y la montaña del Oso Verde del Sur, en donde se encontraba el asentamiento de magos y hechiceras más poderoso del mundo, La Ciudadela.

Entre las campiñas y el mar habitaban los seres mágicos, criaturas sensibles que vivían en perfecta comunión con la tierra, cultivaban verduras y hortalizas de forma rudimentaria y fabricaban sus casas con materiales que obtenían de su entorno. Nada en su ámbito representaba una amenaza para el ambiente. La población de elfos estaba asentada en las faldas de la montaña Osa Blanca del Norte, al mando de Alaris, jefe de la comarca; los duendes, en las orillas del lago Zoromix, al mando de Ducran; y las hadas, representadas por Xanatrix, habitaban los bosques y compartían hábitat con los unicornios alados. No estaban restringidos

a esas áreas, sino que cada raza seleccionó el mejor entorno para su especie.

En el pináculo de La Ciudadela se hallaba La Fortaleza, una imponente estructura, con paredes de un metro y medio de espesor, bordeada por una escarpada muralla; y cuando los vientos marinos rebotaban contra ella producían un peculiar sonido, muy parecido a murmullos, que asustaba a los aprendices. La Fortaleza era el hogar del Mago Supremo y algunos miembros importantes de la Cofradía. Funcionaba también un centro de aprendizaje para aquellos estudiantes sobresalientes que querían ahondar en el estudio de la magia. El costado este terminaba en un acantilado, en cuyas faldas rompían las olas estrepitosamente.

Americus, un anciano noble y de linaje puro, era el Mago Supremo que gobernaba La Ciudadela. Era llamado también el Señor de la Cofradía Alejandrina y Rector de los Ancianos del Tiempo, quien con frecuencia se reunía con los jefes de las comarcas para resolver los conflictos domésticos que se suscitaban en el reino. En ocasiones, salía al mundo de los hombres para realizar alguna tarea cuando sus deberes con la magia así lo requerían.

En la barbacana de La Fortaleza, Americus y su hijo conversaban:

—Hay indicios por todas partes, Leonardo. El oráculo, las pitonisas, las hechiceras, todos concuerdan en que pronto el Libro de Magia Negra de Abramelin saldrá a la luz. Es una buena oportunidad para ubicar el tomo y llevarlo a la bóveda de los libros prohibidos.

El joven miró a su padre con asombro. Le costaba entender que después de tanto tiempo y esfuerzo todavía quedaran libros de magia negra deambulando por ahí.

—¿Cómo puede ser eso posible? Pensé que ese ejemplar se había perdido para siempre.

El anciano se frotó la barbilla y contestó:

—Las sombras nunca descansan, hijo mío. Siempre buscan la manera de salir por algún resquicio. Cuando la hechicera Zarnia fue condenada por su mal uso de la magia, escondió el libro y nunca confesó su ubicación —acotó Americus, caminando por la terraza para calentar sus

huesos. Anohecía y el viento azotaba con furor, pero el anciano no parecía tener intención de entrar al castillo.

—¿Dónde aparecerá? —preguntó Leonardo, sin contenerse.

Americus se tomó su tiempo para responder:

—No lo sabemos todavía, pero el oráculo lo anunciará; y cuando lo haga, debemos actuar rápido. Cuando este tipo de libros sale a la luz, su radiación debilita el portal del inframundo y es cuando los demonios salen y vagan por la tierra. Si pudiera adivinar, diría que aparecerá en San André.

Leonardo exteriorizó su sorpresa:

—¿San André? Pero allí estuvimos cuando detuvimos a Zarnia. Registramos todo el lugar y no encontramos nada.

—Zarnia tiene sus mañas y protege a su libro como una leona, seguro realizó algún hechizo de ocultamiento, pero tarde o temprano saldrá a la luz. Los libros no se ocultan por mucho tiempo. El que me preocupa es Zoroastro, su condena está por terminar y volverá a las andanzas.

Leonardo cambió su expresión a una de molestia:

—Entonces, el Tribunal de Magos de La Ciudadela tendrá que juzgarlo de nuevo. Es un mago negro y practicará la magia oscura cuando tenga oportunidad. ¿Zarnia saldrá también?

Americus contestó:

—Ya casi terminó su condena y no podemos retenerla por más tiempo que el indicado en el veredicto. Ahora es discípula de Zoroastro y ambos fueron aprendices de Abramelin. Me imagino que seguirán asociados para cometer sus fechorías.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—La suerte está echada, Leonardo. Vienen días difíciles. Ponte al día con las obligaciones pendientes porque me imagino que pasarás mucho tiempo fuera.

Leonardo tenía una pregunta en mente:

—¿Y cómo piensas recobrar el Libro de Abramelin?

Americus sonrió. En los últimos años, Leonardo había tenido una participación más activa en el rastreo de los libros de magia negra. El Mago Supremo se sentía cansado, quizá ya iba siendo tiempo de reunirse con su finada esposa Bela y que su hijo tomara las riendas de La

Ciudadela. Lo preparaba en secreto delegándole tareas propias de la posición y a la fecha era muy poco lo que le quedaba por aprender.

—¿Yo? Oh, no. Tú recobrarás el libro, pero ten paciencia, muchacho, mucha paciencia —recalcó Americus— Todo se irá develando a su tiempo.

El joven no sabía qué era lo que tenía que ir develándose a su tiempo, pero tampoco preguntó porque conocía lo suficiente a su padre para saber que cuando llegara el momento, él mismo se lo diría.

La noche caía y el ruido del viento era ensordecedor, tanto que amortiguaba sus voces. Una niebla se escurrió por la terraza y tiritaron de frío.

—Será mejor que entremos —comentó Leonardo— Debes estar lúcido para la reunión con los jefes de la comarca mañana.

—Tienes razón —contestó Americus, arrastrando los pasos— ya no soy tan ágil como solía ser. ¿Sabías que en mis buenos tiempos era conocido como el Conejo Americus? —dijo pasando su brazo sobre los hombros del muchacho.

—Jamás lo habría adivinado. Espero que por tus habilidades para las carreras y no para la procreación, porque hasta donde sé soy hijo único.

El viejo lo miró sonriendo:

—Bravo, Leonardo. Debe ser mi día de suerte. Muy pocas veces te escucho bromear; lo que es una pena porque el buen humor es como el buen vino que mejora el sabor de las comidas y nos hace soportable la vida.

—Bueno, no te acostumbres.

—¿Está todo listo para la reunión con los jefes de comarca?

—Todo listo y en orden, padre. Ya deben estar todos en el Salón —contestó el joven mago con respeto.

Americus presidía el conclave. Estaban reunidos los veinticuatro magos de la Cofradía Alejandrina y las catorce hechiceras de la Orden Blanca en el Gran Salón de los Moradores. Este Salón se utilizaba solo en la Convención Anual de Magos que se celebraba a finales de noviembre, o para atender la convocatoria de algún miembro del Concejo en casos de urgencias. Esta vez fue Americus quien los convocó. Leonardo se colocó a su lado y junto a él se acomodó su novia, Duprina.

Americus, parado, frente a la amplia mesa de mármol que por siglos acogió a los magos regentes de la Cofradía, se dirigió a los presentes:

—Les doy la bienvenida y me imagino que se estarán preguntando el motivo de esta reunión tan apresurada. Muchos hicieron un gran esfuerzo para estar aquí y dejaron asuntos pendientes en sus localidades; así que dejaré las habladurías e iré al grano.

Su auditorio asintió y todos permanecieron en silencio. La ventana estaba abierta y una leve brisa se colaba trayendo consigo su aroma de mar.

—Debemos prepararnos para un inminente ataque de las sombras. Las pitonisas lo vienen anunciando desde hace meses, pero es ahora cuando las evidencias son palpables. Los libros del mal se están activando y esto hace que se debilite el portal del inframundo. Estén atentos en sus regiones y prepárense para combatirlos.

La jefa de las hechiceras preguntó:

—¿Cuándo sucederá esto?

Americus agregó:

—Pronto. Cuando el portal se abra, los demonios vagarán a sus anchas por el mundo. Creemos que tratarán de recuperar los libros de magia negra, así que si tienen ejemplares en su región, envíenlos a La Fortaleza para resguardarlos en la Bóveda.

El mago de la Cofradía americana, preguntó:

—¿Qué hay del Libro Negro de Abramelin?

—Zarnia lo escondió bien, pero ningún libro está oculto para siempre. Pero no todas son malas noticias, el oráculo piensa que el libro que hemos estado buscando por años, *Las Llaves del Reino*, saldrá a la luz.

Hubo un gran murmullo y todos hablaban entre sí.

—¿Qué te hace pensar que lo hallaremos? —dijo el mago regente del continente europeo.

Americus volvió a tomar la palabra:

—Los libros de magia seleccionan a sus portadores. Es inútil buscarlos si no quieren ser encontrados. Es cuestión de esperar a que el portador llegue hasta nosotros.

—¿Y qué haremos hasta entonces? —preguntó otro mago.

El anciano continuó:

—De los libros, nos encargaremos Leonardo y yo. El motivo de mi llamado es otro. Preparen a sus ejércitos, estén alertas y protejan a la población de los demonios. Los hombres que no conocen la magia son incapaces de defenderse. Es nuestro deber ayudarlos.

Todos asintieron y aportaron ideas para contenerlos. Se acercaban tiempos difíciles.

Los bosques neblinosos del inframundo están plagados de árboles chamuscados. La noche es eterna y la oscuridad llena todos los rincones. Es un mundo mineral, abundante en rocas, en el que solo habita lo peor del mundo mágico: serpientes aladas, dragones, ogros, gárgolas, hechiceras y magos negros. En esta tierra hostil brota siempre un olor azufrado que se esparce en todas las direcciones y es aquí donde Zoroastro, el Señor de las Sombras, Maestro de la Oscuridad, gobierna a sus anchas.

Zoroastro y la hechicera Zarnia notaron que el portal de acceso al inframundo se estaba debilitando, lo que quería decir que el hechizo de enclaustramiento que los mantenía prisioneros estaba perdiendo fuerza también. De continuar el proceso, pronto serían libres y no habría nada que la Cofradía pudiera hacer.

Zoroastro caminó por la gruta de Argón para llegar al portal y chequear sus avances, la hechicera Zarnia le seguía los pasos. Algunos demonios los observaban desde lejos, pero no se atrevían a acercarse; a su señor no le gustaba ser molestado. La hechicera Zarnia miró a su tutor y consideró que era el momento adecuado para plantearle lo que quería:

—Maestro, llevo contigo mucho tiempo y te he servido con lealtad. Cumplí las tareas que me encomendaste, pero me estoy haciendo vieja y ya no tengo la misma energía de antes. Mi intuición me dice que pronto mi libro y el anillo estarán activos y que tendrás una nueva aprendiz.

Zoroastro seguía caminando. Como era usual, vestía una capa negra que le cubría el cuerpo y una capucha que le ocultaba el rostro, por lo que la hechicera no veía la expresión de su cara. No sabía si la había escuchado o si se hacía el desentendido adrede. No obstante, ella siguió hablando:

—Ya cumplí con mi deber aquí y me gustaría regresar a casa cuando se abra el portal. Extraño San André.

Zoroastro se detuvo de repente y a la hechicera Zarnia se le heló la sangre. Él volteó a mirarla:

—Sabes que eso es imposible hasta que no tenga otro aprendiz. Ninguno de los que hemos encontrado ha dado la talla.

Zarnia se apresuró a decir:

—Lo habrá pronto, Maestro. Percibo el aura del anillo, sé que está listo y hará su trabajo.

—En ese caso, hablaremos cuando se abra el portal —dio media vuelta y se perdió en lo más profundo de la gruta. La hechicera no supo si había aceptado su petición o no.

LA BORRASCOSA

Mis hermanas me miraban impacientes. Las maletas estaban desperdigadas en el porche. Volví a tocar. El *toc-toc* retumbó del otro lado y unos pasos apresurados se acercaron; era el ama de llaves que acudía a nuestro encuentro. La primera impresión no fue buena, la mujer tenía proporciones descomunales. Lo más resaltante de su rostro era una inmensa crineja de cabello negro que le daba varias vueltas a su cabeza, como si una corona de serpientes descansara en su frente; la nariz era achatada y delataba sus raíces africanas; su delantal blanco estaba demasiado almidonado y se levantaba en las puntas. Detrás de ella, una cabeza llena de rizos azabaches se asomó, después salió el cuerpo. La niña, como de doce años, tenía una medialuna por sonrisa, con dientes tan grandes que parecían los granos de una mazorca y abarcaban la mitad de su rostro; la otra mitad, la adornaban dos grandiosas parapas por ojos.

—Ustedes deben ser las hermanas Bell, nietas de la Sra. Gertrudis —dijo el ama de llaves en tono conciliador y así entendimos que nos esperaban. Abrió la puerta de par en par, instándonos a que entráramos. Sin embargo, no ofreció ninguna explicación del porqué no nos habían ido a buscar al terminal y nosotras tampoco la demandamos.

—Mi nombre es Camila y estas son mis hermanas, Beatrice y Mariana.

—Ño Josefina, para servirles, y esta niña —dijo señalando a la dueña de los dientes de mazorca— es mi hija, la negrita Salomé.

La niña adelantó dos pasitos y con una gentil reverencia saludó sin dejar de sonreír. Ese pequeño gesto de simpatía tejería el telar de la amistad que nos uniría por el resto de nuestros días. Y así, risita y todo, volvió a esconderse con timidez detrás de la mole que era su madre.

—Deseo expresarles mis condolencias. Lamenté mucho la muerte de su abuelo. Por estos lares era muy apreciado, por lo menos por los miembros de la servidumbre —dijo con pesar la mulata, mientras recostaba su voluminosa figura contra el borde de la puerta. Su expresión parecía sincera. Luego, agregó:

—Pero lamento mucho más que hayan tenido que dejar las comodidades de su hogar para venir hasta acá. ¡Un lugar tan lejano como este en donde hasta el gato perdió los calzones!

Buscó en nuestros rostros alguna señal de empatía, pero al no hallar ninguna prosiguió con su rebuscado monólogo:

—¿Pero, quién diría que alguien podía morir de un simple catarro, verdad? Qué bueno que Don Genaro les legó ese montón de dinero, así la Sra. Gertrudis hará frente a los gastos que supone tenerlas aquí. A decir verdad —dijo bajando el tono de voz, casi en susurros— estaba un poco escasa de fondos. Tuvo suerte de que su abuelo muriera y no la hubiera declinado como tutora de ustedes en el testamento después de ese asunto tan desagradable del divorcio. ¡Caramba! —dijo en extremo apenada— No quise decir que fuera bueno que Don Genaro falleciera. ¡Eso ni pensarlo!

Enseguida, hizo algunos intentos para explicar su razonamiento, pero lo único que conseguía era enredar más el entuerto, así que al final remató:

—Olviden lo que dije. Después de cierta edad los viejos desvariarnos, por eso es por lo que nos meten en asilos.

La sola mención del abuelo me entristeció. Don Genaro, como le decían sus empleados, era un viejo con la cara pecosa de los andaluces y la barriga redondeada de tanto engullir chorizos y morcillas. Vestía siempre de kaki, con un sombrero de alerón gris con las puntas enroscadas hacia arriba y unos mocasines negros que chirriaban cuando caminaba por los elegantes salones de la casa, y que delataban su presencia mucho antes de que llegara su cuerpo. Su pantalón y su camisa,

perennemente almidonados, les otorgaban un toque crujiente a sus abrazos. Su falta de ilustración lindaba a veces en la ignorancia, pero a falta de letras compensaba con astucia. La fortuna le vino casi por azar en la figura de un francés con una veintena de barcos y ninguna maña para los negocios, y Genaro con su veintena de mañas y ningún barco para los negocios. Así, en acordada simbiosis, formaron una asociación que les permitió amasar una considerable fortuna con la importación de especies exóticas, granos, chocolates, adornos chinos y electrodomésticos. Según parece, en los negocios mi abuelo era muy capaz. El éxito fue instantáneo y pronto se encontró disfrutando de las bondades de la clase privilegiada. Pero a pesar de los placeres que le proveía el dinero, nada se equiparaba con el gran placer que le proveía nuestra presencia; nuestro afecto era sincero y él lo devolvía con creces. Y en el caudal de su cariño encontramos siempre sabiduría y valores ¡Y es que todo el amor que conocíamos de este mundo lo recibimos a través de él! —pensé con nostalgia.

Volteé a mirar a Beatrice, quien observaba a la mulata con desconfianza. Me unía a Beatrice, además del parentesco, una relación de mutuos desencantos. Y es que Beatrice era necia y necia con “N” mayúscula. Y su necedad venía siempre acompañada de rebeldía. De allí nuestra eterna lucha, yo tratando de arrastrarla hasta el terreno de mi racionalidad y ella jalando con igual fuerza en la dirección opuesta; solo el alma mediadora de Mariana lograba situarnos en un punto medio de tensa convivencia. ¿Nos odiábamos? ¡Sí! ¿Nos amábamos? ¡Obviamente! razón por la cual nos veíamos como un mal necesario que soportábamos hasta que las circunstancias dispusieran lo contrario.

El ama de llaves seguía hablando sin cesar, mientras yo buscaba con la mirada a Gertrudis o Leticia, pero ni la una ni la otra aparecieron en el horizonte. No Josefina y su hijita terminaron el ritual de bienvenida y pasamos a la sala; ahí me sentí con la suficiente confianza como para hablar:

—Quisiéramos refrescarnos, si no hay problema.

—Y comer —agregó Beatrice con impaciencia.

A las preguntas del ama de llaves contestábamos con monosílabos, ya que el cansancio era tanto que no teníamos fuerza para hilvanar frases completas.

—¡Pero qué criaturas tan encantadoras son! —dijo la mulata en tono cantarín. Iba a replicar, pero me reservé el comentario para no parecer demasiado impertinente en el primer encuentro. En su lugar, un débil *gracias* salió de mis labios.

La mulata agregó:

—Síganme, niñas. Alcen sus maletas, a la Sra. Gertrudis no le gusta que le ensucien el piso —y comenzó a mover su exagerada humanidad con el paso cadencioso de un elefante. La negrita Salomé la seguía tratando de emular sus pasos, pero en menor grado. Mariana no dejaba de observar la crineja de serpientes que se movía sobre su cabeza como si estuviera a punto de atacar en cualquier momento. Yo estaba atenta, después de todo, aquella había sido la casa de un mago.

El vestíbulo y el salón eran grandísimos, atiborrados de muebles y obras de arte de diferentes tamaños y estilos, valiosos sin duda; pero colocados de forma tan incongruente que alteraban la armonía del conjunto. Olía a encierro y ese extraño olor emanaba de todos los objetos de la casa. Enormes ventanales de hierro forjado soportaban el peso de pesadas cortinas de terciopelo rojo, colocadas con la intención de darle al recinto un estilo francés. Una escalera ascendía al piso superior en donde se hallaban las habitaciones; ya nos disponíamos a subir cuando vimos que la mulata se desviaba hacia un costado en donde un corredor, apartado del resto de la casa, terminaba en un desnivelado portón de roble del siglo quince.

—La Sra. Gertrudis lamenta que no haya habitaciones disponibles —continuó diciendo— y dejó instrucciones de que las acomodara temporalmente en el sótano, mientras encuentra un mejor lugar para ustedes.

¿El sótano? Nos miramos extrañadas. ¿Qué había pasado con nuestras habitaciones? Aunque hacía años que no visitábamos La Borrascosa, recordé que la mía se hallaba en el piso superior con vistas a los jardines, y las de mis hermanas, contiguas a la mía. Además, había otras siete que completaban diez y una salita tipo estudio en donde nos reuníamos para

jugar y tomar la merienda de la tarde. En tiempos del abuelo, la diversión era el orden del día. Bajo techo competíamos en los juegos de mesa, en donde Beatrice se destacó por su reputación de tramposa. En el jardín drenábamos nuestras energías infantiles en carreras, escondidas y un amplio repertorio de entretenimientos propio de varones. Ignorábamos en esos tiempos remotos que las actividades tenían género y que existían juegos para las niñas y otro tanto para los niños. Nosotras, que nos hallábamos en la prehistoria de nuestra infancia, desconocíamos esta verdad y nos sumergíamos con todo el ímpetu de nuestra ignorancia en tales actividades sin que la carga del género nos produjera remordimiento.

No era posible que todas las habitaciones estuvieran ocupadas. El ama de llaves mentía, y mentía descaradamente, y lo hacía con la anuencia de nuestra maquiavélica abuelastra.

—¿Las diez habitaciones están ocupadas? ¿Por quién? —pregunté con incredulidad.

Mariana y Beatrice dejaron caer las maletas en señal de disgusto y con las manos en la cintura esperaban una explicación. El nerviosismo de la mujer era evidente y aceleró sus pasos para no dar tiempo a más preguntas. Ciertamente, no esperaba ser encarada por tres adolescentes ciudadinas con cara de pocos amigos.

—Me temo que tendrán que esperar por su abuela para hablar del asunto. Seguro les explicará lo que pasa. Yo solo sigo sus instrucciones —gritó evasiva desde el pasillo.

¡Qué desfachatez! ¡Qué descaró! ¡Qué insensatez! Ahora venían a mi mente aquellas palabras que mi abuelo pronunciaba cada vez que recibía las cartas de Gertrudis y que ahora aparecían oportunísimas en la punta de mi lengua. Pero me tragué mis palabras porque a fin de cuentas el ama de llaves no tenía culpa de los mandatos de su matrona. Beatrice esperaba algún reclamo de mi parte y se sorprendió cuando caminé como una autómatas detrás de la anciana, sin pronunciar palabra. No le quedó otro remedio más que alzar la maleta y seguirme junto a Mariana.

—¿Y ustedes, cuántos años tienen? —preguntó Ño Josefina.

—Yo cumplo dieciocho en seis meses, Beatrice tiene dieciséis y Mariana, doce.

—No Josefina se apresuró a decir:

—Yo no tengo edad. Cuando alcancé los cincuenta, me negué a seguir cumpliendo años, así que me hice inmortal. El tiempo se estacionó a mis espaldas y mi cuerpo dejó de producir canas y arrugas.

Beatrice me miró con incredulidad y aunque no escuché lo que dijo, ya que sus labios se movieron sin emitir sonido, reconocí el gesto que indicaba que pensaba que la señora estaba loca de remate.

El corredor era enorme y al final remataba con un pesado portón que sellaba la entrada al lugar que sería nuestra morada. Aquella enorme puerta enclaustrada entre dos columnas temperaba el paso de dos mundos: los de arriba y los de abajo, los más ricos y los más pobres. Así, los de arriba, o sea Gertrudis y Leticia, señoreaban sobre los de abajo como dioses omnipotentes del Olimpo, con la misma rudeza y desatino que sus congéneres mediterráneos. En esta clasificación arbitraria, nosotras quedamos embutidas en el grupo de los de abajo, a ras del conjunto de seres rastreros que habitaban La Borrascosa, a saber, mayordomo, jardinero, mucama, Ño Josefina, Juancho, negrita Salomé, animales de corral, ratas e insectos; todos agrupados bajo un mismo sello genético como si un travieso gen de pobreza se hubiera escurrido en nuestro ADN, confiriéndonos a todos un mismo destino.

Sobre la puerta separadora de mundos, había un pestillo de hierro en forma de serpiente enroscada y más arriba, un emblema de un león con las fauces abiertas. A todo lo largo del marco había cabezas de querubines alados que en su momento debieron tener los rostros limpios de los seres celestiales, pero que ahora, cubiertos por una gruesa capa de hollín, semejaban angelitos decapitados en busca de sus mutilados cuerpos.

—Solo falta la gárgola. ¡Este lugar no puede ser más tétrico! —susurró Beatrice en mi oído.

Carraspeé para ahogar su mordaz comentario. Beatrice decía siempre lo que pensaba, sin ambages, y esta peculiaridad afloraba en los momentos más inoportunos. El ama de llaves no escuchó el comentario, o si lo escuchó, no se dio por enterada. Mariana ahogó un grito que atajó su risa.

Logramos abrir la puerta con dificultad. Una oscuridad profunda nos atacó. Mariana apretó mi mano al momento en que la anciana buscaba a

tientas el interruptor. Cuando se encendió la luz, apenas si iluminaba el recinto. Eché un vistazo. Una escueta escalerita bajaba hasta aquel mundo de trastes y cajas, en donde un olor rancio denotaba falta de limpieza o poca ventilación. El mismo olor a humedad que cabalgaba en la sala, se acentuaba allí con mayor contundencia. En el centro había un claro donde se habían apilado tres colchones poco mullidos y unas cobijas descurtidas de lana azul. Al fondo, casi pegada del techo, se veía una ventana ennegrecida por donde tres anémicos rayos de sol sortearon el camino para reflejarse en prisma sobre la superficie mojada del piso.

—Pónganse cómodas —dijo el ama de llaves con pena— Después de que termine mis labores, volveré para traerles algo de comer.

Parecía una buena mujer y se veía muy afligida por la situación. Bajamos con extremo cuidado la escalera, aferradas a la barandilla que se balanceaba sin cesar. Los peldaños se blandían por el peso de las maletas. Ya abajo, Beatrice y Mariana recorrieron visualmente el amplio espacio y después se aventuraron entre las cajas para una inspección más detallada.

—¿Cómo podremos estar cómodas en esta pocilga? —vociferó Beatrice remolona detrás de un gabinete que ocultaba su silueta.

Subí nuevamente la escalera para interrogar al ama de llaves sobre mis parientes.

—¿Cuándo nos verá la ... —iba a decir la abuela, pero la palabra se me trancó en la garganta— la Sra. Gertrudis?

La mujer titubeó. Realmente desconocía las intenciones de su ama con respecto a nosotras. Mucho le había extrañado su renuencia a instalarnos en las habitaciones, habida cuenta de que muy pocos de los cuartos superiores estaban ocupados; y los que lo estaban, resguardaban solo muebles viejos o artefactos descompuestos que bien hubieran podido mudarse a otro sitio. La doña prefería acumularlos en su pequeño cementerio mobiliario que donarlos a la beneficencia, donde podrían continuar prestando sus valiosos servicios. Se acomodó el delantal al tiempo que respondía:

—No lo sé. Hoy es tarde de bridge y la señora suele ausentarse por mucho tiempo —contestó cuando se alejaba de la puerta llevándose a la negrita a la fuerza, ya que la muchachita quería quedarse con nosotras.

Este mundo indefinido de privación y escasez que ahora nos abría sus puertas con rudeza abrumadora, contrastaba enormemente con la esnobista opulencia que hasta el momento habíamos disfrutado. Ahora nos embarcábamos como turistas perdidos en una excursión de pobreza que duraría exactamente seis meses, tiempo estipulado por el Dr. Linares para hacerme entrega de nuestros bienes.

—¡Esto huele horrible! —dijo Beatrice con vehemencia, con su insufrible aire de superioridad. Frunció el ceño, arrugó la boca y levantó una ceja, envuelta en esa expresión que precedía sus más sarcásticos comentarios cuando algo la incomodaba. Su espíritu terrenal poco aguantaba los embates de la injusticia. Y es que esta injusticia era la primera que sufríamos. Quizás por eso la encontrábamos tan atroz. No es lo mismo ver la injusticia en otros, de lejos, que la propia, de cerca, incrustándose como una piedrecita molesta en el zapato y viviéndola en carne propia.

—¿Y cómo pretenden que vivamos en esto? —dijo acompañando sus palabras con un gesto que reflejaba su molestia.

Traté de no reírme. La expresión de asco de Beatrice era chistosa, considerando que la costra de mugre que se extendía por todos lados tenía varios centímetros de espesor. Sin embargo, tuve el buen tino de no hacerlo. En su lugar, y a riesgo de parecer demasiado optimista, me contenté con expresar:

—Por lo pronto, esto es todo lo que tenemos. Limpiemos esta madriguera y tratemos de verle el lado positivo a la situación.

Beatrice rezongó entre dientes y explotó diciendo:

—No hay nada positivo en esta situación, querida hermana —lo dijo con exasperación, arrastrando las palabras, como se dicen las cosas que envenenan el alma y que compartidas envenenan también el alma de los otros. Después, abstraída en sus consideraciones, ubicó con la mirada una silla que estaba moderadamente limpia, se sentó y siguió descargando su ira contra mí.

Mi otra hermana, la que no se entromete en nada, la que se había adjudicado desde los tempranos días de su infancia el ingrato papel de árbitro de sus conflictivas hermanas, se acercó a una vitrina que contenía unas extrañas miniaturas. Las siluetas retorcidas de duendes, hadas y

brujas llamaron mucho su atención. Llevada por la curiosidad, abrió la puerta y un fuerte olor le hizo arrugar la nariz.

—Esto está mohoso —dijo Mariana— y huele muy mal ¿A quién crees que pertenecen?

—No lo sé. A alguien con mal gusto —dijo Beatrice acercándose y jalando un manojo de hilos blancos que se hallaba suspendido en una de las esquinas del mueble. Entre sus manos quedó la telaraña que aún tenía prendida a su única habitante: una milimétrica arañita que luchaba por salir del revoltijo.

—¡Déjala ir! —dijo Mariana abogando por el animalito.

El arácnido clavó la mirada en su captora y al menor descuido de esta rompió a correr con todo el furor de sus ocho patas, desapareciendo por la hendidura de una pared. Beatrice se volvió hacia su hermana y comentó:

—Juraría que esa araña me miró con ojos de odio.

—El cansancio del viaje te está haciendo alucinar —contesté.

Pero si queríamos dormir en un recinto limpio, era hora de que nos pusiéramos a trabajar. Por fortuna, debajo de la escalera encontré unas escobas, unos tobos viejos y jabón. Enseguida nos embarcamos en una actividad febril, en la que yo disparaba órdenes con la misma animosidad de un mariscal de campo y mis hermanas obedecían, sin chistar, como soldados rasos. Nos movimos con tenacidad, sacudiendo todo y arrimando cajas que se deshacían en nuestras manos tan pronto como tratábamos de ubicarlas en otro lugar. Perseguimos bichos rastreros que masacrados con zapatos, ordenamos libros y desalojamos arañas. En fin, ordenamos todo lo que se podía ordenar y le dimos al sótano un aire recatado como de habitación.

—¿Por qué tienes que ser tú la que siempre da las órdenes? —preguntó Beatrice desconfiada.

—Porque soy tu hermana mayor —contesté sacudiendo un almohadón.

—Esa no me parece razón suficiente —ripostó con el ceño fruncido y continuó barriendo el piso con desagrado. Así era Beatrice de gruñona, pero bajo ese costal de resistencia me mostraba siempre cierto respeto.

Y es que las protestas de Beatrice eran vanas, protestaba por protestar, sin justificaciones que sustentaran la causa de sus lamentos.

El estruendo de una puerta al abrirse nos asustó y gritamos al unísono, agrupándonos de un salto en el centro del salón. Así, abrazadas, nos encontró la mulata, cuya silueta se dibujaba en la puerta eclipsando toda la luz que provenía del corredor. Sostenía una bandeja con alimentos y la negrita Salomé traía una jarra con un líquido amarilloso. Nos relajamos y reímos histéricamente.

—¡Vaya! —dijo la anciana— No se asusten, solo soy yo.

Subimos la escalerilla para alcanzar la comida, ya que no estábamos seguras de que la madera soportara el peso de la mulata y ella tampoco hizo el intento de bajar. La negrita Salomé sí fue bajando con pasitos corticos como los de una japonesa, alzando la jarra en las alturas como si se tratara de un trofeo deportivo. Llegó con el líquido tintineante y corrió hasta ubicarse en el claro destinado a comedor en donde se autoinvitó a comer. Desde la escalera, Ño Josefina se disculpó:

—Es todo lo que puedo darles. En esta casa la servidumbre no come muy bien.

—¿La servidumbre? —repitió Beatrice con los ojos tan grandes que pensé que se les saldrían rodando por el suelo como canicas. Se creía muy aristocrática y no soportaba la idea de que la incluyeran en el populacho, o sea, en los de abajo.

—Pero si somos las dueñas legítimas de esta casa —profirió procurando rescatar un poco de la dignidad que le quedaba.

La atajé antes de que le recitara a la anciana la retahíla de razones que nos hacían las auténticas herederas de La Borrascosa. A pesar de mi inexperiencia, conocía lo suficiente de la vida como para comprender que Gertrudis estaba orquestando un plan para quitarnos lo que nos correspondía. La confrontaríamos en su momento, pero dadas las circunstancias, ese momento parecía estar bastante lejos.

—¿Podemos salir a dar una vuelta? —preguntó Mariana con su voz angelical— Me gustaría ver el jardín.

Beatrice gruñó:

—No tenemos que pedir permiso, niña, que yo sepa no somos prisioneras.

—No hay problema —contestó la mulata ignorando el comentario de mi hermana— la Sra. Gertrudis y la Srta. Leticia salieron y no llegarán hasta bien entrada la noche.

Y diciendo esto regresó a la cocina para continuar con sus oficios. Tan pronto se fue, dejando a la negrita Salomé adherida a nosotras como un hongo, destapamos la bandeja. Contenía un abundante plato de verduras, cuatro rodajas de jamón con huevos y seis trozos de pan. La naranjada tenía más agua que naranja y poca azúcar. Todas teníamos apetito, pero al ver el famélico platillo las punzantes llamaradas del hambre amainaron en gran medida. A Beatrice le estaba dando un soponcio, no entendía cómo de sus acostumbradas cenas de croissants de chocolate y *strawberry juice* cayó en las verduras con naranjada. Era un cambio demasiado brusco para ser comprendido. Mariana decidió rendirse a los clamores del hambre y no molestarse por lo escueto del plato, la negrita Salomé estaba acostumbrada al menú y a mí, me importaba un bledo como vinieran presentados los alimentos, siempre y cuando fueran alimentos.

—Debemos hacer algo —reclamó Beatrice lanzando una desdeñosa mirada a una patata— No podemos vivir así. No me gusta ser pobre.

El conjunto de verduras lucía poco apetecible. Le faltaba colorido, sazón y textura. No obstante, siendo la única fuente de nutrición disponible en ese instante, no hubo más remedio que rescatar el apetito para subsistir. Beatrice pinchó un tubérculo sancochado en exceso que se desparramó en el plato convirtiéndose en puré. El espectáculo de la patata con las entrañas abiertas era desagradable, por lo cual la dejó de lado y se dedicó a mordisquear lonjas del jamón. Yo concentré mis apetencias en una desteñida coliflor, y a pesar de que su sabor dejaba mucho que desear, al menos sirvió para detener los rugidos de mi estómago.

—Extraño mi casa y mi comida —dijo Mariana con nostalgia.

Me acerqué y traté de confortarla:

—No te preocupes. Estaremos aquí seis meses; solo seis meses y volveremos a nuestra casa, así lo dijo el Dr. Linares.

—De seguro, estos van a ser los seis meses más largos de mi vida —acuñó Beatriz.

LOS DOS LIBROS DE SAN ANDRÉ

Las miré, sin saber que responder. Yo también sentía el desasosiego de estar abandonadas a nuestra suerte.

Esa noche dormimos por primera vez en el sótano de La Borrascosa. Caímos exhaustas, demasiado cansadas para pensar en nuestras desgracias, sin saber aun lo que nos depararía el destino.

FORASTERAS EN EL PUEBLO

Nadie sabía quiénes éramos ni con qué propósito nos instalamos en aquel rincón tan remoto. Doña Tula fue de las primeras en divisarnos en el terminal. De un vistazo dictaminó que éramos maniquíes de ciudad. Desde la muerte de su marido Tomás, su única ocupación era escuchar las conversaciones de las personas que pasaban al frente de su casa. Ya ni siquiera iba a su panadería, que ahora atendía su hermana Felipa y sus cinco hijos. Doña Tula, flaca como un bambú, pasaba sus tardes sentada en un viejo sillón colocado estratégicamente al lado del ventanal. La ubicación de su casa, frente al hotel, puso en apuros a más de un marido infiel, quienes trataban de pasar inadvertidos con la conquista de turno en brazos. Se dice que fue ella quien delató la aventura del doctor con una fulana de la farmacia y la espectacular golpiza que le propinara la esposa inoculó al pobre contra cualquier otra futura tentación.

Esa mañana, Doña Tula se levantó muy temprano, la curiosidad la mataba. Sus oficios matutinos los realizó sin alejarse mucho de la ventana, siempre pendiente de la calle, esperando avistar a las forasteras. Gertrudis había dicho que las muchachas que vendrían eran criadas, pero Tula estaba convencida de que mentía. Sin embargo, cerca de las doce, viendo que no pasaba nada, se dispuso a llegar hasta el hotel que era el lugar por excelencia para enterarse de los acontecimientos más recientes acaecidos en la comunidad. Corrió hasta su cuarto y buscó en el viejo

armario su camisa de encajes y su falda de gabardina negra. Alisó los pliegues con sus arrugadas manos, buscó su cartera de cuero belga y salió corriendo hacia la puerta principal.

El familiar bullicio de vendedores ambulantes la atajó en el umbral. Por un instante, se detuvo, se cuestionó lo arrebatado de su acción, pero esto no duró mucho. Después de unos segundos, continuó sus avances sin arrepentimientos. Cruzó la calle mirando hacia todos lados hasta que llegó a la puerta del hotel.

El Lobby estaba atestado, un contingente de personas se agolpaba en la recepción, otro tanto se hallaba disperso en la amplia terraza. El moderno hotel, el Gran Prince, fue un caserón abandonado, pero a mediados de los ochenta la familia Farfán lo adquirió a precio de gallina flaca y lo restauró hasta convertirlo en el único alojamiento de lujo de la zona. Poseía un amplio terreno que fue aceleradamente poblado con otras estructuras que se adosaron a la construcción original. Las quejas de los moradores no se hicieron esperar, porque veían al mamotreto como una perturbación a la legendaria calma del lugar. Se podría decir que era la única construcción moderna de San André y resaltaba tanto como un elefante en un baile de hormigas.

Una señorita, ubicada detrás de un elegante mueble en la recepción, se dirigió a ella:

—¿La puedo ayudar? —dijo lanzándole una mirada evaluativa. Se notaba de cualquier modo que no estaba muy contenta con la presencia de la señora en su Lobby. Era un pueblo pequeño, por lo tanto la fama de cascarrabias que ostentaba Doña Tula la precedía donde quiera que fuera.

Al momento en que iba a contestar, otra voz a sus espaldas la distrajo:

—¡Caramba! Doña Tula en persona, ¿Usted por aquí? —saludó el Prefecto Farfán, hombre de rostro severo y regordete cuyo principal rasgo consistía en unos bigotes agujoneados demasiado grandes para el tamaño de su cara. De todos los hijos de Leónidas Farfán, Elías era el más habilidoso en los negocios y el único que aún permanecía en el pueblo. El resto de sus hermanos, siete en total, tres mujeres y cuatro hombres, o se habían marchado, casado o muerto, dejándolo como único

administrador de los cuantiosos bienes de la familia. Mucho se decía de la supuesta honorabilidad del caballero y de los chanchullos amañados a los que recurría para salirse siempre con la suya. Recién se había embarcado en un proyecto para desarrollar un centro comercial, cuyos frutos irían a parar directamente a su bolsillo. Los habitantes de San André, celosos con sus recursos naturales, sabían que semejante desarrollo afectaría la proverbial quietud del pueblo. Sin embargo, el Prefecto, hombre sin escrúpulos, se procuró el visto bueno del Padre Tobías.

El cura se prestó a su juego y en los sermones dominicales promulgaba los beneficios del proyecto de Farfán. Según las propias palabras del clérigo, solo bajo la guía divina (léase del Prefecto Farfán) se alcanzaría un estado de dicha y bienestar permanente. Incluso se llegó al extremo de retirar del oratorio la imagen de San Cipriano donada a principios de 1930 por el entonces fundador, Barrabás Contreras, con el pretexto de realizarle trabajos de restauración. A los pocos días una nueva imagen fue colocada en la Capilla con rasgos sospechosamente semejantes a los de Farfán. La barbilla y los pómulos del santo fueron barridos y sustituidos por la quijada cuadrada del susodicho y el bigote aguijoneado. De nada valieron las protestas de las viejitas del pueblo recalcando que la mirada lasciva del santo las hacía sentir incómodas y que la sonrisa repleta de dientes era impropia para la solemnidad de Cipriano. Y es que esta nueva apariencia nada tenía de divina y con la extirpación del *San* y la subsiguiente degradación del santo al reino de lo mundano, comenzaron a llamarlo simplemente Cipriano. Al no obtener respuesta a sus súplicas no tuvieron otro remedio que trasladar su devoción a otro mártir, San Antonio, de apariencia más varonil.

Doña Tula se recuperó de la sorpresa.

—Estaba paseando y se me ocurrió venir a ver las remodelaciones que le ha hecho al hotel —dijo recalcando el comentario con la mirada— De verdad se nota el buen gusto. ¡Se ve su mano metida en todo el asunto, pues! —comentó adulatora.

El Prefecto se hinchó de orgullo. Nada más alentador para un político que los comentarios almibarados de los ciudadanos.

—Sí, tiene razón —declaró el Prefecto, arrastrando sus manos por la delgada solapa de su traje de casimir recién traído de Europa— Gastamos un buen dinerito en esto, pero la inversión será recuperada tan pronto sea electo alcalde. ¿O quién sabe si hasta Gobernador?

Tula agrandó las órbitas de sus ojos saltones y, colocando su mano sobre el antebrazo del político, le dio un pequeño apretón de aprobación.

—Su palabra vaya adelante y ojalá así sea. ¡No hay nadie en San André que pueda llevar ese cargo con más honor que usted! No me equivoco al expresar que muchos de los habitantes de este pueblo pensamos que le sobran las condiciones para aspirar al puesto. Usted es uno de los nuestros, como decimos los campesinos, mero representante de nuestra propia cepa. Además, elegante y distinguido. No digo alcalde, hasta gobernador podría llegar a ser, si se lo propone. Siempre he pensado que el Gobernador debe vivir en el pueblo. ¿Cómo, si no, va a saber las cosas que necesitamos aquí? ¿No cree usted?

—¡Seguro que sí, mi Doña! Y eso es algo que vamos a remediar pronto. San André tendrá su propio alcalde y Gobernador, y estos serán del mero pueblo —dijo afilando su bigote con devoción.

—Tiene razón, Prefecto. Los monigotes de ciudad no saben los problemas que enfrentamos. Usted tiene todos los atributos para ser un buen gobernante. Nadie en esta aldea puede decir lo contrario. ¡Cuenta con mi voto! —y diciendo estas palabras murmuró algunas frases de despedida y se enrumbo hacia la salida. No convenía que una persona tan distinguida como el Prefecto la descubriera husmeando lo que no se le ha perdido. Ya habría otras oportunidades de averiguar quiénes eran las forasteras.

Sin embargo, dentro de los ceñidos límites de su ignorancia, se alejó pensando, ¿Cómo habría sido electo el Prefecto Farfán si en San André nunca había habido elecciones?

Gertrudis y Leticia eran unas desalmadas. ¿Qué extraña predisposición del destino nos colocó en tan disparatadas manos? No lo sé. El destino, al igual que una madrastra malvada, a menudo oculta en

sus designios sus más increíbles desatinos. Ni una cárcel de máxima seguridad aplicaría las medidas restrictivas de la libertad con tanto esmero como la anciana nos las aplicaba a nosotras. A los dos días de estar en La Borrascosa ya sabíamos que no éramos bienvenidas.

Gertrudis Zing era tan aburrida como la comunidad en que vivía, tenía una contextura esquelética, joroba pronunciada y un cuello rígido que la hacía parecer como si estuviera enclaustrada en un arnés. Sus modales eran toscos y usaba ropa pasada de moda comprada en tiendas de segunda mano. Su maquillaje exagerado semejaba al de una actriz de teatro y provocaba a su paso un sin fin de habladurías, todas relacionadas con su apariencia física.

Leticia no era muy diferente, de escasa belleza, malcriada, manipuladora y tan superficial como su abuela. Vivía su existencia con un solo objetivo: encontrar un marido cuya fortuna sobrepasara con creces la de otras familias acomodadas de la zona para que la mantuviera disfrutando de los mundanos placeres de la vida. Solo por eso, asistía a la Instituto Straton, en busca de un incauto que caminara voluntariamente al altar.

Las Zing vivían de una modesta pensión que heredaron de un familiar lejano. Nunca habían trabajado ni pensaban hacerlo, pero les gustaba ostentar una abundancia de fortuna que ninguna poseía. Expandieron el rumor de una supuesta herencia que incluía, entre otras propiedades, una mina de oro ubicada en un país latinoamericano. ¡Perverso el día en que las mentiras hablan! El temor a que se supiera la verdad mantenía a Gertrudis insomne tres días a la semana y a Leticia embutida en un estado de ansiedad que la preservaba malhumorada todo el tiempo. Sobre la supuesta mina, decidieron mantener su mentira hasta las últimas consecuencias, a pesar de que algunos amigos ya dudaban de que la famosa mina de oro existiese.

Cuando Gertrudis recibió la llamada del Dr. Linares informándole que viviríamos en La Borrascosa, pasó mucho tiempo buscando una explicación que dar a sus amigos que justificara nuestra presencia en la casa. Leticia, en cambio, dejó bien claro que no nos quería en la mansión y Gertrudis le aseguró que nos mantendría alejadas.

La solución le llegó una noche. Estaba en su habitación caminando con la ayuda del bastón, pensando en lo que haría. Serían como las once menos cuarto cuando la brillante idea surgió de la nada: nadie tenía que saber que éramos las nietas de Genaro. No nos conocían, así que sería fácil mantener la mentira. Diría que éramos criadas de la mansión, así nadie haría preguntas incómodas y nos mantendría alejadas del ojo público.

Se asomó a la ventana y vio la titilante luz de los faroles del pueblo. Era tarde, mejor volvía a la cama. Al caminar frente al espejo, observó su silueta encorvada y pensó en lo cruel que la habían tratado los años. Se lanzó a la cama y se puso a maquinara. Tenía el lugar perfecto para las huérfanas: el sótano. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se felicitó por su impecable juicio e ignoró el criterio moral de semejante acción.

—¡Qué mejor lugar que junto a los trastos inservibles, las ratas y las cucarachas! —pensó para sí.

Una vez que hubo tomado la decisión, se sintió mucho mejor. Minutos después, se durmió sin percatarse que en el alfeizar de la ventana un inmenso gato azabache escudriñaba todos sus movimientos. El animal caminó con sigilo por el estrecho murillo y en dos saltos estuvo de nuevo en el jardín. Se enrumbo hacia los matorrales y se perdió en la negrura de la noche bajo la luna escarbada de nubes.

Cinco días después de nuestra llegada, el milagro se produjo: el espíritu mezquino de Gertrudis se condolió y decidió concedernos la tan ansiada entrevista. Ño Josefina nos dio el mensaje en el desayuno, y como estábamos listas para un paseo, fuimos directo a la salita indicada. Al llegar, permanecemos de pie, como lo dictan las normas de educación y las buenas costumbres esperando la invitación a entrar. Gertrudis alzó la vista y con una seña brusca (mano izquierda alzada con los cinco dedos apuntando hacia arriba) nos indicó que nos detuviéramos; advertencia vana ya que hacía rato que estábamos suspendidas en la frontera entre el pasillo y la sala. Entre tanto, ella seguía mirando un papel que sostenía en su mano derecha, mientras la izquierda continuaba separando su mundo del nuestro. Eso bastó para que Beatrice, que tenía la paciencia

del tamaño de un grano de mostaza, se molestara mucho porque la anciana seguía impertérrita extasiada en la hoja, sin tomarnos en cuenta para nada. Decidió tomar cartas en el asunto. Entró sin su permiso arrastrando a Mariana con ella y se sentó en una poltrona Luis XV que yacía al lado de un aparador de roble.

—¡Vamos, Camila! —me gritó desde allí— Toma asiento mientras nuestra abuelita termina su tarea.

Nadie como Beatrice para aderezar la mañana con sarcasmos. Tan oportunos que no sobraba ni faltaba ni un punto ni una coma y con la entonación debida como corresponde a todo buen sarcasmo. De inmediato, la mujer levantó la mirada. La expresión feroz que cruzó su rostro hubiera bastado para amilanar al más pintado, pero no a Beatrice, no, ella continuó impávida sin el más leve indicio de un cese de hostilidades. La mujer la miró como si quisiera mandarla a la última paila del infierno, lo mismo hizo mi hermana y continuaron en esto unos minutos, hasta que los ojos de Gertrudis lagrimearon. Luego de pestañear un par de veces se fue caminando hasta la chimenea, donde colocó el documento sobre una repisa. Se advertía que le disgustaba nuestra presencia, de eso no había duda y no hizo esfuerzo alguno para disimularlo. En el ínterin, me acerqué a mis hermanas. La anciana dijo:

—Bueno, no había tenido tiempo de hablar con ustedes debido a mis múltiples ocupaciones, pero espero que entiendan que es gracias a mi generosidad que están bajo mi techo. Como ustedes saben, su abuelo no me dejó ni rentas ni propiedades y se valió de artilugios legales para privarme de lo que por justicia me correspondía. Aun viviendo en esta casa, sus abogados no han parado de hostigarme. Sin embargo, he decidido dejar de lado los rencores y ofrecerles cobijo en mi humilde morada.

Me sentí a disgusto. Lo que insinuaba acerca de la conducta de mi abuelo estaba lejos de la verdad. La miré estupefacta. Además, el trato que nos estaba dispensando era incongruente con las generosas palabras que brotaban de su boca. Con reservas, proseguí la conversación:

—Agradezco tu generosidad, Gertrudis, pero este arreglo es solo temporal ya que en seis meses, cuando cumpla la mayoría de edad,

dispondré de los bienes que nos legó el abuelo y de acuerdo con lo informado por nuestro abogado, el Dr. Linares, estos incluyen a La Borrascosa. Por lo tanto, como futura dueña de la mansión, solicito que envíes nuestro equipaje a nuestras habitaciones de inmediato.

Me miró desencajada, molesta por el atrevimiento que suponía mi exigencia y se alistó para ponerme en mi sitio. Beatrice y Mariana contuvieron la respiración.

—¡Eso no va a ser posible! —replicó estrujando sus manos sobre su falda— Ya se les informó que todas las habitaciones están ocupadas. Además, La Borrascosa me pertenece. Yo también tengo abogados están en estos momentos apelando al testamento y trabajando para hacer valer mis derechos.

Aquellas palabras retumbaron en mis oídos. Por un momento, quedé muda y así en ese estado suspendido, como quien quiere pero no puede, permanecí un tiempo. Después, para mi sorpresa, me encontré balbuceando lo siguiente:

—Eso no es posible. Los abogados son costosos y tú no tienes dónde caerte muerta.

—¡Eres una mocosa presumida! A diferencia de ustedes, yo tengo amistades que me están ayudando a que los tribunales sentencien a mi favor.

—Vieja bruja, eres una vulgar mentirosa —remató Beatrice quien ya había recuperado su habitual compostura.

—¿Osan llamarme mentirosa en mi propia casa, muchachas desagradecidas? —escupió las palabras movida por la ira, sus párpados se alzaron hasta unirse con sus cejas y su boca se arqueó en un rictus que expectoraba toda sarta de insensateces.

—La pensión que pasará el Dr. Linares apenas alcanzará para cubrir sus gastos, por lo que tendrán que colaborar con algunas tareas de la casa —y al decir estas últimas palabras se apartó un poco de nosotras, como temiendo una reacción violenta de nuestra parte. Estaba visto que nos consideraba capaces de semejante acción.

Sus palabras me dejaron anonadada. ¡Qué descaró! ¡Qué desparpajo! ¡Qué insensatez! Traté de dominar mi justificada turbación. Beatrice y

Mariana se quedaron mudas. Una cosa era que tratara de arrebatarnos nuestros bienes; esa clase de comportamiento aunque inmoral era algo que entendía hasta cierto punto; pero otra muy diferente era que nos convirtiera en empleadas domésticas de nuestra propia mansión.

—¿Es que te has vuelto loca, vieja bruja? —reaccionó Beatrice levantándose de la silla y tumbando a Mariana durante el acto.

—No pienso mover un dedo en esta casa. Yo no nací para hacer las tareas de la servidumbre. ¡Yo, jamás, jamás, jamás, me rebajaré a eso!

Los gritos llegaron hasta la cocina y al otro extremo del pasillo las cabezas lanudas del servicio se agolparon, tratando de averiguar la causa del barullo; pero sin atreverse a acercarse hasta el salón.

—¿Quién te crees que eres? ¿Una princesa? —Leticia pronunció las palabras en la puerta de la salita. Todas volteamos hacia dónde provenía la voz.

—Mi nieta Leticia —recalcó Gertrudis con orgullo— La única señorita de esta casa a la cual deberán respetar y servir.

—¡Respetar y servir un diantre! —reverberó Beatrice. Hice un esfuerzo por contenerla.

Leticia caminó con desparpajo hasta ubicarse al lado de su abuela. Vestía un vaporoso vestido de popelina gris, adornado con florecillas silvestres y calzaba zapatos blancos de plataforma que parecían columnas de yeso aprisionando sus pies. En un inesperado arrebató de mi imaginación, la imaginé alzada por el viento y arrastrada bruscamente hasta la capa más externa de la atmósfera.

La indolencia y la desidia continuaron desplegándose en aquella sala, como un aguacero de invierno. Leticia sonreía con burla, respaldada por la voz autoritaria de Gertrudis, quien recitaba como un credo la lista de nuestras obligaciones:

—No son invitadas, por lo tanto realizarán tareas domésticas para pagar su sustento. Mariana, dirigida por el viejo Juancho, ayudará a alimentar a los pollos y a los caballos y si es requerido, a los cerdos; Beatrice estará bajo la supervisión directa de Ño Josefina en la cocina y Camila estará a la orden de Leticia como su ayudante personal. Dejarán de lado sus costumbres libertinas y se ceñirán al reglamento de esta casa.

Hizo una pausa y continuó:

—Las inscribí en el Instituto Straton, porque el Dr. Linares lo puso como condición para enviarme el dinero de su manutención. Pero recuerden que mientras estén fuera tienen prohibido hablar de su relación con su abuelo o de cualquier otro asunto de índole personal con la gente del pueblo. Es más, les prohíbo tener amigos.

—Usted no puede exigirnos eso —dije.

—¡Claro que puedo! Si no lo hacen, tomaré represalias. Tú cumplirás dieciocho años y podrás marcharte, pero tus hermanas, no —y sonrió porque sabía que tenía el sartén agarrado por el mango.

—¿Es una amenaza? —preguntó Beatrice.

Esta vez, Leticia tomó la palabra:

—¡Tómalo como quieras!

Gertrudis dio por concluida la reunión y nos mandó a salir. Caminábamos hacia la puerta, cuando de pronto nos detuvo:

—¡Esperen! Se me acaba de ocurrir una idea. En su tiempo libre, Ño Josefina les enseñará a tejer y bordar, así no tendrán tiempo de husmear en el pueblo ni embarcarse en oficios que sean contraproducentes.

La miré con extrañeza:

—¿Tejer y bordar? ¿Quién se dedica a eso en estos tiempos? Son pasatiempos pasados de moda.

—Me da igual. Ahora, retírense.

Tomé a Beatrice por un brazo y a Mariana por el otro y las saqué de la sala. Iban protestando y compadeciéndose de su suerte. En la puerta del sótano, nos esperaba la negrita Salomé, ávida de curiosidad y con el alma embadurnada de expectación. No tuvo que preguntar cómo nos había ido:

—¿Cómo es posible que nos traten así? ¿Cómo dejas que se salgan con la suya, Camila? Todo esto nos pertenece, es nuestro —volvió a arremeter Beatrice contra mí.

—Lo sé, pero en estos momentos no podemos luchar contra Gertrudis.

¿Cómo explicar a las vísceras los dictámenes de la razón? Tarea vana desde su inicio y de necios el intentarla. No había forma de aclararle a mi

atolondrada hermana que en determinadas ocasiones la mejor estrategia es rendirse, no con el fin de claudicar, no, sino más bien para agrupar las fuerzas necesarias para embestir y asegurar la victoria. Pero en ese momento, encontraba difícil hallar las palabras que sosegaran su espíritu. Lo único que atiné a decir fue:

—¿Te arriesgarías a que nos separaran y nos enviaran a una institución de beneficencia pública? Pronto tendré dieciocho y viviremos en la ciudad. Mientras tanto, hagamos lo que ellas quieren y busquemos alternativas para salir de este atolladero.

Mis palabras consiguieron el efecto deseado porque apaciguado su arrebato, buscó refugio en una silla y se sentó sin decir nada.

—A mí me gusta la tarea que me asignaron —dijo la dulce Mariana.

—¡A ti te gusta todo! —respondió Beatrice, enérgica— Te hubiera gustado incluso que te hubieran enviado a limpiar letrinas.

Después de un rato de dimes y diretes, acordamos hacer lo que se nos pedía. Nos tumbamos sobre los colchones y allí, en las profundidades del claustro, balbuceé unas palabras de aliento:

—Al menos estamos juntas. Veamos el lado positivo. No nos enviaron a limpiar letrinas.

Mis hermanas y la negrita Salomé me dirigieron una mirada interrogativa y por más esfuerzo que hicieron no lograron entender el optimista sentido de mis palabras.

Al día siguiente, comenzaron nuestras clases de tejido y bordado. Debo admitir, sin temor a la vergüenza, que en esos oficios éramos en extremo neófitas. Los cuatro centímetros de largo de las uñas de Beatrice impedían que sostuviera la agua en línea recta, mucho menos pudo arrancarle alguna forma a la maraña de hilos que se agolpaba en su regazo, retorcidos y entrelazados unos con otros. Por mi lado, no me fue mucho mejor, mi habilidad manual para el tejido era prácticamente nula. Al final, nuestras obras de arte parecían la labor de campesinas feudales, a excepción de Mariana, claro está, quien como expliqué, poseía la destreza manual de un Da Vinci y un Miguel Ángel juntos; y si esto parece una exageración, me justifico aludiendo al hecho de que mi percepción de su talento puede estar enturbiada por mi inmenso amor por ella.

LA MANSIÓN DE ZARNIA

Los días pasaban repetidos en San André; y los lunes se parecían mucho a los martes, los miércoles, los jueves, los sábados y los domingos. Los viernes, sin embargo, había un ligero cambio: la taberna abría a las siete en lugar de las nueve, y este pequeño detalle cambiaba por completo la animosidad de sus moradores.

Después de una larga jornada laboral, los parroquianos acudían a la taberna a festejar y se olvidaban de sus problemas personales. Esas noches parecían exhibir un espíritu festivo que no tenían ningún otro día. Así las tertulias transcurrían entre tragos y el humo de cigarrillos. En algunos casos, los cotilleos eran tan fascinantes que se alargaban hasta la madrugada y muchas veces alguna esposa atribulada pasaba por el bochorno de tener que ir a buscar a su esposo impedido de regresar a casa por sus propios medios. Tambaleante, a la vista de todos, realizaba el vía crucis de la taberna al hogar, escoltado por la mujer y los hijos, bajo la mirada recriminatoria de las beatas que agradecían a Dios el no tener que lidiar con semejante marido.

Un día ocurrió un hecho insólito que predispuso a todo el pueblo en contra nuestra. Aunque se suscitaron otros incidentes, también de naturaleza extraña, el hecho es que este se achacó a nuestra autoría. Ese viernes, en particular, la vieja mansión de la Hechicera Zarnia, sumergida en un caos retorcido de matorrales, bejucos y alimañas, se restauró por sí

sola. Pasábamos frente a la mansión todas las mañanas, camino al Instituto y todas las veces nos deteníamos a observarla con temor: su vieja estructura carcomida por la humedad, las hiedras trepando por las paredes como manos que estrangulan, las viejas cortinas flameando como banderas de antiguos barcos piratas y el portón encorvado por el peso de los años.

Ese viernes, empero, la hiedra y la maleza desaparecieron, como si una mano invisible las hubiera arrancado durante la noche. Las ventanas relucían con el claror y la brillantez que solo el agua y el jabón dan, y el fétido fango que se asentaba al frente se sustituyó por una alfombra de margaritas y girasoles que danzaban alegremente al son del viento, regalando dadivosas sus perfumes. Un ostentoso césped verde manzana se posó graciosamente sobre todo el terreno. Toda señal de decrepitud fue borrada de la noche a la mañana.

Los lugareños, alarmados como estaban ante este insólito hecho, especularon sobre lo que sucedía. Así que dejando de lado el chisme del embarazo precoz de la hija de la lavandera sin marido ni novio conocido, pasaron a la especulación mórbida de las razones que explicaban el extraño acontecimiento. Por su parte, las beatas de la sacristía entrenadas por la prodigiosa verborrea del Padre Tobías, se inclinaron a pensar que algo diabólico o lujurioso se estaba escondiendo en la mansión. Una de las señoras se atrevió a sugerir que se trataba de un narcotraficante latinoamericano llegado a San André para escapar del dedo acusador de la justicia, otra opinó que era una afamada actriz evadiendo el brutal acoso de los paparazis; pero estos comentarios fueron acallados enseguida por Doña Tula, quien pensaba que la hipótesis del demonio o la lujuria era mejor. Las esquinas, la panadería, el hotel, la plaza y la pulpería, que eran los lugares usuales de reunión, se tiñeron de rumores, dimes y diretes sobre la posible vuelta de la bruja al valle, o tal vez de un familiar lejano que regresó para reclamar su derecho a habitar la casa. Además, la renovación coincidía con la presencia del Verdugo en San André, pero ni él ni un ejército de trabajadores hubieran podido renovar la mansión en tan poco tiempo. Los lugareños se sintieron nerviosos.

Transcurrió una semana y nadie se presentó a reclamar la casa. Preocupado y presionado por los habitantes, el Comisario, quien aspiraba

obtener un cargo gubernamental al lado del Prefecto Farfán en las próximas elecciones, se vio obligado a enviar a los dos únicos funcionarios que tenía a su cargo para que investigaran el suceso.

A la mañana siguiente, con renuencia pueblerina, se apersonaron en la casa. Se anunciaron con estruendo gritando en alta voz sus nombres, pero nadie les respondió. La puerta estaba sin cerrojo, así que entraron sin problemas, revisaron una a una las habitaciones y salas, pero no encontraron nada sospechoso, todo lo que vieron fue una casa pulcra, con muebles modernos y acabados de primera calidad, pero ni rastro alguno de la bruja u otra persona.

—Deben ser espíritus —comentaba más tarde uno de los guardias en la taberna— Mi tía Clotilde decía que las ánimas en pena pueden mover objetos en este mundo.

—No seas tonto —contestaba el cantinero mordazmente— ¿Cuántos espíritus has visto que les guste limpiar? Ni siquiera para los vivos esa es una tarea agradable. Si yo fuera un fantasma, no estaría en el mundo de los vivos limpiando. Eso te lo puedo asegurar. Estaría en una taberna y de allí ni San Pedro con toda su corte podrían sacarme —concluyó con una risotada.

—Para mí, eso es obra de las muchachas que se están quedando en la casa de Gertrudis —agregó la mujer del tabernero al momento que repartía unas jarras de espumosas cervezas entre los clientes habituales, realizando increíbles malabares.

—Este pueblo ha vivido en paz desde que desapareció la bruja y ahora vienen esas desadaptadas y todo empieza otra vez.

Un ambiente neblinoso pululaba en la cantina producto del humo de los cigarrillos, tierra fértil para la propagación de las habladurías más descabelladas.

—¡Eso es cierto! —convino un hombre flaco con escasez de dientes que se hallaba en la barra bebiendo ron.

—Debemos vigilar a esas brujas. Gertrudis debe tomar acciones al respecto —dijo.

Nada como un buen chisme para uniformar el juicio y las opiniones. Y en este caso, todos estaban de acuerdo en culparnos.

Al fondo, en una mesa solitaria, al abrigo de la penumbra que le ocultaba el rostro, el Verdugo tomaba a sorbos su bebida favorita: ron puro.

—¡Como lo beben los hombres de verdad! —solía decir— ¡Puro y sin anestesia!

Llevaba unas semanas tratando de ubicar a las hermanas, tal y como se lo solicitó Zarnia en una nota escrita que le entregó el gato de la hechicera, Frozenblack. Sin embargo, no había tenido mucha suerte ya que las jóvenes no salían mucho de La Borrascosa. Se había visto obligado a merodear por el pueblo y sacar información de los moradores.

Esa noche, entre trago y trago, más personas se unían al grupo que hablaba de las brujas de Gertrudis. La mujer del tabernero continuó diciendo:

—Se dice que asisten al instituto Straton. Eso quiere decir que piensan quedarse un buen tiempo.

—Y que no son criadas como dijo Gertrudis —opinó otro.

—Tenemos que obligarla a que nos diga qué están haciendo realmente esas muchachas aquí —gritó uno que apenas se sostenía en pie.

El Verdugo se dio por satisfecho. Había averiguado que las chicas asistían a Straton, lo cual era un buen comienzo. No sabía el motivo del interés de la hechicera en ellas, como tampoco supo nunca la razón por la cual la bruja desapareció hace cincuenta años. Se lo imaginaba, pero no lo sabía con certeza. Se comunicaban a través de su gato, quien le entregaba mensajes esporádicos con instrucciones para realizar tareas sobre uno que otro asunto.

—La cuenta —le gritó al mesonero. Canceló su factura y se marchó.

Nadie recordaba con exactitud cómo llegó el Verdugo al pueblo. Apareció de repente, cuando San André era un pueblito rodeado por monte y culebras por los cuatro puntos cardinales y el Padre Tobías era aún un mocoso que chapoteaba los charcos pantanosos dejados por las lluvias de octubre. Era un mozalbete de diecisiete años. Llegó solo. Su único equipaje era un enjambre de piojos adheridos a su cabello. Se estableció en una de las casitas que daban frente al mercado, cancelando el arrendamiento con algunas moneditas de oro. Nadie hizo preguntas acerca del origen del precioso metal, pero mucho después de conocer su

conexión con las artes oscuras, se dijo que fue el mismísimo Mandinga quien le proveyó lo necesario para su subsistencia. Los primeros meses los ocupó rellenando grietas, limpiando escombros y realizando trabajos de fontanero. Pronto se dio cuenta de que no subsistiría con esas faenas. Fue entonces que se le vio en la nefasta compañía de la hechicera Zarnia, a quien suministraba los elementos necesarios para realizar sus encantamientos, oficio al que se dedicó después a tiempo completo, ensanchando así su reputación de peón de las fuerzas oscuras. Cuando desapareció la hechicera, dejó de vérselo.

Mala sangre el mentado Verdugo, las bestias le temblaban cuando lo encontraban a su paso, los caballos relinchaban de miedo y desembarazándose de sus ataduras corrían desbocados a revolcarse en el arrabal. ¡Mandinga! y se persignaban las beatas corriendo a esconderse bajo los techos de sus casas. ¡Mandinga! y salía el Padre Tobías regando chorros de agua bendita sobre las casas, calles y cabezas de todos sus feligreses. El Padre Tobías era muy juicioso y ninguna cabeza quedó nunca sin rociar.

—Ese tiene un pacto con el cachuo —decía la gente con dejos de misterio.

— Las fuerzas del mal le deben obediencia.

—Ese hombre no tiene sangre en las venas, solo azufre esparce a su paso.

Para bien o para mal, cada habitante del valle fue agregando más y más iniquidades al comentario inicial con aportes cada vez más fantasmagóricos, y el Verdugo entró a formar parte del conjunto de espectros vivientes que pululaban como almas en pena el prodigioso valle de San André.

El Verdugo amaba su vida en el pueblo. ¿Cómo no amarla? Era un lugar sepultado en el tiempo, enclavado en la intercepción de dos grandes montañas con su consabido mercado de domingo, su dispensario, su escuela, su iglesia y su prefectura, todos orbitando alrededor de la Plaza San Isidro, integrándose a la perfección con la magnificencia del entorno. Durante los meses de invierno, quedaba aislado del resto del mundo por la incesante lluvia que transformaba sus veredas en peligrosas trampas de lodo, imposibles de transitar. Adoraba caminar por las calles, sencillas y

apacibles a diferencia de las grandes avenidas de la ciudad. Alimentaba su ego con el temor de la gente que encontraba a su paso que instintivamente desalojaba la acera para dejarle el camino libre. Le gustaba esa sensación, la confundía con respeto.

—Pronto las cosas cambiarán —pensó con regocijo— Con el regreso de la bruja, otra será la historia de este pueblo y volverán los tiempos de gloria.

Sus servicios serían requeridos de nuevo a tiempo completo. Por el momento, solo tenía que vigilar a las hermanas Bell y hornear un pastel de chocolate, extraño requerimiento de Zarnia; pero él no era quién para cuestionar sus órdenes.

Una tarde, cuando regresábamos del instituto, nos detuvimos en la Plaza San Isidro. A veces nos tomábamos un tiempo para merodear por el pueblo antes de regresar a La Borrascosa. La plaza era muy concurrida y nos gustaba ver otros rostros distintos a los de la mansión. Nos distraía y nos hacía olvidar nuestra situación. En esa ocasión, Mariana se fijó en una figura esquelética que se escondía debajo de un banco. Era un perrito chihuahua paralizado de miedo. Se acercó y lo acarició. Enseguida, se quitó la mochila, sacó unos pedazos de pan para alimentarlo y vertió un poco de agua en su mano para darle de beber.

—Apúrate, Mariana. Quiero llegar pronto a casa. Me muero de calor —vociferaba Beatrice.

—Un momento, ya casi termino.

Pero cuando retomamos el camino, el perrito nos siguió. Durante todo el trayecto, Mariana correteó y jugó con él.

Entonces, la reprendí:

—Mariana, deja al perro. Ni Gertrudis ni Ño Josefina te dejarán tenerlo.

Pero Mariana ya había decidido que se quedaría con él.

—Deben ayudarme a pasar a Bartolomeo al sótano.

—¿Bartolomeo? —repitió Beatrice.

—Sí, es el nombre que le di.

La miré con preocupación, sabía de su profunda devoción por los animales, pero aquello iba a ser un problema. Entonces, volteé a mirar al perro: parecía una combinación de rata y armadillo con un costillar bien

definido al que le faltaban trozos de pelo. No era nada atractivo y seguro tenía sarna.

—No lo sé, Mariana. No depende de mí.

Cuando llegamos a La Borrascosa, ya sea por pena o agradecimiento, Bartolomeo no paró de ladrar, anunciando así su presencia. Ño Josefina salió de la cocina, todavía con las manos mojadas, secándoselas en el delantal.

—¿Qué demonios es eso? —gruñó.

—Es un perrito que encontramos en la plaza y necesita nuestra ayuda —contestó de inmediato Mariana, colocándose al frente del animal. Para ese entonces, ya había salido la negrita Salomé y corrió junto al perro para jugar.

Mucho tuvimos que rogar para que Ño Josefina autorizara que se quedara en la propiedad, ya que Bartolomeo adolecía de los encantos de los canes con pedigrí. Su única advertencia fue que lo mantuviéramos en el patio trasero, alejado de la Sra. Gertrudis y la Srta. Leticia, quienes lo desalojarían de inmediato si llegaban a notar su presencia. El resto del personal de servicio se unió también a esta conspiración de encubrimiento. A partir de ese momento, Mariana se convirtió en cuidadora y protectora de Bartolomeo. En ocasiones, trataba de llevarlo al sótano, pero Ño Josefina tenía olfato de sabueso y como siempre lo encontraba, siempre lo desalojaba sin miramientos.

Pero Bartolomeo no fue el único animal que adoptó Mariana. En la cima de su desmesurado amor hacia todo lo que tuviera patas, adoptó también a una gallina del corral a quien bautizó con el nombre de Filomena. Sabía del cruel destino de las gallinas, así que se propuso rescatar a una como un acto simbólico que representaba la salvación de todas. Procediendo en consecuencia, secuestró a una y la recluyó en el sótano, para que no pereciera guisada en un mar de verduras y cilantro.

Filomena se convirtió en la mejor amiga de juegos de Mariana. A Filomena se le pintaban sus pezuñas con esmalte rojo carmesí, el mismo que usaba Beatrice en sus andanzas. A Filomena se le adornaba con collares de canutillo y lentejuela desprendidos de un viejo vestido que se encontró en el sótano. Filomena dormía en un fino cajón tapizado de felpa rosa con una cobija azul celeste de la más tupida lana, elaborada y

tejida especialmente para ella. A Filomena se le rociaba con el más fino perfume que mi hermana menor sustraía de la gaveta de Leticia, cuando esta se ausentaba a sus aburridas clases de piano de los martes. Ño Josefina no cesaba de repetirle:

—Niña, deje de echarle tanto perfume a ese animal, que se le va a amargar la carne.

Mariana contestaba con firmeza:

—Filomena es parte de la familia y en ninguna circunstancia permitiré que se sirva de cena.

Ño Josefina la miraba con cara de preocupación, pero al final cedía siempre ante sus súplicas. Así Filomena se fue quedando en el sótano, Bartolomeo se fue acostumbrando a su presencia y pasó a formar parte del conjunto de seres que poblábamos el sótano de La Borrascosa.

Los días transcurrieron hasta convertirse en meses y se acercaba la hora de regresar a casa. Durante ese tiempo, nos adaptamos a la aburrida rutina de La Borrascosa. Por otro lado, los pueblerinos seguían tratándonos con descortés indiferencia. No teníamos amigos, no obstante la singular belleza de Beatrice le procuró un puñado de admiradores, de los cuales sabía aprovecharse cuando la ocasión lo requería. Y la ocasión lo requería los sábados y los domingos, a las tres de la tarde, únicos días en que Gertrudis consentía que nos ausentáramos de la mansión para evitar las preguntas incómodas de sus invitadas al bridge. Esto nos permitía pasear por el pueblo a nuestras anchas y desobedecer sus dictámenes tanto como quisiéramos.

Una tarde de domingo, la negrita Salomé pataleó para conseguir el permiso de su madre para acompañarnos a nuestro paseo habitual. A las tres en punto estuvimos arregladas y perfumadas. Nuestros atuendos eran un poco exagerados para la vida pueblerina, pero era la única oportunidad que teníamos de usar la ropa que trajimos de la ciudad, porque el resto del tiempo usábamos los trapos usados de Leticia porque Gertrudis decía que debíamos parecer criadas y no herederas.

La negrita Salomé apareció con un exótico vestido de flores naranjas y amarillas, con un descomunal lazo atado en la cabeza que hacía imposible que pasara inadvertida.

Nos adentramos en un bosque expandido de primavera que competía brutalmente con el vestido de Salomé. Las nomeolvides ribeteaban el sendero y junto a ellas, las petunias y las azucenas florecían en desperdigados racimos. El aire fresco y la tierra húmeda alegraron nuestro espíritu.

—¿Pasaremos por la heladería del viejo Torres? —preguntó Mariana.

—No veo por qué no, siempre pasamos —contestó Beatrice alzando la nariz con aires de prepotencia y mueve que mueve el abanico para alejar el calor y los insectos que le surcaban el camino.

La heladería del viejo Torres era un local de techos rojos ubicado al frente de la Plaza San Isidro. Las vitrinas mostraban la variedad de helados existentes e invitaban a una inmediata degustación. No teníamos dinero para comprar los helados y el viejo Torres no tenía misericordia para los clientes que no podían pagar sus productos; pero su hijo se prendó de Beatrice y se las ingeniaba para darnos los helados, cuando la mirada escrutadora del padre se hallaba entretenida en otros menesteres. El muchacho, como pago, recibía la más esplendida de las sonrisas de Beatrice. Con este intercambio comercial nos dábamos por satisfechas ponderando que la cuenta estaba saldada. Mariana no estaba muy de acuerdo con la forma en la que conseguíamos los helados, pero los vigorosos lengüetazos que le propinaba a la barquilla amainaban un poco el peso de su conciencia.

El robusto sobrino de Doña Tula también formaba parte del séquito de admiradores de mi hermana. Este sustraía de la panadería de su tía unos deliciosos bollos rellenos de crema pastelera, cuyo aroma se extendía a todas las casas del pueblo atrayendo a los más exigentes paladares. El mozo nos esperaba en la plaza, pateando la acera de arriba a abajo, en un afán por controlar los nervios que le producía encontrarse con la muchacha más bella del pueblo, como llamaba a Beatrice. De lejos, lo divisábamos con su pantalón de gabardina gris y su camisa de lino blanca, cuyos botones amenazaban con dispararse en dirección a la casa parroquial. Sin embargo, nunca nos importó su vestimenta, siempre y cuando sostuviera en sus manos la acostumbrada bolsa marrón que balanceaba rítmicamente al son de sus pasos. Mientras degustábamos los bollos que aún conservaban la calidez del horno y exudaban un tenue

aroma a canela, le brindábamos al muchacho unos minutos preciosos de conversación, antes de emprender el camino de regreso a La Borrascosa. Este ritual se repetía todos los sábados y domingos, pero el dulzor de los helados y los bollos nos duraba toda la semana.

Esa tarde en particular, nos entretuvimos más de la cuenta y seguro Gertrudis notaría nuestra ausencia.

—Es mejor que vayamos pensando en una buena excusa —sugerí a las muchachas mientras atravesábamos el mercado. Estaba atestado, así que arrastré a Beatrice en contra de su voluntad porque quería detenerse a admirar las pulseras de plata de Esther. Aunque sabía que no había dinero para gustos tan estrafalarios, le gustaba probarse las joyas que su imaginario marido le regalaría algún día. Mariana y la negrita Salomé caminaban detrás de mí y por cuenta propia.

Desde la ventana de la Prefectura, Don Elías Farfán, las observaba. El mismísimo Prefecto coqueteó con la idea de convertirse en el esposo de Beatrice, después de que la muerte de su esposa Lucrecia lo convirtiera, según sus propias palabras, en el soltero más codiciado de San André.

Otros ojos las seguían también. Apolinar García, mujeriego confeso, de modales toscos, con tres matrimonios a cuesta y un sinfín de muchachos sembrados por todo el pueblo, conversaba con el dueño de la botica sobre los acontecimientos recientes ocurridos en el pueblo. Con una cerveza en la mano y un improvisado abanico hecho de periódicos en la otra, alejaba el calor.

—¡Esas niñas sí son ángeles! Con qué gusto haría una visita por aquella casa llenita de mujeres bellas —comentó con picardía, entre sorbo y sorbo— ¿Quiénes son? Gertrudis dice que son criadas, pero yo no me trago ese cuento.

El boticario dijo jocosamente:

—¡Desengáñese, compadre, pobre no come carne! No Josefina es el propio diablo en persona cuando se trata de proteger a esas muchachas. La semana pasada el nieto de Cipriana intentó llevarle unas flores a la del medio y la mulata, tras las advertencias de rigor y habiendo el muchacho desacatado sus órdenes, le soltó el perro, chiquitito el condenado, pero

como ladra. Lo correteó hasta el pueblo y no le quedaron más ganas de seguir buscando lo que no se le ha perdido.

—Por esas muchachas, no me importaría agarrar la mordedura de un perro —contestó el otro con una sonrisa en sus labios y la expresión pícara de los zagaletones.

Luego agregó con nostalgia:

—La esperanza es lo último que se pierde, y quién sabe, a lo mejor la suerte está de mi lado —y siguió a las muchachas con la mirada mientras salían del mercado.

El boticario, luego de pensarlo mucho, dijo:

—Doña Tula tiene el presentimiento de que esas muchachas son brujas. Compadre, ¿No estará usted hechizado?

Y LLEGARON LAS CALABAZAS

Los habitantes de San André estaban aterrorizados. Esa mañana aparecieron unas inmensas calabazas en todos los jardines del pueblo, aplastando los claveles rojos que se mecían en los vergeles y que eran el orgullo de los pobladores. ¿Y cuál fue la explicación que le dieron los moradores al fenómeno? Nada más y nada menos que aquello era obra de las brujas de Gertrudis. Nos echaron la culpa a nosotras que nada sabíamos de agricultura, ni de cómo sembrar un tubérculo, y mucho menos tomar un asador o un rastrillo; y hasta confundíamos los espárragos con las alcachofas. ¡Haberse visto semejante desatino! Esa es la clase de razonamiento que hace que los pueblos sigan siendo pueblos y no ciudades.

—¡Fin de mundo! —pregonaba Doña Tula llevándose las manos a la cabeza, mirando la gigantesca calabaza que creció en su zaguán. Con cautela se acercó y la midió con su cuerpo, le llegaba a la cintura. Salió de la casa dando brincos y vociferando, pero en la calle vio a otras calabazas en los jardines de sus vecinos. De inmediato se reunió con sus amigas y formó una comisión para ir a la casa parroquial.

El Padre Tobías, adormecido y lagañoso, las recibió en la salita que precede a su pequeño despacho. La casa parroquial tenía la típica estructura colonial y sus habitaciones olían siempre a alcanfor y kerosén

quemado. El padre estaba acostumbrado a las visitas de las beatas. Lo hacían cada vez que aparecía un espanto en el pueblo. San André tenía muchas leyendas. Una de ellas era la del Descabezado del Cafetal, como mentaban los peones a una supuesta aparición que se paseaba por los campos las noches de luna llena, asesinando a todo aquel que se cruzara en su camino. El Silbón de la Esquina del Muerto era otro espectro muy escurridizo que correteaba a sus víctimas con el extraño hábito de silbarles al oído y no faltaba la popular Sayona, mujer de exuberante belleza asidua a frecuentar lugares solitarios en busca de maridos infieles para matar de espanto a los incautos entretenidos en las artes amatorias. En los días en que estas apariciones paseaban por el pueblo, el pánico ensombrecía el buen juicio y los campesinos se encerraban en sus casuchas negándose al trabajo. La intervención oportuna del Padre Tobías realizando una improvisada ceremonia de exorcismo les devolvía el coraje para seguir con las faenas. Sin embargo, jamás habían sido víctimas de una invasión de calabazas, ni habían escuchado que semejante hecho ocurriera en otros pueblos.

El cura rezongó, las invitó a pasar y fue a sentarse en una silla tapizada en cuero, de esas que cuando uno se mueve hacen ruidos bochornosos. Y dirigiéndose a Tula, dijo:

—Pero mujer, apenas si me acabo de levantar. ¿No estarás exagerando?

La anciana negó con contundencia. Se notaba que esa clase de situaciones la satisfacía, ya que le brindaba ocasión de exhibir sus dotes histriónicas. La mujer musitó, abriendo descomunamente los ojos:

—Claro que no, Padrecito. Algo muy grave está ocurriendo. El mal se está apoderando de este pueblo —dijo señalando con el dedo índice al poquito de pueblo que se veía por la ventana— y si no hacemos algo pronto, hasta el mismísimo Satanás estará dando los sermones de su iglesia.

El Padre se levantó ante la mención del innombrable haciendo una rápida persignación y luego volvió a sentarse.

—No blasfemes hija mía, no seas alarmista, Tula.

La anciana dijo compungida:

—El mal, Padre, el mal vino a este pueblo cuando llegaron esas muchachas de Gertrudis.

El cura alzó la vista hacia el techo como clamando la presencia divina de Dios y un poco de su infinita paciencia. Más, para su desencanto, lo que halló fue una superficie desconchada bramando por la caricia de una mano de pintura. No era fácil ser el capellán de esa comunidad. Bien sea por ignorancia o ineptitud para reconocer los caminos del bien, lo cierto es que sus fieles se apersonaban en su residencia pretextando cualquier motivo y a las horas menos indicadas a fin de procurarse sus sabios consejos, que abarcaban desde lo espiritual hasta cualquier otro tópico surgido de la improvisación.

—Pero mujer, si esas muchachas son unas criaturas. ¿Dónde está tu vocación cristiana?

Tula no sabía dónde estaba su vocación cristiana, pero lo que sí sabía era que la actitud sumisa del Padre los estaba llevando al borde del próximo apocalipsis. Sintió un irreverente deseo de golpearlo. Sus puños se cerraron y casi estuvo a punto de hacerlo, pero se reprimió pensando que esto supondría un impedimento para su entrada al cielo. Tenía la esperanza de encontrarse allí con su marido.

—Ay, Tomás —solía lamentarse— ¡Ojalá, que de verdad estés en el cielo!

Así que controlando sus impulsos, alzó ligeramente la voz y se limitó a responder:

—Fin de mundo, Padre, fin de mundo. No es natural que una casa se renueve por sí sola, eso es obra de malos espíritus. Y hasta crecieron girasoles, Padrecito, de la noche a la mañana. Todo el mundo sabe que estas tierras no son aptas para los girasoles, solo sirven para claveles y petunias, ¿Y el Verdugo? Ahora se pasea por las calles como si fuera nuestro igual, en compañía de ese zarrapastroso gato que tiene la mirada malévola de las criaturas del infierno. ¡Ya le digo, Padrecito, Satanás está entre nosotros!

—Ya basta, Tula, de mentar al innombrable —dijo el Padre Tobías persignándose otra vez, perdiendo ya la paciencia— no sea que se nos aparezca de tanto llamarlo.

La mujer prosiguió en tono de confidencia:

—El caso es, Padrecito, que esas enormes calabazas están en todos los jardines del pueblo. Ya sabe que las calabazas son implementos de bruja. Claro está que podemos cortarlas, pero ¿Y si vuelven a crecer? ¿Quién las puso allí? A lo mejor la hechicera Zarnia está de regreso y las muchachas de Gertrudis solo están preparando el camino para un reencuentro.

Las otras mujeres no articulaban palabra, solo asentían con la cabeza como jaladas por los hilos de algún titiritero invisible. El sorprendido cura tomó su sombrero para salir y verificar con sus propios ojos si lo que decía la anciana era cierto. Abrió la puerta y la luz de un sol resplandeciente lo cegó por un momento, adaptada su pupila a la claridad del día, se enfiló hacia la calle principal seguido del séquito de señoras que caminaba tras él mientras Tula seguía hablando y gesticulando. Al llegar al comienzo de la calle, se plantó en el medio y vislumbró las inmensurables auyamas apostadas a lado y lado.

—¡Válgame, Dios! —dijo persignándose por tercera vez— Esto es obra de las fuerzas oscuras.

Y regresando a la sacristía no se le volvió a ver hasta minutos después, cuando salió con un botellón de agua bendita amarrado a una enclenque carrucha, cuyas ruedas chirriaban como almas en pena. Diseminó el agua sobre las calabazas, como si tratara de un perfume muy caro. Así era el Padre Tobías, para toda dolencia material o espiritual sacaba a relucir la botella del proverbial líquido bendito, que curaba desde los males del corazón hasta el más obstinado sarampión. Después de que todas las calabazas fueron rociadas, y viendo que aún permanecían inmunes a los efectos del remedio supremo, se dirigió a la multitud que se había aglomerado a su alrededor:

—Debemos hacer una cadena de oración para pedir la intervención divina. A partir de hoy habrá misas diarias, todos los días a las siete de la noche.

Un fuerte murmullo de aprobación se escuchó en toda la calle. Solo el tabernero, que se hallaba con su mujer sobre la acera, arrugó la frente y se llevó las manos a la cabeza. Misas a esa hora significaba menos

clientes para el negocio, y aunque los parroquianos no llevaban su devoción divina hasta el extremo de asistir todos los días a la iglesia, era seguro que sus esposas los llevarían a rastras. No le quedaba otra cosa, pues, que resignarse y ajustar el bolsillo

Sin permiso, como las ratas y las cucarachas, así fue como irrumpimos por primera vez en la mansión de la Hechicera Zarnia. Este súbito impulso explorador cruzó mi mente desde el mismísimo instante en que la estructura enrejada enarbolara los primeros signos de su restauración. ¿Por qué la casa estaba sola? ¿Cómo pudo cambiar tan de repente? ¿Quién vivía allí? ¿La bruja? Las mismas interrogantes que se hacía el pueblo se repetían clandestinamente en mi interior.

Cierto día, en el que caminábamos hacia el Instituto, divisé la explanada de girasoles y margaritas que se extendía frente a la mansión moviéndose rítmicamente con la brisa; parecían niñas alegres tomadas de la mano. Al fondo, sobresalía la mansión como un castillo de sal en un vasto río de espigas. Enseguida, movida por la curiosidad, aminoré el paso. Bartolomeo, quien nos acompañaba siempre en nuestras excursiones, también lo aminoró pero aullaba en tono lastimero. Beatrice y Mariana se callaron de repente, a pesar de que parloteábamos como pericas. De una de las ventanas del piso superior se veía una cortina de encaje abanicada por una fuerza invisible. A lo lejos, la puerta principal se abrió poco a poco como si estuviera jalada por un hilo. Me detuve en seco, con expectación, al igual que mis hermanas. Alargamos el cuello esperando ver a alguien o algo salir, pero nadie ni nada apareció. Solo un intenso olor a chocolate inundó el lugar y los tenues vapores del cacao me hicieron recordar las deliciosas tardes de invierno que compartimos con el abuelo. Él siempre aparecía chirriando sus zapatos por el pasillo, con los bolsillos repletos de chocolates suizos. Para mi fatalidad, el familiar aroma me tentó a tal punto que fui presa de un incontrolable deseo de averiguar su origen. Decidí darles rienda suelta a mis impulsos.

Cruzado el portón de hierro forjado, el camino hasta la puerta fue rápido. Escuchaba los flagrantes gritos de mis hermanas a mis espaldas. Sin embargo, no les presté atención. Al alcanzar el porche, me detuve y

me recosté en una columna a recobrar el aliento. Cuando me alcanzó Beatrice, desató su ira:

—¿Es que te has vuelto loca? —dijo tomándome por el codo, tratando de halarme hacia el camino.

Pero yo estaba resuelta a no desviarme. Usé mis fuerzas para desembarazarme de su mano. Mariana, en cambio, contemplaba cautelosa una inscripción metálica colocada a un lado de la puerta. Estaba escrita en un idioma extranjero y mostraba el emblema de un león con las fauces abiertas. En el costado derecho del porche, dos butacas de mimbre blanco se mecían por sí solas produciendo un escalofriante sonido.

—Es el viento —les dije en un tono tranquilizador que ni yo misma me creía. Aunque la puerta estaba abierta, toqué por cortesía, pero nadie contestó. El aroma tentador del chocolate se apreciaba mucho más. Sobre el pestillo de la puerta notamos otra placa enchapada con serpientes y querubines alados, como los mostrados en nuestro portón del siglo XV. Esas formas, en pronunciado relieve y en tonos claroscuros, le daban un aspecto aún más tétrico al portón.

—¿Será que Gertrudis también es bruja? —preguntó Mariana, observando la coincidencia con los adornos de las puertas.

Beatrice contestó mordazmente:

—Yo no tengo la menor duda, al igual que su nieta, Leticia. ¡Brujas, las dos!

Bartolomeo, compañero fiel en nuestras andanzas, que no medía el tamaño del contrincante para batirse en duelos con animales de otra especie, no quiso entrar. Se quedó apostado en el porche, con las orejas turgentes y el rabo erguido en señal de alerta. Con esto mandó un claro mensaje que traducido en su lengua madre sería algo como:

—Están locas si piensan que entraré allí, esperaré aquí su regreso.

Nosotras, que no sabíamos interpretar su lengua, atribuimos su desgano al cansancio de la caminata y lo dejamos retozando. Alentada por la falta de respuesta, me aventuré hacia el interior de la casa, en contra de la voluntad de mis hermanas.

—Buenos días —grité al tiempo que entraba— ¿Hay alguien aquí?

Mi voz rebotaba en las paredes que me devolvían el débil eco de mi propia voz. Tan pronto entramos, la puerta se cerró a nuestras espaldas y todo quedó en silencio. Por unos momentos, permanecimos mudas. El acentuado olor a chocolate marcaba el camino a la cocina. Di unos pasos y detrás de mí, me siguieron mis hermanas, acurrucadas de terror.

—Buenos días —seguía repitiendo en la medida en que avanzaba, pero nadie contestaba. El único sonido presente seguía siendo el de mi propia voz.

—Parece que no hay nadie.

Beatrice perdió la paciencia. Mis arranques aventureros no le hacían gracia alguna. Pensaba que la prolongada permanencia en una comunidad tan aburrida como San André había terminado por trastocarme los sesos. Resentía que en lugar del comportamiento propio de una hermana mayor, exhibiera en cambio la espontaneidad e imprudencia de un travieso niño de tres años.

—Sugiero que nos vayamos de aquí en este instante —insistió Beatrice presa de un extraño sentimiento premonitorio.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo vive una bruja? No tenemos nada que temer, aquí no hay nadie.

La sala era muy parecida a la de La Borrascosa, pero sin sus ridiculeces ni excentricidades. Una enorme pintura colgaba encima de la chimenea. La figura vestía de negro prieto a la usanza de las damas del Renacimiento, se hallaba sentada sobre una butaca negra con las manos cruzadas sobre el regazo y un rictus amargo adornaba sus labios completando el maquiavélico cuadro. Su cara era perversa, surcada de profundas arrugas y sus ojos de búho seguían nuestros movimientos. El cuadro estaba pintado en tonos negros y grises. Mi hermana menor miró con terror la imagen y hasta Beatrice se sorprendió de la fuerza macabra que emanaba de ella.

—Creo que debemos marcharnos —susurró esta última.

Ajena a sus temores, escudriñé los objetos de la sala. Había un inmenso reloj de pared que marcaba extrañamente las horas, ya que el minuterero marchaba en dirección contraria a lo debido. Una biblioteca elaborada en cedro, cubierta de un extraño barniz que le daba la

apariencia de un espejo, se alzaba al lado del reloj, pero los pocos libros apiñados en los anaqueles eran viejas ediciones de obras clásicas de Shakespeare, Dickens y Víctor Hugo. Estaba decepcionada. Ninguna de estas obras tenía nada que ver con la magia. Esperaba encontrar un amplio compendio de libros misteriosos, abarrotados de hechizos, conjuros y encantamientos. Y, a juzgar por los objetos encontrados en la casa, la única impresión que saqué de la hechicera era que se trataba de una persona sumamente culta y de buen gusto. Beatrice, quien por la magia no sentía el más mínimo respeto, insistía en que nos marcháramos, pero yo seguía negándome.

—Todavía no —insistí— Vamos a dar una vuelta y luego nos vamos.

De la sala partía un pasillo serpenteado que llegaba hasta la cocina. Las paredes estaban cubiertas de cuadros con paisajes campestres y uno que otro torso de la misma mujer pintada en la sala en diversas actividades de su vida cotidiana.

—La hechicera Zarnia, sin duda —pensé.

Con cuidado abrí la puerta batiente de la cocina que emitió un sonido chirriante que nos encrespó los nervios. Un enorme pastel de chocolate se hallaba sobre una mesa de granito. Nos acercamos, incrédulas. ¡Qué delicia! ¡Manjar de manjares! ¡Qué exquisito olor! El esponjado bizcocho pardo estaba cubierto de chocolate y se desbordaba por las orillas como el volcán en erupción de una isla caribeña. Era una tentación demasiado fuerte como para oponer resistencia. Mariana, extasiada al igual que yo, miraba con admiración la joya culinaria.

—Alguien tuvo que haberlo horneado. Está recién hecho. Y si no está en la casa, debe estar por los alrededores, así que vámonos —imploró Beatrice.

No todos los días nos topábamos con pasteles de chocolate semejantes a aquel, o semejantes a algún otro, sobre todo cuando en La Borrascosa el predominio de las verduras y las lechugas en nuestra dieta diaria nos estaba llevando al borde del colapso.

—No, espera —la retuve al tiempo que hundía mis dedos en el pastel. Lo saboreé como nunca había saboreado algo. Mariana no sabía si unírseme o reprenderme.

Beatrice al borde del paroxismo recriminó:

—Camila, ¿Es que no te da miedo que pueda estar envenenado?

La miré con escepticismo.

—¿Quién usaría un pastel de chocolate como veneno? —razoné.

—Una bruja, por ejemplo —respondió Beatrice— ¿No escuchaste bien los cuentos de Blanca Nieves y la manzana? ¿O Hansel y Gretel y la Casa de Golosinas? Les fue muy mal por rendirse a las tentaciones de la gula. ¿No crees que alguien pudo colocar ese pastel aquí para atraernos por algún motivo oculto? Piensa.

Ignoré el comentario malintencionado que atribuí a la falta de cultura gastronómica de mi hermana y continué comiendo. No recordaba haber probado jamás un manjar más succulento. Mariana, dejando de lado sus aprensiones, hundió su mano hasta la muñeca procurándose un buen trozo. Sonreí con holgura para ganarme la indulgencia de mi gruñona hermana. De repente, escuchamos un ruido intermitente. El sonido era como un gemido y procedía de algún lugar debajo de la casa.

—¿Hay sótano en esta casa? —preguntó Mariana.

—Debe haber uno ya que la estructura de la casa es similar a la de La Borrascosa —dijo Beatrice.

Por un instante interrumpí la degustación. Lavé mis manos y las sequé con un pañito de lienzo que encontré sobre la mesa, y en el cual dejé impresas mis huellas. Mariana hizo lo propio.

El sonido se escuchaba ahora con mayor intensidad. Mariana, cuyas mejillas estaban siempre teñidas de rosa, se puso pálida. Me miró con ojos suplicantes, pero decidí ignorar su ruego silencioso. ¡Ay! ¡Qué error! ¡Cuántos sinsabores me hubiera evitado de haber prestado atención a las señales! ¡De haber salido de allí en ese instante, nada hubiera pasado!

—Revisaré y luego nos iremos —prometí.

—Está bien, pero yo no entraré —enfaticó Beatrice. Mariana hacía rato que se hallaba abrazada a ella con los ojos cerrados. Caminamos las tres juntas como un solo bulto hasta que conseguimos la puerta. Ellas se quedaron atrás, di un paso al frente, giré el pomo con sutileza y avancé hacia la oscuridad. El sonido cesó. Encendí el interruptor y la luz brilló. Había enormes bultos cubiertos por sábanas. Sentí un ligero temblor de

piernas, pero mi resolución de explorar me infundió ánimo. Esa vez mi curiosidad venció a mi miedo.

Cuando comprobé que no había nadie y me percaté que la luz iluminaba todos los rincones, decidí fisionear un poco. ¿Qué mal podría acarrearle el curiosear una casa abandonada? Para facilitar la exploración dividí el área en tres partes, tal como los españoles se dividieron la América en tiempos de la colonia. Mariana seleccionó el espacio más cercano a la puerta, en caso de ser necesaria una huida. Confiaba en mis decisiones que, por lo general, eran sensatas. No obstante, en aquella ocasión me dejé llevar por los impulsos propios de la juventud. Mariana desaprobaba este comportamiento, pero la aventura de invadir una casa abandonada en medio de la nada y descubrir sus tesoros ocultos contagió su espíritu aprisionado en la rutina y en los dictámenes de una abuelastra nada afectuosa. Me admiraba a pesar de mi conducta y mis modales incomprensibles. Beatrice, en cambio, le inspiraba compasión, ya que pensaba que tras su pretencioso rostro de porcelana se ocultaba la más insegura de las criaturas. Yo no compartía su apreciación, ya que Beatrice había dado muestras contundentes de ser poseedora de un carácter feroz, más propio de un animal de la selva que de una hermana.

—Si las personas del pueblo saben que estamos aquí, creerán que somos brujas —dijo Beatrice—. Ya de por sí creen que lo somos.

—Razón por la cual esta visita debe mantenerse en el más estricto secreto —grité desde mi esquina.

Había cajas arrumadas por todo el lugar y estantes repletos de libros cubiertos de tierra. Como mi pasión eran los libros, me apenó ver cómo yacían olvidados en la oscuridad. Miré a mi alrededor, sin decidirme por dónde comenzar. Al final, seleccioné una caja que se veía mutilada. Tuve que hacer un gran esfuerzo para sacarla porque se hallaba aprisionada en el medio de otras dos. Jalé y jalé y cedió, pero el peso hizo que cayera de espaldas con la caja en manos. Para mi horror, segundos después, el resto de las cajas se me vino encima. Mis hermanas rieron divertidas. Salí del derrumbe como pude, sacudiéndome el polvo de la ropa.

—¡Caramba! —dije entre risas— Ahora comprendo el dicho de que la curiosidad mató al gato.

Beatrice respondió:

—¿Y no has pensado que el dicho a lo mejor tiene algo de verdad?

Yo refuté:

—A no ser por la curiosidad, estaríamos viviendo aún en la época de las cavernas. No tendríamos descubrimientos ni progreso.

Detrás de los cajones derrumbados estaba oculto un baúl de cuero negro. Tenía unas extrañas inscripciones sobre la tapa y la consabida figura de un león con las fauces abiertas. Este emblema, que aparecía en todos los objetos de la casa, excitó mi curiosidad. ¿Qué significaba? ¿Sería alguna clase de código de la secta a la que pertenecía la hechicera? ¿O se trataba de alguna otra cosa?

Me acerqué con cuidado y quité la tierra apilada en la superficie con la mano.

—Beatrice, Mariana, creo que hallé un tesoro —fueron las ingenuas palabras que salieron de mi boca.

Enseguida, se acercaron entusiasmadas y me ayudaron a arrastrarlo hasta un claro en donde la luz era más nítida. Oculta por el polvo estaba una cerradura redonda. Intenté abrirla con una horquilla que saqué de la cabeza de Beatrice, pero fue en vano. Un buen rato estuve tratando de forzarla, pero después de varios intentos, desistí. En el preciso instante en que abandoné el forcejeo e iniciaba la retirada, escuché un leve chasquido, me volteé y vi que la tapa del baúl estaba abierta.

—Esto es muy raro —dijo Mariana con un hilillo de voz, pero, una vez más, la curiosidad pudo mucho más que el miedo y mantuvo su posición.

Me abalancé sobre el arcón y me coloqué de rodillas para una mejor inspección. Lo primero que vi fue un libro gamuzado, color caramelo, con una lengüeta en forma de cinturón que le daba la vuelta al contorno. Centrada en la portada y en letras doradas, el título: *Libro de Magia Negra de Abramelin*. En la esquina inferior derecha, en letras más pequeñas podía leerse: *Propietaria: La Hechicera Zarnia, Pupila de Abramelin, El Mago*.

Enseguida mis hermanas se arrodillaron junto a mí. Desaté las correas y liberé sus hojas. La escritura estaba en tinta negra y había ilustraciones en vívidos colores. Revisé el interior y dije en voz alta:

—¡Es un libro de hechizos!

Al fin había encontrado un libro de magia. No podía estar más feliz. ¿Quién en sus sueños no ha querido encontrar un libro mágico que solucione sus problemas? Los propios y los de la humanidad. ¿Quién no ha soñado con una varita que haga realidad los sueños? El libro estaba repleto de hechizos. El polvo acumulado de sus hojas me hizo estornudar un poco, sin embargo, continué hurgando las páginas. Algunas de las imágenes no eran agradables a la vista, había criaturas demoníacas, mitad humanas, mitad animales en actitudes grotescas; estas las pasaba rápidamente para evitar que Mariana las viera, ya que era muy impresionable.

—Así que después de todo, esta casa sí que pertenece a una bruja —concluyó Mariana después de revisar varios objetos.

Puse el libro de lado, decidí llevarlo conmigo. Si la bruja no lo necesitó en todos estos años, entonces no le hacía falta; y con este razonamiento deductivo, seguí sacando cosas del baúl. Las muchachas también se entretuvieron con los objetos descubiertos.

Beatrice miró la hora:

—Debemos marcharnos. Llegaremos tarde al instituto —arrugó el entrecejo al notar que no obtenía respuesta de mi parte. Con más resolución repitió:

—Creo que es hora de partir. Si llegamos tarde, Gertrudis nos regañará. Podemos regresar después de las clases.

Absorta en mis pensamientos conjeturaba que algo tan valioso no se dejaba a la deriva. Algún intruso podría irrumpir en la propiedad y apropiárselo indebidamente. Sin mucha convicción respondí:

—¡Está bien! —y continué sacando cosas del baúl sin hacer ademán que sugiriera que tenía intenciones de irme.

Por alguna extraña razón, Beatrice no insistió. Se acomodó a mi lado y me ayudó a sacar el resto de los elementos que estaban en el fondo. Había una túnica de seda negra con una etiqueta adherida que decía: *Lavar al Seco*; un tradicional sombrero de bruja en forma de cono cuya punta era excepcionalmente alta y con tendencia a encorvarse; un cucharón de madera escarapelado con una etiqueta que acotaba: *Solo para*

brujas de Salem. Recordé una vieja historia que nos contaba el abuelo que decía que en Salem, durante los tiempos de la persecución, las brujas usaron cucharones por varitas para evitar ser reseñadas como hechiceras. Los cucharones eran instrumentos culinarios de uso común en aquel tiempo y a nadie quemaban por tener uno en su cocina. Había también un caldero de cobre bien gastado, además de pocillos ornamentados con representaciones de los astros celestes.

Ocupada como estaba, husmeando entre las propiedades de la bruja, ignoré la voz interior que me gritaba que saliera de allí.

Mariana recalcó:

—Todo esto perteneció a una bruja, es probable que algunos objetos estén embrujados.

El temor desapareció de su voz, porque sabía que no había nadie que le reclamara la intromisión. Beatrice, por su parte, sugirió:

—Ya que te interesan tanto las cosas de bruja, pruébate la túnica —y lanzó la prenda que aterrizó sobre mi cabeza— Parece de tu talla y se ve mejor que los atuendos que llevas.

Me coloqué la toga sin demora y sobre mi cabeza quedó magníficamente ensartado el cónico sombrero, que a la vista parecía grande, pero al ponérmelo se ajustó perfectamente al tamaño de mi cabeza.

Así engalanada con la vestimenta de las brujas de antaño, seguimos revisando cajas sin percatarnos del paso del tiempo. En una de esas cajas Beatrice encontró una bolsa muy sucia y gastada. Por impulso vació el contenido en el suelo: resultó ser un puñado de collares y pulseras de fina confección. Todo un botín digno de un pirata. Beatrice escudriñó con más detenimiento el ensartado de joyas y se guindó algunas en el cuello.

—¿Serán reales? ¿O burdas imitaciones chinas? —preguntó Beatrice.

—No lo sé, parecen reales —dije con el mismo grado de estupefacción.

Mariana se recuperó de la sorpresa y se arrodilló al lado de Beatrice. Tomó una pieza y la inspeccionó con sumo cuidado. Enseguida, la soltó. Analizaba los alcances de ese hallazgo.

—Esto está mal. Esto está muy mal. No es lo mismo jugar y tomar objetos viejos e inservibles que jugar con joyas reales. Esto tiene valor y debe pertenecer a alguien. No podemos tomarlo. Podríamos ir a la cárcel —dijo asustada.

Estaba en lo cierto. Muchos han terminado tras las rejas por tomar lo que no les pertenece. Beatrice, por su parte, agarró una cadena de oro y la llevó a la altura de sus ojos, deleitándose con los destellos que disparaba en todas direcciones. Entre suspiros y exclamaciones escondía el secreto anhelo de quedarse con ella.

—Tendremos que reportarlo con el alguacil —dije.

Beatrice paralizó su escrutinio por unos instantes y mirándome fijamente replicó:

—¿Las autoridades? ¿Quién te asegura que serán honestas y entregarán el tesoro a su legítimo dueño? —dijo tomando tres collares más engarzándoselos en el cuello, al tiempo que agarraba dos pulseras para enroscarlas en su muñeca.

—¿Podríamos quedarnos con algunas?

—Absolutamente no. Nada de eso —repliqué— A nosotras no nos hace falta. En cinco días tendré dieciocho años, nos entregarán el dinero, volveremos a la ciudad y nos alejaremos de La Borrascosa para siempre. No tenemos necesidad de complicarnos la vida con un robo de esta magnitud. Es muy peligroso.

Largo rato estuvimos discutiendo acerca del mejor destino para semejante botín; al final, acordamos dejar el tesoro donde estaba, ya que de existir un dueño aparecería en algún momento para tomar posesión de sus bienes. Beatrice protestó, pero se convenció del argumento cuando le señalamos lo mal que se vería con un uniforme de presidiaria.

—Pero eso no impide que podamos usar las joyas en lo que resta del día —dije para concluir la discusión.

Acto seguido, con gran alborozo, nos colocamos las joyas y posamos frente al espejo. Engalanadas con las alhajas, nos divertimos fingiendo ser damas de la alta sociedad. Una de las joyas llamó poderosamente mi atención. Se hallaba oculta en una cajita de terciopelo verde, muy chiquitica, apartada del resto, como si se tratara de un objeto especial. La

tomé, me senté en el suelo y la abrí. Un anillo de oro macizo de muchos quilates, con una chapa en relieve que contenía la figura de un león con las fauces abiertas, brilló. Tenía incrustaciones de rubí y circones y su reflejo me mantenía cautiva. Sin pensarlo dos veces, lo saqué del estuche y lo probé en mi dedo. Parecía grande, pero al instante la circunferencia del anillo se achicó y se adaptó a la forma particular de mi anular. Alejé mi mano para apreciarlo con la perspectiva de la distancia. Complacida, comprobé lo bien que lucía. Recordé que mi abuelo decía que yo heredaré los dedos de mi madre, largos y delgados como los de una pianista. Cuando me cansé de admirar el anillo, intenté quitármelo, pero no pude. Forcejeé un rato, pero fue inútil. El llamado de Beatrice interrumpió la tarea.

Beatrice se topó con una botella de vidrio azul escondida detrás del espejo. Su base era ancha y la parte superior se alargaba y curvaba como el estilizado cuello de un cisne. Era bastante pesada para su tamaño. La levantó y me la entregó.

—¡Qué hermosa es!—dije tomándola por el pico y sacudiéndola ligeramente.

Mariana y Beatrice se situaron a mi lado. Escuchamos gritos en el interior, los mismos que escuchamos desde la cocina. Intrigada volví a sacudirla y se repitieron.

—¿Qué es eso? —preguntó Beatrice.

Pensando en que algún animal había quedado atrapado en el interior, aflojé la tapa con sumo cuidado y volví a sacudirla: un zumbido estrepitoso, como de huracán, se escuchó con fuerza. Tan brusco fue el movimiento que caí de espaldas y al hacerlo, lancé la botella contra una pared. Por fortuna, no se rompió. De pronto, entre la niebla, apareció un muchacho de tez trigueña, vistiendo unos bombaches verde olivo, con un turbante fucsia amarrado en su cabeza. Su torso estaba desnudo y lo adornaba un medallón de oro macizo, sus dedos portaban varios anillos. Beatrice y Mariana gritaron y corrieron a ocultarse detrás de un bulto, pero yo quedé de frente a la aparición completamente explayada en el piso, sin posibilidad alguna de huida.

En principio, el mozo parecía aturdido y miraba con obstinación los bultos cubiertos por sábanas que semejaban fantasmas a punto de espantar. No sabía dónde se hallaba. De repente, sus ojos aceitunados bajaron la vista para posarse en los míos. Aún me hallaba tendida sobre los azulejos y durante unos segundos lo miré con expectación, al igual que él a mí.

La escena que siguió a continuación parecía plagiada de una película de Cantinflas. El espíritu revolucionario que invernaba en Beatrice salió a la luz y tomando un zapato rojo que sacó de una bolsa, se abalanzó sobre el joven, quien sorprendido por el ingrato recibimiento salió despavorido para ocultarse detrás de un bulto, que resultó ser el mismo elegido por Mariana como escondite. Lo que siguió fueron gritos de sorpresa proferidos por ambos bandos y la subsiguiente carrera en dirección contraria para alejarse el uno del otro. Mientras la dantesca escena se desarrollaba ante mis ojos, tuve tiempo de incorporarme y sacudir el polvo de mi túnica. Cuando terminé, Beatrice ya había puesto sus manos sobre el perplejo joven, quien pataleaba y vociferaba tratando de zafarse.

—¿Quién o qué eres? —pregunté.

El aludido se mostraba compungido. Se postró a mis pies, esperando de seguro otra embestida de mi hermana.

—Soy un genio, o eso era antes de que me encerraran en la botella —contestó balbuceante.

Lo miré detalladamente. Nada en su aspecto denotaba que fuera violento. Parecía confundido y dijo:

—Fui encerrado en la botella por la hechicera Zarnia cuando recién aprendía a ser un genio. Disculpen —dijo tomando una bocanada de aire. Luego, agregó:

—Soy claustrofóbico y todos estos años de encierro no hicieron más que acrecentar mis dolencias. Además, empeoraron mis migrañas y mi úlcera estomacal. Sufro de asma, un trastorno respiratorio y un pequeño desorden nervioso. Por todo lo demás, soy bastante sano. ¿Son ustedes aprendices de la hechicera? —preguntó con temor.

Lo miré de arriba a abajo, lo mismo hicieron mis hermanas. La situación era sumamente extraña. Estábamos allí en las profundidades de un sótano hablando con un extraño que se definía como un genio, pero que tenía todas las características de un adolescente. Por lo demás, era lógico que nos hubiera confundido con aprendices de Zarnia, después de todo estábamos en su casa y yo llevaba puesto el traje de bruja. Entonces, aclaré:

—No, no somos aprendices. Entramos a la casa porque estaba vacía y sentimos curiosidad por saber cómo vivía una bruja. Dices que eres un genio, jamás pensé que en realidad existieran. Siempre creí que eran invenciones de *Las Mil y una Noche*. Ahora que te veo, no sé qué pensar ¿Estás seguro de que eres uno?

Esta vez fue el muchacho quien reflejó su sorpresa, jamás nadie había dudado de sus palabras, así que cruzando sus brazos contestó más tranquilo:

—Bueno, salí de una botella entre una densa nube de polvos verdes, me agrandé ante sus ojos ¿No es eso prueba suficiente de que soy un genio? Mi nombre es Batam-Al-Bur, a su servicio —dijo, inclinándose con una reverencia.

Mariana y Beatrice sonrieron y fueron a sentarse sobre un taburete, mientras el genio y yo permanecimos de pie. Juzgué que no había razones para preocuparse y me presenté:

—Mi nombre es Camila —y alargué mi mano para estrechar la suya, él en cambio la tomó y le estampó un sonoro beso.

—Tu nombre es demasiado largo, te llamaré *genio* —dije.

Arrugó la frente y encogió los hombros. Estaba muy orgulloso de su nombre y el ritmo sonoro que emanaba de su pronunciación. En modo alguno quería ser llamado genio.

—En tal caso, entonces, yo te llamaré muchacha —respondió.

—Pero ese no es mi nombre —protesté.

—¡Exactamente! El mío tampoco es genio —subrayó.

—Está bien, entiendo tu punto, Batam —contesté.

—Batam-Al-Bur —corrigió.

—En *Las Mil y una Noches*, la aparición de un genio se traduce siempre en la obtención de tres deseos. ¿Me los concederás, Batum?

El mozo me miró con tal fijeza que me hizo experimentar la sensación de que había dicho algo malo, después se explayó en justificaciones:

—No. ¿Por qué todos quieren tres deseos? Más de trescientos años han pasado desde Aladino. Y sin embargo, cada vez que un humano se encuentra con un genio, lo primero que hace es pedirle tres deseos. No uno, ni dos, tres. Muy mala publicidad para los genios este asunto. No todos tenemos los poderes suficientes para complacerlos. A veces cuando concedemos uno, debemos esperar un tiempo prudencial para reunir el ímpetu necesario para otorgar otro.

—¿Y para qué sirven los genios exactamente? —pregunté.

—No lo sé —contestó— No tuve tiempo de averiguarlo. Se supone que tengo que hacer todo lo que me pidan.

Mi imaginación me brindó algunas ideas. Reflexioné unos instantes; durante los últimos seis meses mi único deseo apremiante era el de regresar a casa. Sin embargo, este anhelo se veía pronto colmado, por lo cual no veía necesidad de gastar un deseo en una aspiración que ya era casi un hecho.

—¿Todo lo que pida? —me imaginé deshaciéndome de Gertrudis y Leticia, y este pensamiento me produjo gran satisfacción. No obstante me abstuve de pronunciarlo en voz alta, y en cambio pregunté:

—¿Y qué puedes hacer por mí?

El joven se tomó unos minutos antes de contestar y, con la mano en la barbilla en actitud reflexiva, caminó unos cuantos pasos por el estrecho espacio disponible en el cuarto. Finalmente, contestó:

—Puedo fabricar niebla de colores, hacer sonidos de animales y cocinar estofado de cordero.

—¿Eso es todo? Hasta yo puedo hacer eso, son cosas sencillas.

Malhumorado por mi falta de efusividad declaró:

—No subestimes el valor de las cosas sencillas, muchacha. A veces son ellas las que te salvan en situaciones extremas.

Comprendí que si quería cumplir mis deseos, yo misma debía procurarme los medios para su consecución. De vuelta a la realidad de

mis circunstancias, me percaté de que habíamos estado en la residencia de la bruja toda la mañana. Tanto en el Instituto como en La Borrascosa, nuestra ausencia debió notarse y la inminencia de las repercusiones envió un sabor amargo a mi garganta. Lo peor fue que arrastré a mis hermanas conmigo. Me sentí cansada por el peso de la culpa. Cuando ya me disponía a comunicarles que debíamos irnos, el genio exclamó:

—¡Esperen! Por liberarme se hicieron acreedoras de un premio.

Entonces, con un chasquido de sus dedos logró que apareciera una alfombra de cerdas muy tupidas que flotaba a unos centímetros del piso. Luego, agregó:

—Es la alfombra mágica del reino de Abdul en Persia.

Me acerqué incrédula y pasé mis manos por encima y por debajo, tratando de ver si se trataba de un truco. Beatrice, guiada por la curiosidad, se acercó también a inspeccionarla. Desconfiaba del genio, para ella una alfombra era una alfombra y nada más: un objeto inanimado sin voluntad propia. Ninguna encontró hilos. Entonces, Beatrice se dirigió al genio:

—Siento informarte que ya Persia no existe, en su lugar está Irán.

El genio continuó hablando sin prestarle atención:

—Aunque si prefieren un camello, deberán esperar un mes. Yo, particularmente, creo que la alfombra es mejor porque no apesta.

Como buena adoradora de los animales, Mariana se acercó diciendo:

—Yo prefiero un camello —y luego de un rato— No pareces un genio.

Ambos estuvieron largo rato estudiándose mutuamente, al final Batam contestó:

—Claro que lo soy ¿Y cómo se supone que sean los genios?

—Grandes y poderosos.

Dolido por sus palabras, refutó con una voz potente y vigorosa:

—Puedo ser grande y poderoso. Puedo adoptar el tamaño que quiera, ¿Cómo si no podría achicarme para caber en una botella?

—¿En verdad vienes de Persia? —preguntó Mariana, curiosa.

Batam-Al-Bur explayó su pecho para contestar. Le encantaba hablar de las maravillas de su lugar de origen. Con todo el orgullo oriental que cabía en sus venas, dijo:

—Nací en el reino del sultán Abudamen Suleber, en el lugar más hermoso de las lejanas tierras de Arabia, en donde la belleza de las arenas del desierto es comparable solo con la belleza de las jóvenes del harén del visir ¡Oh, hermosa tierra de los ancestros de Anuac! El castillo del sultán está construido en mármol blanco y tiene columnas de marfil, tan pulidas y transparentes que puedes ver tu propia imagen reflejada en ellas. Los rayos del sol nunca descansan y calientan siempre las sedosas arenas del desierto de Kasnar. La luna señorea el oasis de Zurinar, en donde los fuertes vientos pueden enterrar a una ciudad completa en un día y desenterrarla de nuevo al día siguiente.

Y así hubiera continuado narrándonos su historia, si Beatrice no lo hubiera interrumpido:

—Detente, no quiero escuchar más tonterías.

Batam cerró la boca y permaneció en silencio unos segundos. Después de escucharlo, me percaté de dos cosas: que amaba profundamente a su país y que era un neurótico chistoso. De repente, el genio cambió su expresión a una de terror. Se acercó a mí y tomando mi mano, preguntó:

—¿Desde cuándo tienes el anillo de la muerte?

El extraño comentario me tomó por sorpresa ¿Cómo podría una joya tan preciosa llamarse de esa manera? ¿De la muerte había dicho? ¡Imposible!

—¿De qué hablas? Lo acabo de encontrar en ese baúl —dije señalándolo con el índice— ¿y por qué dices que se llama así?

El tinte moreno de su rostro se tornó a uno blanco perlado.

—Porque es portador de la muerte. Por eso se llama así.

Miré mi mano. Esta vez la prenda no me pareció tan deslumbrante como al principio. ¿Cómo podría una joya tan exquisita ser portadora de tan infame destino? La respuesta vino inmediatamente a mi cabeza: solo era posible por la magia. Y en ese instante, opacada por la siniestralidad de su lado oscuro, esta no me pareció tan fascinante.

—Debes estar equivocado —dije con aprensión.

Tomó mi mano y la examinó con más atención, después respondió:

—No, no lo estoy —y dirigiéndose hasta donde se encontraba el libro de la Hechicera, que yo aparté a un lado para llevármelo, lo tomó y hurgó en sus páginas. No pasó mucho tiempo sin que consiguiera lo que estaba buscando. Para mi consternación, estaba etiquetado como el *Anillo de la Muerte*, título nada alentador y que produjo una gran inquietud en mí.

—Lee y entérate por tus propios ojos —dijo señalándome la página.

Leí velozmente. Decía que el nefasto conjuro tuvo su origen en Nueva Escocia. Fue practicado por las brujas celtas para enviar a sus enemigos a morar al inframundo. Describía dos escenarios: uno en el que el hechizado se convertía en esclavo de las sombras; y otro, en el que padecía una muerte dolorosa y lenta. Me espanté. Después había una descripción del anillo y, muy a mi pesar, tuve que reconocer que se trataba del mismo que yo portaba. El texto continuaba diciendo que al cabo de cinco días, los demonios del inframundo aparecerían para llevar al infortunado al reino de la oscuridad.

Agitada por tan funestos presagios me aparté un poco de mis hermanas para digerir la lúgubre noticia. ¿Cómo era eso posible? En cinco días se suponía que cumpliría mis dieciocho años, no que me convertiría en un habitante del inframundo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Miré a mis hermanas que me observaban con terror. Seguí leyendo el pasaje que decía:

*“Los días están contados para el portador
del anillo de la muerte,
las sombras lo perseguirán.
De las profundidades de la tierra vendrán,
cubiertos del mal de los siglos con el haz
que corta los hilos de plata.
En el día cinco su luz más no será.
La oscuridad cobrará al portador
con la esencia misma de su vida”*

—¿Qué macabro poeta habrá compuesto versos tan perversos? —le pregunté a Batam.

—¿Qué significa eso? —preguntó Beatrice.

—Su hermana va a morir —gritó el genio con espanto en un arranque de nervios. Miré a Batam-Al-Bur con sorpresa. Como el terror se instalaba en el rostro de mis hermanas, balbuceé:

—No se preocupen, debe haber una solución.

Sin embargo, Batam-Al-Bur seguía desmontando todos mis argumentos. Gritó:

—No. No hay nada que hacer. Todo se acabó —y rompió en llanto.

No supe si reír o llorar también. Un genio que recién había conocido lloraba de forma mucho más trágica y desmesurada que mis hermanas. En ese momento confirmé mi impresión inicial: Batam-Al-Bur era un neurótico. Mientras me esforzaba por recuperar mi compostura, intenté sacar el anillo usando mis dientes como herramienta, pero solo conseguí lastimarme el dedo. Parecía formar parte de mi propia piel, como la dermis y la epidermis. Nos reunimos todos al centro de la habitación para ordenar nuestros pensamientos.

—¿Crees que pueda hallar un contra conjuro en el libro de la Hechicera Zarnia? —pregunté ansiosa al genio.

—No lo creo. Es un libro de la oscuridad, tienes que buscar un libro de luz que contrarreste el efecto de ese hechizo.

—¿Un libro de la luz? ¿Dónde demonios consigo eso? —contesté exasperada.

—No nombres a los demonios —contestó Beatrice— No vayan a pensar que los estás llamando antes de tiempo.

Molesto y desagradado, Batam le recriminó su falta de tacto y demandó que dejara de lado las blasfemias.

—Te dije que no debíamos entrar en esta casa —sentenció Beatrice— ¡Ahora, ya ves el resultado!

—No puede ser tan malo, debe haber algo que hacer —dijo Mariana tratando de convencerse a sí misma— Tú eres un genio, tienes que saber.

El genio temblaba de miedo ante la responsabilidad que suponía ser el elegido para proveer el santo remedio a semejante contrariedad.

Recordó los días dorados de su infancia, su falta de coraje le valió fuertes reprimendas por parte de sus cuidadores. Ningún genio debía ser tildado de cobarde. Podían carecer de otras virtudes, pero la valentía no formaba parte de la lista de atributos prescindibles. Sin embargo, por más esfuerzos que hizo por ser valiente, nunca lo consiguió. A la fecha, agravado por el encierro sufrido a manos de la Hechicera Zarnia, seguía siendo tan cobarde como lo fue antes de que lo encerraran.

—Nunca he estado en una situación como esta, pero si yo fuera tú —dijo dirigiéndose a mí— trataría de buscar la ayuda de alguna hechicera o mago.

—¿Buscar una bruja? —repitió Mariana.

—¿Pero, dónde? No creo que se anuncien en el directorio telefónico —aseguró Beatrice.

Antes de probar la alternativa propuesta por el genio, decidí agotar todos los recursos que estuvieran a mi alcance.

—Vayamos a la cocina, allí debe haber algún cuchillo que me permita deshacerme de esto.

Corrimos hasta allá y tanto el genio como mis hermanas tomarían turno para sacar el anillo de mi dedo. El primero fue Batam. Abrió una botella de aceite, ahuecó su mano y vertió una cantidad sustancial.

—Dame la mano —ordenó.

La entregué tímidamente y él, con vehemencia, comenzó a frotar mis dedos mientras hablaba de los cálidos días en que el restriego y el blanqueo de las curtidas pieles de camello ocupaban sus días con sus noches, allá en su amada Persia. Ignoré, claro está, el comentario que comparaba mi piel con la de los rumiantes, pero los fuertes movimientos solo consiguieron que mi piel se irritara más y el anillo ni siquiera se movió.

Después vino el turno de Beatrice. Se apoderó de mi mano y con mucha resolución la hundió bajo el torrente helado del agua del grifo, como si quisiera ahogarla. Después, con un brusco movimiento, la retiró y vertió sobre ella una solución jabonosa.

—Ya verás quién es más persistente —le hablaba a la mano como si tuviera existencia propia— Ya verás, quién gana, tú o yo.

Pero al cabo de un rato, también se dio por vencida. El líquido, sin embargo, me provocó un terrible escozor que me duraría hasta el día siguiente.

Enseguida, llegó el turno de Mariana. Se dirigió resuelta hasta el gabinete de la platería y sin titubeos sacó un cuchillo. Trató de meter la filosa punta entre el espacio inexistente entre el anillo y mi dedo, ignorando mis quejidos de dolor, y tras un leve forcejeo que me hizo sangrar suspendió la tarea. Después de algunas deliberaciones, tanto Beatrice como Mariana consideraron que la amputación era la única salida, pero Batam apuntó que no serviría de nada porque el anillo seguiría conmigo con o sin dedo. Así terminó la desventura de mi maltrecha mano quien continuaba portando todavía su fatídica carga.

Era hora de regresar a La Borrascosa, ya buscaríamos algún hechizo en el libro de la bruja. Así fue como salimos de la mansión de la hechicera Zarnia con un libro, un anillo y una alfombra mágica. Muy a mi pesar me desprendí de la vestimenta de bruja que me sentaba tan bien. Cuando salimos, Bartolomeo, que continuaba en el porche, se abalanzó sobre nosotros moviendo la cola.

—¿Qué criatura horripilante es esa? —gritó Batam.

—Es mi perro y no te metas con él —dijo Mariana.

Serían como las tres de la tarde cuando empezamos la caminata de cuarenta minutos que nos llevaría de regreso a casa. El bosque adquirió un matiz siniestro tras el ocultamiento del sol tras unas nubes que presagiaban lluvia. Minutos después, un estruendoso hilo de plata partió en dos la oscuridad y se desató un aguacero. Grandes gotas caían y manchaban la superficie arcillosa, sin embargo, no nos detuvimos, en breve todo el terreno sería un inmenso pantanal y sería imposible reconocer el camino de vuelta.

—Camila, ¿Cómo vamos a meter a un genio y a una alfombra en nuestro sótano sin que nadie se entere? Ya tenemos a Bartolomeo y a Filomena, y no creo que Ño Josefina acceda a que tengamos más invitados —dijo Mariana, al tiempo que caminaba y se agachaba a recoger grosellas silvestres. Beatrice, en cambio, estaba más preocupada por su cabellera y la protegía con un chaquetón que colocó sobre su cabeza.

—Me temo que la única manera de que el genio pueda quedarse con nosotras es si se mete de nuevo en la botella.

Al instante, como si le hubiera dicho que sería enterrado vivo en las profundidades de una pirámide azteca, sin pan ni agua por cincuenta años, estalló en ruegos con la misma vehemencia de un político en campaña y postrándose ante mis pies como un animal rastrero, suplicó:

—No, ten piedad. ¡Soy claustrofóbico! No aguantaré un día más de encierro. Ay, ya me está doliendo la cabeza otra vez —dijo colocándose las dos manos sobre la sien— Misericordia. ¡Conduélete de tu sumiso esclavo!

La dramaturgia del genio más que tragedia era comedia. Contuve mi risa y lo tranquilicé:

—Relájate ¿Y si dejo la botella sin tapa para que puedas entrar y salir a tu antojo?

El genio volvió a recobrar su compostura y en un tono mucho más jovial respondió:

—¿Harías eso por mí? Suena razonable. ¿Dónde vamos a vivir?

—Tú en tu botella —respondió Beatrice— Nosotras regresaremos a nuestro mugroso sótano.

—¿Viven en un sótano? —preguntó con asombro abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí, ¿Por qué no? —respondió Beatrice atacada en su orgullo.

Y para poner fin a la conversación, le dije al genio:

—Es una larga historia que te iremos contando poco a poco durante el trayecto a casa. Por lo pronto, debemos regresar, ya deben estar extrañándonos.

La lluvia arreció, no quedando más remedio que correr a refugiarnos bajo las ramas de un árbol que se mecía bajo los azotes del viento. Mientras esperábamos a que amainara la lluvia, interrogamos al genio sobre lo que sabía de la hechicera Zarnia. Nada de lo que dijo fue alentador; todo lo contrario, fueron tan infames sus referencias que decidimos no volver a pisar su casa nuevamente.

Cuando llegamos a La Borrascosa, ya había oscurecido. Nos deslizamos sin ser vistas por el amplio corredor, que a esas horas estaba

desierto. Ya en la seguridad de nuestro sótano, al tiempo que buscamos un lugar adecuado para colocar la botella, Beatrice dio rienda suelta a su molestia:

—¿Nos vamos todo el día y nadie se da cuenta de nuestra ausencia? ¿Tanto así nos aprecian? —dijo lanzándose en su colchón.

Mariana suspiró y dijo:

—Sí, es triste que no noten que no estuvimos en casa.

—¡Vamos! No es para tanto. De seguro hay una explicación, le preguntaremos a Salomé mañana. Por lo pronto, durmamos —dijo apagando el interruptor de la luz y regresando de vuelta a mi colchón.

Ya arropada escuché a Mariana de nuevo:

—Camila ¿Estás despierta?

—Sí ¿Qué quieres?

—Tengo hambre. Los ruidos del estómago no me dejan dormir.

Y eran tan pronunciados que hasta yo podía oírlos.

—Cómete el libro de magia —recalcó Beatrice— A esta hora no podemos ir a la cocina. Gracias a Camila, nos perdimos la cena.

Suspiré. Beatrice tenía razón. Pero, por fortuna, tenía cómo remediar el problema. Me levanté y encendí la luz nuevamente. Me dirigí a un pequeño mueble que me servía de mesa desde hacía algunos meses y que usaba para restaurar los libros abandonados. Allí almacenaba galletas y manzanas que comía cuando me sorprendía la medianoche. Tomé algunas y se las entregué a mis hermanas. Cuando estuvieron satisfechas, me dieron las buenas noches, cayeron en sus respectivos colchones y se quedaron dormidas, exhaustas por las tensiones de las últimas horas.

Por mi parte, traté de dormir. Cerré los ojos, pero no podía conciliar el sueño. Sobre la mesa vi el libro de la bruja que me robé y me di cuenta de que me convertí en una ladrona. Después de reflexionar sobre mi conducta, tuve que concluir que en alguna parte de mi árbol genealógico debió existir algún Bell delincuente. Mis sueños lo esbozaban como a un viejo marino que surcaba los mares en busca de tesoros y hurtaba objetos, justo como yo acababa de hacer; o como un viejo vaquero del antiguo oeste, con botas polvorientas y espuelas de cacho plano, hediondo a sudor y aguardiente, asaltando diligencias y trotando encima de un rocín

negro. Yo, sin aspirar a tales hazañas, me conformaba con hurtar libros de hechicería y anillos de la muerte.

De repente, encaré la idea de mi propia mortalidad. ¡Qué insensatez me parecía ahora haber entrado en aquella casa y estar sentenciada a muerte por haber seguido un tonto impulso! ¡Qué precio tan alto pagaría ahora por esa imprudencia! Perder la vida, no por un hecho heroico, loable, del que hablarían las generaciones futuras, sino por un impulso banal provocado por la debilidad de carácter. El corazón me enviaba punzadas de dolor al pensar que Beatrice y Mariana quedarían al cuidado de Gertrudis. Todas esas consideraciones pasaban por mi mente mientras recapitulaba sobre los eventos importantes de mi vida. Y es que después de tantas cavilaciones, la cruda verdad surgió ante mis ojos: no había hechos resaltantes en mi vida. Aún no había develado los misterios del amor, ni viajado a Egipto como siempre quise, ni caminado por las ruinas de Machupichu, ni contemplado el cielo de Bogotá, ni navegado por las cañadas de Venecia, ni visitado las catedrales de Madrid, ni el Taj Mahal, ni el Salto Ángel. No había disfrutado todavía el aroma de los tulipanes holandeses, ni degustado la pastelería francesa, ni las tostadas mexicanas. La longitud de mis metas sobrepasaba con creces la longitud de mi expectativa de vida, la cual era solo de cinco días. Después de reflexionar, decidí que no me iría sin luchar. Usaría todos los medios a mi alcance para contrarrestar la maldición y salvar mi vida. Con este pensamiento en mente, me venció el sueño.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos vi que el sol se asomaba por un resquicio de la ventana. Nunca me había asustado el advenimiento de un nuevo amanecer. Contando, me di cuenta de que ahora me quedaban tan solo cuatro días para encontrar el contra conjuro. El parloteo de unos canarios en el jardín me distrajo unos instantes, pero enseguida me levanté y fui a vestirme. Cuando regresé, mis hermanas ya estaban despiertas. Les dije:

—No es mi intención quedarme de brazos cruzados mientras pasan los días y llega el momento de mi muerte. No quiero lágrimas ni tristezas. No quiero que Ño Josefina vea el libro de la hechicera, así que voy al

bosque a escudriñarlo hasta que encuentre un hechizo que me saque el anillo. ¿Me quieren acompañar?

Las dos asintieron, entonces, Mariana preguntó:

—¿Crees que sea buena idea irnos después de nuestra ausencia de ayer?

Respondió Beatrice al tiempo que se levantaba y buscaba su ropa de campo:

—¡Qué importa! Al parecer no nos extrañaron. Además, hoy es sábado y se supone que los sábados no hay clases. No nos buscarán.

Convenido el destino, nos alistamos y tomamos la botella de Batam-Al-Bur, dando primero una pequeña parada en la cocina para abastecer nuestros bolsillos con galletas, maníes y unos cuantos refrescos.

Ya de salida, invité a la negrita Salomé, quien se hallaba sentada sobre los escalones del porche saboreando una jugosa patilla. Salomé, levantándose y secándose la boca con la manga de su blusa, preguntó:

—¿Dónde estuvieron ayer? Las busqué por todas partes y no las encontré.

Le contamos todo, sin omitir detalles: la irrupción en la casa de la bruja, las joyas, el libro de magia negra, el anillo de la muerte y el genio. Ella no pareció sorprendida.

—¿No te asombra que a pocos metros de aquí halla una casa que se restauró por sí sola? ¿O del libro, el anillo o el genio?—preguntó Beatrice.

—No, siempre he sabido de la casa de la hechicera Zarnia y de las cosas extrañas que pasan allí; por eso mi mamá me tiene prohibido que vaya por esos lados. Zarnia fue pupila del mago Abramelin, el antiguo dueño de La Borrascosa antes de que la comprara su abuelo.

—¿El hombre que murió? —preguntó Mariana.

—El mismo. Lo encontraron al pie de la escalera. Unos dicen que fue un accidente y otros que la magia negra se lo llevó. Mi mamá dice que la magia es un asunto serio y que no se debe jugar con ella. Zarnia pasaba mucho tiempo aquí en ese entonces y en el sótano hacía la mayor parte de sus encantamientos, pero después de la muerte de su maestro, desapareció.

Entonces, dije:

—Eso explica la cantidad de objetos extraños que hay en el sótano. Muchos libros están dañados por la humedad. Me he dado a la tarea de restaurarlos, pero hasta ahora, no he encontrada ninguno especial.

Entonces, cambiando de tema, interrogué a la negrita Salomé:

—¿Nadie preguntó por nosotras ayer?

Sus ojos se abrieron como si hubiera olvidado contarnos algo:

—Mi madre estuvo en el pueblo en la mañana y el trabajo atrasado la ocupó en la tarde. Además, les dije a todos que la Sra. Gertrudis las había castigado y que no saldrían del sótano en todo el día. Le tuve que dar a Bartolomeo la comida que mi mamá mandó para ustedes.

—Está bien, Salomé. Gracias por cubrirnos las espaldas.

En aquellos momentos, su espíritu alegre era justo lo que necesitábamos para aliviar nuestros pesares. La melodía contagiosa que arrancó a cantar cuando pisamos la ladera diluyó la tristeza de nuestros corazones y las risas brotaron como las aguas de un manantial. Y es que Salomé cantaba muy mal y esa arbitrariedad era sabida por ella y por todos los que la conocíamos. Pero esto no impedía que cantara las más alegres canciones para sus amigos. Nunca estudió las notas del pentagrama, cantaba con el alma y otras almas la escuchaban reconociendo en ella su mismo idioma. De esta forma, los indulgentes oyentes se iban siempre con la sensación de haber escuchado a una gran soprano.

En lo profundo del bosque había un claro en donde nos reuníamos cuando deseábamos alejarnos de las impertinencias de Leticia. Un tronco derribado por la fuerza del viento nos servía de asiento. Beatrice y Mariana se sentaron a mi lado y la negrita Salomé, a mis pies. Abrí el libro y escudriñé sus páginas. A los quince minutos, hallé algo y grité:

—¡Al fin una información valiosa!

Mariana sugirió:

—Llama a Batam para que le cuentes.

Enseguida, agité la botella. Al instante apareció el oriental somnoliento, estirando los brazos y abriendo la boca en un descomunal bostezo. Vestía un camisón largo tornasolado, acinturado por una banda

ancha color púrpura, las mangas tenían una amplia abertura por donde se observaban sus brazos velludos.

—¿Cómo puedes dormir en un momento como este?—interpelé.

El genio terminó de estirarse y dando una mirada general al entorno, restregó sus ojos. Batam era un genio muy esmerado en su cuidado personal.

—No estaba durmiendo, tenía un fuerte dolor de cabeza.

Mariana y Beatrice rieron ante su evidente mentira, y esta última comentó:

—Si fueras Pinocho, tu nariz ya estaría llegando al pueblo.

Sin perder tiempo, le consulté:

—Encontré algo en el libro. Habla de un lugar muy singular llamado Eisenbaum, en donde viven los magos y hechiceras más poderosos del mundo. Dice que es un lugar místico. ¿Lo conoces?

Las cuatro estábamos expectantes mientras el genio escudriñaba los confines más apartados de su memoria.

—No, nunca he oído hablar del lugar. Vengo del Oriente, en donde los magos y hechiceros viven en las mismas regiones de los hombres.

—Sí, bla, bla, bla... —interrumpió Beatrice.

El genio torció los ojos y contestó:

—Nunca he oído hablar de Eisenbaum.

—Dice que solo se accede por medios mágicos. ¿Dirías que la alfombra es un medio mágico?

El genio abrió sus grandes ojos al responder. Para él, todo lo mejor provenía de Persia y en consecuencia la alfombra nada tenía que envidiarle a las escobas voladoras, las cuales consideraba implementos inseguros y en extremo insalubres.

—¡Por supuesto que sí! Desde los tiempos inmemorables del sultán de Bagdad, las alfombras son el medio mágico por excelencia. ¡Y mucho más antiguas y cómodas que las escobas!

—¿Crees que la alfombra pueda llevarme hasta allá? —pregunté ansiosa— Debo encontrar a un mago que me ayude.

Pensó bien su respuesta, ya que el rostro intempestivo de mi hermana le indicó que esperaba una contestación corta y concreta, sin preámbulos ni zalamerías. Dijo:

—No hay sitio ni lugar en donde una alfombra no pueda ir —respondió.

Exhalé un suspiro de alivio, aquella contestación era exactamente la que esperaba oír.

—Yo iré contigo —dijo Beatrice.

—Yo también —dijo Mariana.

—Yo también quisiera ir —recalcó la negrita Salomé.

Les agradecí su incondicional apoyo, pero sentía que este viaje debía emprenderlo sola. Suficiente daño había hecho ya para arrastrarlas ahora hacia un destino incierto.

—Prefiero que se queden, no quiero ponerlas en peligro.

Beatrice se levantó y se situó al lado del genio.

—¡Ni lo pienses! No me quedaré sola con Gertrudis y su horripilante nieta. Fin de la conversación.

El genio sintió que debía prestar también su apoyo, después de todo, hasta el momento no había sido capaz de concederme ningún deseo.

—Yo iré también. Espero que el frío no sea mucho, ya que me enfermo con mucha facilidad —y empezó a estornudar.

Unas imperceptibles gotas de saliva fueron a dar al rostro porcelanizado de Beatrice, quien arremetió contra el genio con soberanos manotazos. Después del percance, quedó definido el plan en su primera fase. Decidimos que la negrita Salomé se quedaría para cubrir nuestra ausencia y desviar las preguntas acuciosas que se suscitaran, tal como lo había hecho el día anterior. La negrita era muy hábil y su capacidad inventiva era de las mejores que existían en San André. Sabía formular las más verosímiles excusas para las peores circunstancias. No sabía cuánto tiempo nos tomaría ir y venir, así que requeríamos de toda la ayuda posible.

Nos hallábamos conversando sobre los pormenores de la salida, cuando desde los matorrales, de repente, un enorme animal saltó hasta ubicarse en una de las ramas del cedro. Mariana y yo nos levantamos para

indagar qué clase de criatura era; parecía un mono grande, pero también podría tratarse de un zamuro. Pronto salimos de la incertidumbre.

—Hagas lo que hagas no torcerás tu destino —habló el gato y por sus palabras supuse que se estaba dirigiendo a mí.

El genio reconoció de inmediato al interlocutor, porque la mayor parte de sus desgracias pasadas las causaron él y su ama. Beatrice y Mariana, asustadas, se agacharon para tomar algunas piedras que pensaban lanzar para ahuyentarlo.

—Frozenblack, pensé que te habías pulverizado junto con Zarnia —dijo el genio.

—¿Frozenblack? —pregunté a Batam-Al-Bur sin apartar la mirada del gato parlante, lo cual no dejaba de sorprenderme ya que nunca había visto a un animal hablar.

—Es la antigua mascota de la bruja y el que me tendió la trampa para enclaustrarme en la botella.

—¡Un gato que habla! —dijo Mariana con asombro.

—No te confíes —dijo el genio— tiene forma de gato, pero es un demonio y la mano derecha de la hechicera Zarnia.

El gato se apeó y brincó hasta el piso, lo que nos dio la oportunidad de observarlo mejor.

—Vendremos por ti, Camila —dijo contoneándose con arrogancia— Nadie ha escapado jamás de la maldición del anillo.

Odié a aquel gato. Nunca me gustaron mucho los felinos, pero este, en particular, me desagradó por su arrogancia. Un leve estremecimiento recorrió mi cuerpo.

—Eso es lo que tú crees, minino —dije lanzándole una piedra que Mariana había colocado previamente en mi mano, pero que no llegó a su destino porque Frozenblack se esfumó en el preciso instante en que la roca iba a golpearlo.

Por un momento breve, Beatrice me miró, después expresó con una voz dura:

—¿Minino? —dijo— ¿Ese fue todo el insulto en que pensaste?

—A mí me pareció bonito —dijo Mariana.

—Vamos, ¿No se han dado cuenta con lo que estamos tratando? —vociferó Beatrice— Son demonios, fantasmas, brujas, gatos parlanchines y quién sabe qué otras cosas más. ¡Por amor a Dios, este asunto de la magia me está volviendo local!

—Tienes razón, la próxima vez pensaré en insultos más insultantes —dije con sarcasmo.

La negrita Salomé se perdió el espectáculo, porque al momento de la aparición de Frozenblack se había retirado a buscar flores silvestres por los alrededores para llevárselas a su madre.

Regresamos a La Borrascosa para prepararnos para el viaje, pero Ño Josefina nos estaba esperando en la puerta con cara de pocos amigos. Tenía las manos en la cintura y el ceño fruncido, señales inequívocas de que no estaba contenta. Pensé que sabía algo del libro. Al acercarnos, la mulata gritó:

—¿Y dónde demonios estaban? —preguntó sin preámbulos— Las he buscado por todas partes. La señora Gertrudis está muy enojada y las espera en el estudio.

Y luego, refiriéndose a Bartolomeo, quien al divisarnos corrió a recibirnos, vociferó:

—¡Y saquen a ese perro pulgoso de aquí!

Este pareció comprender que se estaba refiriendo a él, porque escondió su rabo, dio media vuelta y fue a escabullirse por la ventana que daba al sótano. La negrita Salomé se contentó con entregarle las flores y hacerle mimos a su madre para arrancarle el enojo.

Obedeciendo la orden, caminamos en silencio, primero hasta el sótano para dejar el libro y la botella y después hasta el estudio. Al llegar encontramos a Gertrudis parada junto al ventanal y a Leticia sentada en una de las butacas mordisqueando una galleta.

—Te dije que ayer no habían ido al instituto —exclamó Leticia con aire triunfal cuando entramos al estudio. Gertrudis se alejó del ventanal y se situó de frente a nosotras, que permanecemos impávidas porque nunca nos permitían la entrada al estudio, el único lugar hermoso de la casa que decoró el abuelo a su gusto, y por lo tanto adolecía de las extravagancias que imperaban en el resto de la casa.

Leticia continuó su ataque verbal:

—Lo hicieron a propósito, abuela —continuó azuzando— para que no cobres el dinero de su manutención. Saben que si no van al instituto, tú no recibes ni un céntimo.

Lo más sorprendente de Leticia era su habilidad para promulgar las más disparatadas idioteces en los momentos más inoportunos.

—Vamos, contesten —gritó Gertrudis al borde de la histeria— ¿Dónde estuvieron toda la mañana de ayer? —su bastón también parecía crujir de la rabia.

En el momento en que iba a responder, la figura de un camello pastando en el césped captó mi atención. Lo vi por la ventana retozando en la sección dedicada a los claveles en el jardín frontal. El inconfundible movimiento de su boca me dio a entender que también los estaba degustando con especial regocijo. El concurso anual de primavera de la feria de San André estaba pautado para el próximo sábado. Los mejores arreglos florales de la región se exhibían allí y mi abuelastra había ganado invicta los pasados tres años; pero a juzgar por lo que estaba presenciando, el premio iría a parar a otras manos ese año.

Tenía que hallar la manera de distraer a la anciana y a su nieta, quienes en cualquier momento dirigirían su mirada hacia afuera y verían la inusual figura. Pellizqué el brazo de Beatrice y le hice señas con los ojos para que mirara hacia la ventana. Enseguida, carraspeó nerviosamente. Lo único que se me ocurrió fue fingir un desmayo. Cuando Beatrice se agachó a tomarme el pulso, le susurré que fuera al sótano e hiciera que el genio se hiciera cargo del camello, porque no tenía dudas de que el animal le pertenecía. Enseguida se marchó con la excusa de traerme un vaso de agua. Mariana, ajena a los acontecimientos, se acercó a mí, preocupada. Le hice un guiño que no entendió, pero cuando levantó la cabeza y vio al animal comentó con apasionamiento:

—¡Qué hermoso camello! —dijo, levantándose y corriendo hacia el jardín para obtener una mejor vista. Para ese momento, Gertrudis y Leticia ya se habían dado cuenta de la presencia del animal y se plantaron frente a la ventana contemplando anonadadas al animal. Ño Josefina estaba haciéndose cargo de la situación y con una escoba propinaba

sendos golpes al descomunal rumiante, que corrió hasta perderse en los matorrales. Cuando llegó Beatriz, me encontró levantada y arreglándome la ropa para ir al jardín. Me dijo que no pudo sacar al genio de la botella, porque tenía un fuerte dolor de cabeza. Sentimos las miradas de Gertrudis y Leticia a nuestras espaldas. Gertrudis gritaba:

—Ustedes, criaturas ingratas, no aprecian el sacrificio que hago para mantenerlas bajo un mismo techo.

—Seguro que esto es obra suya, abuela —exclamó Leticia con aire conspirador.

—Mis flores, mis hermosas flores —no paraba de lamentarse la anciana.

—¿Cómo puede ser obra nuestra que un camello se haya comido tus claveles? —respondí a la defensiva— Seguro se trata de uno de los animales del circo. ¡A lo mejor se escapó!

Gertrudis caminaba por la habitación golpeando su encorvado bastón contra el piso. La alteración se veía reflejada en la vena que titilaba en su sien. No podía culparnos de la irrupción del rumiante en su jardín, ya que no tenía idea de que el camello pertenecía al genio, pero aun así nos endilgó la culpa y el subsiguiente castigo. Recalcó con furia:

—Este comportamiento se acaba ahora ¡Fuera de aquí! Estarán castigadas en el sótano por el resto de sus vidas.

—Que en tu caso son cinco días —me susurró Beatrice entre dientes.

—Tu comentario es cruel —respondí.

—Tienes razón, hermana. Disculpa, no sé por qué lo dije.

Beatrice no conocía el tacto ni la consideración. Su espontaneidad rayaba a veces en la imprudencia.

—¡Se acabó! —expresó Gertrudis enfáticamente— Piérdanse de mi vista. ¡A su cuarto, ya!

—Querrás decir a nuestro sótano, ¿no? —respondió Beatrice.

—¡Fuera!

Su castigo nos cayó como un balde de agua fría porque en las últimas semanas pasábamos mucho rato en el bosque merodeando. Sin embargo, guardamos silencio ya que aquel castigo nos venía de maravilla para justificar nuestra ausencia al día siguiente. Gertrudis agregó:

—En cuanto a tu desmayo —dijo cuando ya íbamos de salida— Llamaré al Dr. Asdrúbal. No quiero tener problemas con el abogado por negligencia.

El Dr. Asdrúbal era un viejo amigo de Gertrudis y venía de vez en cuando a realizarnos exámenes médicos. Con frecuencia se enfrentaba a Ño Josefina por alguna discrepancia en cuanto a cómo tratar una dolencia.

—Ño Josefina, no seas terca —decía el doctorcito— para las lombrices ya existe remedios farmacológicos.

—Esos no sirven —contestaba la anciana— Nada como una buena cucharada de aceite de ricino y naranja.

Al final, las que salíamos perdiendo éramos nosotras, ya que teníamos que tomarnos los remedios del Dr. Asdrúbal y más atrás los de Ño Josefina.

Sentíamos un especial cariño por la mulata, el único miembro de la mansión que sentía afecto por nosotras, además de la negrita Salomé y el viejo Juancho. Sus manos servían para limpiar, cocinar, acariciar, enjugar lágrimas y curar dedos machucados. Sin embargo, no le temblaba el pulso a la hora de enroscarse un buen cinturón de cuero para proferir castigos.

—Un buen castigo es mejor que un abrazo. Un abrazo entretiene por un rato, pero un castigo te enseña para toda la vida —decía, aunque nunca levantó su mano en contra nuestra. Durante el tiempo que la conocimos, Ño Josefina emprendió con enérgica disciplina la tarea de educarnos y abarcó, como pudo, las artes manuales y culinarias, preparándonos para cuando tuviéramos maridos. Claro está que Mariana no se sentía muy a gusto con esas tareas y razonaba:

—No tiene sentido aprenderlas porque no pienso casarse nunca. Prefiero ocupar mi tiempo en algo más provechoso, como correr por el patio, trepar árboles o abrazar a Bartolomeo.

Sin embargo, no le quedó otro remedio que aprenderlas, ya que la flexibilidad de la mulata en estos asuntos era nula.

Cuando llegamos al sótano, busqué la botella, la volteé y con furia di un golpe seco en la base, con lo cual Batam-Al-Bur salió disparado estrellando su cabeza contra el suelo.

—¿Cómo es que cuando necesitamos tu ayuda no acudes? —le pregunté con violencia.

—¡Ayayay! Ahora, además del dolor de cabeza, me duele el cuello —recalcó adolorido.

—Al diablo tu dolor de cabeza, hay un camello suelto en San André que, para tu información, no cría camellos, así que supongo que su aparición tiene algo que ver contigo, ¿Verdad?

—No es mi culpa, la tapa de la botella estaba abierta, creo que se escapó mientras dormía —dijo, todo compungido.

—Entonces sí estabas durmiendo —acotó Beatrice.

Bajó los ojos y no contestó. Entonces, agregué:

—Pues, arranca y rescata a tu bestia antes de que los habitantes del pueblo la vean. Hasta ahora solo los de la casa la han visto y con trabajo los convencí de que el animal podría haberse escapado de un circo, pero el circo no viene hasta junio. Ve y vuelve pronto. ¡Nos queda poco tiempo!

El genio salió disparado en busca de su camello y me quedé a solas con mis hermanas, reuniendo lo que nos llevaríamos a Eisenbaum.

Minutos después en el pueblo, una muy asombrada Doña Tula asomaba la cabeza por la ventana de su casa para observar a un mozo trigueño vestido con ropas estrafalarias persiguiendo a un camello por la vía principal.

—¡Fin de mundo! —agregó persignándose y cerrando la ventana de un solo golpe— ¡Fin de mundo!

Esa noche iniciamos los preparativos del viaje. La incertidumbre de los acontecimientos por venir nos mantenía en un estado de ansiedad extrema. Mariana, haciendo uso de una extraordinaria sutileza, preguntó en voz alta si los magos serían amistosos. Mientras esto preguntaba, acariciaba el lomo de Bartolomeo, quien se deshacía en zalamerías en su regazo. La misma pregunta que alarmaba a mi hermana, me la había estado formulando yo.

—No lo sé —contesté—, pero igual debo ir. Tengo que agotar todos los recursos para salvarme. Insisto en que se queden. Esto puede ser peligroso.

Beatrice me miró hastiada, como si estuviera cansada de discutir el mismo asunto. Y mientras reunía las cosas que llevaría, dijo:

—Nada de quedarnos y mucho menos ahora que estamos castigadas.

Apiló una gran cantidad de atuendos, incluyendo un vestido de noche que rescató de una de las cajas abandonadas. Viendo la inutilidad de las prendas que seleccionaba, opté por ofrecer mi humilde opinión:

—Beatrice, ¿A dónde crees que vas? Llevaremos solo lo indispensable. No estamos yendo de vacaciones. No sabemos qué vamos a encontrar allá. Aprende de Mariana.

Práctica y previsor, Mariana había colocado sus pertenencias en una bolsa y en esta operación tardó menos de cinco minutos, lo que le dejó tiempo para acariciar a Bartolomeo y entretenerse dándole pequeños besos en el lomo. Después, como al azar, dejó escapar el pensamiento que la atormentaba:

—No quiero dejar a Bartolomeo —dijo rodeándolo con sus brazos— A lo mejor cuando vuelva, no lo encuentro.

Terminó su afirmación con un suspiro que le brotó del alma. Miré al perro y este suspiró también. Me veía con su mejor cara de desvalido, con el hocico abierto y la lengua colgándole de un lado. No tuve el valor de decirle a mi hermana que se quedaría.

—Busca una cuerda y ve cómo puedes atarlo cuando estemos en la alfombra.

Para tan magnífica respuesta, Marianita estaba preparada, porque sacó un mecate que ocultó debajo de la sábana hasta el momento en que obtuvo mi permiso. La alfombra estaba enrollada al lado de la escalerilla. Beatrice se detuvo un momento a escudriñarla. No tenía nada especial que la diferenciara de las otras alfombras que había visto pisoteadas en su vida y esto le producía una gran desconfianza.

—¿Estás segura de querer usarla? ¿Y si nos caemos? —consultó Beatrice.

—¿Has escuchado alguna vez de algún accidente en alfombra mágica?

—¡No!

—Entonces, deben ser extremadamente seguras, ¿No lo crees? —dije.

Beatrice torció sus ojos, que en su lenguaje corporal particular significaba *vete al diablo*.

Al rato llegó el genio con el camello al que redujo a un tamaño que cabía perfectamente en su mano y, en seguida, con un chasquido de dedos lo introdujo en la botella de nuevo.

La negrita Salomé estaba con nosotros. Su mirada denotaba excitación. Todavía insistía en acompañarnos, pero la convencimos de que su presencia era más necesaria en la casa que volando en una alfombra mágica hacia un destino desconocido. Nos informó que al día siguiente, Gertrudis y Leticia irían a la ciudad, así que no tendríamos que preocuparnos por ellas.

—Partiremos temprano —dije— Así que mejor durmamos un poco y recemos porque todo salga bien.

Todos asentimos. Ya acostada no paraba de pensar en la travesía. Me levanté y me aseguré, por cuarta vez, de que el libro estuviera en mi mochila. Volví a mi colchón. Cansada y ansiosa levanté la mirada hacia la ventana, en ese momento un cacho de luna emergía bajo una camada de oscuras nubes que ocultaban parte de su silueta. Sentí un estremecimiento.

—Espero que esto no sea una premonición de lo que nos espera en Eisenbaum. Oh, Dios, también espero que el cielo esté despejado y que pueda echar a volar la alfombra —pensé. Luego, apagué la luz y me obligué a dormir.

La mañana llegó con su mar de luz incandescente y el cantar de un gallo deprimido. Nos levantamos a las seis de la mañana, mucho antes que los habitantes de la casa. Atravesamos sigilosamente el corredor y al llegar a la puerta que daba al patio, nos detuvimos. Abrí el cerrojo con sumo cuidado y emitió un sonido chirriante por la falta de lubricante. El ruido no alertó a nadie porque el silencio continuó. Arrastramos con esfuerzo la pesada alfombra y la colocamos sobre la grama. Me cercioré, una vez más, de llevar el libro de la Hechicera Zarnia. La intuición me indicaba que allí encontraría la solución a mi problema. Las muchachas colocaron sus mochilas sobre el tapete. Beatrice lo seguía mirando con desconfianza.

—¿Sabrás manejarla? —preguntó Beatrice.

—Espero que sí. Si no, tenemos a Batam.

La boca del genio se torció en un rictus de miedo, y dijo:

—Oh, no me miren a mí. Yo iré dentro de mi botella.

—Ni lo pienses. Tú irás con nosotras a la intemperie. Es una orden. Además, debes ayudarme a que esto vuele —dije acalorada.

Caminé hasta la alfombra, que estaba rígida, pero tan pronto la pisé, se levantó unos centímetros del suelo. Proferí un grito y salté, situándome en una esquina. Les hice señas a mis hermanas para que subieran. Lo hicieron sin demora. El genio y Bartolomeo brincaron segundos antes de que la alfombra saliera disparada dando vueltas por el patio. Coloqué mis manos sin mucha presión en la cabecera, siguiendo las instrucciones del genio, y dio dos sacudidas bruscas y se elevó un poco más. Volví a presionar y salió disparada flotando hasta una de las ventanas de la mansión, en donde vimos que Leticia dormía plácidamente con una mascarilla facial blanca sobre el rostro, que le daba el aspecto fantasmal de un mimo. Beatrice y Mariana se acostaron a todo lo largo con Bartolomeo en el medio, quien se tapó los ojos con sus patas y profería gemidos de protesta. Batam-Al-Bur se situó a mi lado.

—¡Hasta Eisenbaum! —grité impregnada del espíritu de la aventura.

La alfombra dio tres vueltas más hasta elevarse poco a poco y dejar muy abajo los puntiagudos techos de La Borrascosa. La altitud no nos afectaba, lo cual me tranquilizó. A medida que nos elevábamos, los árboles se hacían pequeños y los ríos, diminutos, como hilos de plata. Mientras viajábamos a velocidad vertiginosa, vislumbramos una bandada de aves, cuyo plumaje replicaba los colores del arcoíris y planeaba a la misma altura que la alfombra. ¡Qué espectáculo tan hermoso! Semejante policromía solo es posible bajo la mano creadora de Dios.

—Batam, hace frío —grité— ¿Nos puedes conseguir abrigos?

—Al instante, su Excelencia —dijo en broma, y al instante una espesa niebla verde nos envolvió. Para cuando se disolvió, no hallábamos vestidas con unos diminutos atuendos propios de odaliscas persas.

—¿Estás loco? —grité— Te pedí abrigos, no esto. Ahora tengo más frío.

—Pero ropa oriental es lo único que sé hacer —protestó— Además, se les ve muy bien —dijo mirándonos con zalamería.

—Quiero mi ropa de vuelta —gritó Beatrice— Tengo el ombligo al aire y es un horror.

—Pero es que no lo sé deshacer —convino el genio.

Sugerí que mantuviéramos los atuendos. Era muy probable que el genio en su intento por proveernos ropa, nos hiciera llegar desnudas al paraíso de los magos. Por si eso fuera poco, el viento soplabo muy fuerte. Mis hermanas tenían un cabello liso, que bajaba en cascada hasta su cintura. Mi cabeza era otro asunto. Mis bucles corrían en estampida en todas las direcciones. En ocasiones, Ño Josefina me ayudaba a peinar, pero se persignaba antes de comenzar la tarea. Su peine de carey se deslizaba con fuerza desde mi coronilla y hasta la meta final de mi cintura. Mis hermanas disfrutaban del espectáculo con especial regocijo, mirando las expresiones de mi rostro y los sonidos que me arrancaban los jalones de la mulata. Un pegote de vaselina aseguraba que la rigidez de mis bucles se mantuviera, por lo menos hasta el mediodía. Sin embargo, la vaselina no formaba parte de los implementos que empaqué en mi pequeña mochila de viaje.

—¿Faltaré mucho? —preguntó Mariana sintiendo los estragos del cansancio— Creo que Bartolomeo está asustado.

Armada con unos binoculares, como los grandes descubridores de la América, eché un vistazo a los alrededores. Las casas se veían increíblemente pequeñas, con sus techitos de terracota y sus ventanitas de cuatro hojas. Cuando alcanzamos el océano, la inmensidad del mar me sobrecogió. ¿Qué pasaría si nos precipitáramos al agua? Lamenté no haber aprendido nunca a nadar. Apliqué la angustia y traté de pensar en otra cosa.

—Calma, hermanas —vociferé— Pronto llegaremos, al menos, eso creo.

—¿Y si nos da hambre? —preguntó Beatrice dirigiéndose al genio— ¿Qué nos darás? ¿Cocos y bananas?

El genio cruzó los brazos en señal de enojo, dirigió su mirada hacia arriba, y contestó en tono rencoroso:

—Según ustedes, nunca hago nada bien.

Miré a Batam y no pude decidir si estaba compungido o molesto. Por las dudas, pensé que era mejor calmar los ánimos.

—Beatrice, cálmate —susurré— No es el mejor momento para enojar a un genio.

No supe en qué momento nos quedamos dormidas, ni cuánto tiempo transcurrió después de eso. Solo sé que un sacudón me hizo abrir los ojos y nos encontrábamos volando sobre unas impresionantes montañas color esmeralda, cuyas cumbres irradiaban un resplandor que aturdí la vista. La vegetación era tupida y, de vez en cuando, aparecían casitas de piedra.

La alfombra bajó un poco y observé, maravillada, los abedules, cuyos troncos proyectaban su silueta hasta el infinito; un olor a cereza silvestre impresionó mi olfato. Vimos también un lago en donde diminutas criaturas nadaban con gran afán. Parecían personitas, muy similares a las hadas. Estaba segura de que habíamos llegado a nuestro destino. La belleza del lugar despertó en mí una extraña fascinación y una inexplicable alegría.

Mariana señaló a un grupo de unicornios, excesivamente blancos, que corría explayado por una planicie. Eran animales hermosos, de largo y sedoso pelaje, cuya pelambreira flotaba como espuma. Volvimos a subir. Sobre un promontorio, un puñado de duendes y hadas se percató de nuestra presencia y, señalándonos con sus diminutas manos, gritaban frases que no comprendíamos. Su expresión era indefinible por lo que no supimos si estaban siendo amigables o pretenciosos.

De la agrupación de hadas, se acercó una volando, lo que fue una ocurrencia desafortunada, ya que Bartolomeo se puso nervioso y comenzó a moverse como si estuviera bailando samba, haciendo que la alfombra perdiera estabilidad. Mientras nos tambaleábamos en un vaivén de hamaca, divisé en el pico de una montaña, una estructura medieval hacia la cual parecía dirigirse la alfombra. Sin duda, íbamos a estrellarnos de mantener la trayectoria actual.

—Batam, haz algo para estabilizar esta alfombra —grité con todas mis fuerzas.

—Pero si yo no sé nada de manejar alfombras —gritó él por su lado.

La alfombra subía y bajaba y todos tratábamos de mantenerlos en el centro para no caer. Los giros bruscos azuzaban los gritos de Beatrice y Mariana. Ya estábamos más cerca del castillo medieval y cerré los ojos y recé para que el impacto no fuera muy fuerte.

7 EL JUICIO

La celebración del Solsticio de Verano era una festividad que se conmemoraba la tercera semana de Julio. Los magos y hechiceras de los asentamientos más prestigiosos del mundo se reunían para participar en la ceremonia de apertura, y era considerado un evento de mucha trascendencia.

En esa oportunidad, Leonardo estuvo a cargo de la logística. Se acondicionó el Salón de los Moradores, su techo de cristal abovedado era un portento de ingeniería. Monolitos de mármol blanco adornaban las esquinas y sostenían las vasijas de incienso y mirra que perfumaban el ambiente. El estandarte de la Cofradía y un puñado de ornamentos metálicos adornaban las paredes. Aquella mañana los invitados se agolparon en la galería que precede al Salón, esperando la llegada de Americus para dar inicio al magno evento. Estaban presentes los magos de la Cofradía Alejandrina, las hechiceras de la Orden Blanca y los jefes de las comarcas, Alaris, Ducran y Xanatrix, quienes no se sentían muy cómodos en presencia de los magos, así que mantenían una actitud distante. Leonardo y su prometida, Duprina, estaban en la puerta, de lado a los estandartes. La muchacha, como siempre, colgada del brazo de Leonardo. Era atractiva, no cabía duda, con una larga cabellera negra que aterrizaba en su cintura. Sus ojos pardos miraban todo con recelo. Vestía una ceñida túnica que mostraba sus atributos con excesiva desfachatez. Al cabo de un rato, viendo que su padre no aparecía, Leonardo abrió las puertas para permitir la entrada a los concurrentes. El Salón estaba

engalanado para la ocasión y los ventanales se habían dejado abiertos para permitir la entrada de la brisa marina.

El joven miró el reloj de nuevo. Americus no aparecía, lo cual era inusual. Comenzó a preocuparse y cuando se disponía a buscarlo, vio por la ventana algo grande que volaba. Al principio pensó que era un águila planeando, pero a medida que se acercaba, se dio cuenta de que era una alfombra y había personas en ella. Gritaban con la efusividad de un naufrago a la vista de un barco. Entonces, creyó que se trataba de un ataque de las Sombras y sacó su vara para repelerlos. Pero en cuestión de segundos, la alfombra entró por la ventana, sobrevoló las cabezas de los presentes (dos hechiceros, muy altos, se agacharon para no quedar decapitados), esquivó por centímetros la lámpara en forma de araña del techo, derribó los ornamentos de hierro que adornaban las paredes y tumbó las veladoras de los candelabros preparadas con parafina y esencias con un mes de antelación y cuando cayeron, incendiaron el mantel.

Todo esto sucedió en segundos y Leonardo lo observó con estupefacción. Enseguida se hizo evidente que había que controlar el fuego. Una hechicera gorda que vestía una túnica azul semejante a una carpa de circo, lanzó unas tímidas gotas de agua con su varita, que pronto se transformaron en un torrente que alcanzó también a otros dos brujos. Estos, en represalia, mojaron a la hechicera, y en menos de un minuto todos se estaban mojando entre sí.

Nosotras, desperdigadas en el piso, viendo la dantesca escena, lejos estábamos de imaginar que el espectáculo se causó a costa nuestra. Estábamos aturdidas por el impacto, pero me levanté como pude y me encontré rodeada de rostros furiosos. Mis hermanas se escondieron a mis espaldas, con un Bartolomeo desubicado quién, percibiendo la conmoción, trató de esconderse debajo de la alfombra. Con el rebote, Batam-Al-Bur salió disparado y chocó con el borde de una mesa. Mientras se levantaba, decía, agarrándose la sien con las dos manos:

—Desde el día en que las conocí los chichones abundan en mi cabeza.

Fue entonces cuando vi al joven con los ojos más azules que había visto en mi vida, los ojos eran bellísimos, pero el rostro era gélido. Vestía

el atuendo típico de los magos: un sobretodo negro que cubría su cuerpo hasta las rodillas, una camisa excesivamente blanca, con puños adornados con yuntas de oro, sus botas estaban pulidas hasta la exageración y un sombrero de ala negro cubría su frente, dejando al descubierto solo los ojos índigos. Su presencia me provocó un estremecimiento porque su mirada era cruel.

Los presentes estaban enfurecidos y la expresión de sus rostros era comparable con la de un bulldog a quien le estuvieran arrebatando su alimento. Ciertamente, tal actitud no presagiaba nada bueno. Y así, cuando más aturdida estaba, escuché la voz autoritaria del joven:

—¡Guardias! ¡Vengan! ¡Tenemos intrusos!

Dominada por una extraña excitación entendí que debía calmar los ánimos. No éramos intrusos, sino visitantes en busca de ayuda. Enseguida, quise aclararlo todo:

—Disculpen esta entrada tan aparatosa. Nuestra alfombra se descontroló. No queríamos interrumpir, pero lo cierto es que estoy desesperada y necesito un mago o una bruja con carácter de urgencia. ¿Me pueden ayudar?

Ocurrió, pues, que mis palabras no surtieron el efecto deseado y la muchedumbre vociferaba con indignación. No sabía cómo hacerles entender que no éramos delincuentes, ni una amenaza para su seguridad. Entonces, vi mi imagen reflejada en un espejo.

—¡Oh, por Dios! —pensé.

Mis cabellos estaban enmarañados y un moho verdusco enlodaba mi cuerpo y mis zapatos, haciendo imposible precisar donde comenzaba uno y terminaba el otro. Parecía una indigente ¡Con razón aquellas personas estaban tan molestas!

—¿Será que no hablan español? —preguntó Beatrice.

Vi cómo el barro de nuestra ropa se desprendía y caía sobre el mármol blanco del piso, bajo la mirada atónita del mago que nos miraba con repulsión.

—¿Habrá algún encargado? —insistí, mientras las caras me escudriñaban.

—¿Jefe? —gesticulé con las manos, ya a punto de perder la escasa paciencia.

Finalmente, el joven habló:

—Esto no es una taberna. Han irrumpido en un evento privado que es única y exclusivamente para magos y hechiceras. ¡Y ustedes no lo son! —promulgó groseramente.

Intenté mantener la calma. Las cosas no estaban saliendo como debían y aún necesitaba ayuda. Volví a dirigirme al mago, esta vez con un poco más de rudeza en la voz:

—No, no lo somos, pero estoy desesperada. Se trata de un asunto de vida o muerte. Soy portadora de un anillo hechizado y necesito un mago que me ayude a quitármelo. ¿Hay alguien aquí que pueda hacerlo? —grité ya alterada. En este punto toda mi humildad se había evaporado.

Beatrice me tomó del brazo, mientras Mariana abrazaba a Bartolomeo. El genio se había escondido en su botella tan pronto sintió la tensión del momento.

Entonces, entraron los guardias vestidos con chamarras rojas y se abrieron paso entre los presentes. Uno de ellos se situó detrás de mí, rodeó mi cintura con sus brazos mientras otro, mucho más bajo, se inclinaba para tomar mis pies, luego me alzaron sobre sus cabezas como si fuera un saco de papas. Forcejeé pero fue inútil, los guardias parecían tener la fuerza de Hércules. Vi que mis hermanas recibían el mismo tratamiento. Beatrice gritaba y gruñía como un animal, embestía como a un toro, pero aun así sus esfuerzos fueron infructuosos. Nos sacaron sin muchos miramientos, como si fuéramos fardos. Nos llevaron por un pasillo que culminaba en una escalera que descendía hasta un recinto iluminado por antorchas, que resultó ser un calabozo de tres metros por tres, con una ventana milimétrica, piso de piedra gris, con un taburete recostado a la pared. Uno de los guardias tenía un manojo de llaves atado al cinturón. Aflojó el cinto, tomó la correspondiente, abrió la reja y colocándose de lado, dejó que sus compañeros nos lanzaran abruptamente. Bartolomeo, quien venía siguiéndonos en procesión, entró por voluntad propia. Por fortuna, Mariana tuvo tiempo de tomar

la botella del genio antes de que nos arrestaran. Sin embargo, mi mochila no tuvo la misma suerte y allí estaba el libro de la hechicera Zarnia.

—¡Cobardes! —grité con impotencia, aferrándome a los barrotes.

Un guardia tomó una silla y se sentó cerca de una mesa para vigilarnos y nos miraba como si fuéramos animales de circo.

—¿No tienes lengua? —preguntó Beatrice.

—Sí —respondió el joven—, pero solo hablo cuando es estrictamente necesario.

—¿Y cuándo es necesario?

—Cuando hay algo importante que decir. Los seres no mágicos como ustedes, por lo general, hablan tonterías —respondió con desdén.

—¿Seres no mágicos? ¿Y ustedes que se creen que son? ¿Sobrehumanos?

—¡Somos seres mágicos! —dijo con orgullo.

—Pero son humanos también, ¿no? Son humanos que saben magia, o sea, que el que sepan magia no les quita lo humano. Es como si un mono se identificara a sí mismo como mamífero, pero no por ser mamífero, deja de ser mono. A mí lo que me parece es que todos ustedes son unos maleducados.

Mientras mi hermana se enfrascaba en un diálogo con el guardia, Mariana y yo escudriñábamos el calabozo buscando una vía de escape. Me asomé por la ventanilla y vi que estábamos a ras del suelo. A lo lejos se veía una hilera de casas de piedra gris, más allá, la cresta de algunos árboles, y mucho más allá, los cerros purpúreos fundidos con el horizonte. Con los instrumentos necesarios podríamos agrandar la abertura y escapar. Tomé la botella y llamé a Batam-Al-Bur, quien con su espectáculo de niebla reglamentario apareció en la celda.

—¿Puedes sacarnos de aquí? —inquirí.

Mi pregunta quedó en el aire, porque en ese momento el joven mago estaba bajando la escalera, y fue precisamente él quien la contestó:

—No, no puede —caminó hasta quedar de frente a los barrotes. El rostro altivo me miró una vez más con desdén, y dijo:

—El genio no está en su jurisdicción, por lo tanto no tiene permiso para ejercer la magia aquí, y si lo hace, puede ser enjuiciado y privado de todos sus poderes para siempre.

—¡Ay! ¡Qué miedo! —dijo el genio corriendo a esconderse de nuevo en su botella.

Me acerqué lo más que pude, considerando que había una reja de por medio, para gritarle en su cara lo injusto del procedimiento:

—No hemos hecho nada malo. No puede retenernos aquí en contra de nuestra voluntad. Esto es una injusticia. Nosotras solo buscábamos un mago que pudiera ayudarnos. ¡Es todo!

Beatrice y Mariana permanecieron calladas. El mago era imponente, su porte denotaba autoridad, inspiraba respeto y miedo; por lo que no dudé que en aquel lugar sus órdenes eran siempre obedecidas. El joven continuó con la misma cantaleta:

—Ustedes entraron a Eisenbaum sin permiso e irrumpieron a la fuerza en La Fortaleza, eso es allanamiento de morada; causaron un incendio, eso es daño a la propiedad y casi les quitan la cabeza a dos de mis invitados, eso es intento de homicidio.

Intenté defenderme de los injustos cargos. Nada de lo que se nos impugnaba era cierto, al menos, no lo hicimos adrede.

—¡Pero fue un accidente!

El joven no se dio por enterado y arremetió contra nosotras:

—Las peores tragedias de la humanidad se amparan siempre tras el justificativo de accidentes. El que sean accidentes no las exculpa de su responsabilidad —el mago nos miró sin inmutarse y, con un gesto displicente, prosiguió:

—Habrá una audiencia en unos minutos para decidir cuál será su castigo. Por su culpa hemos tenido que suspender nuestra celebración. Cuando todo esté dispuesto, un guardia las llevará hasta el juez —y diciendo esto salió sin darnos tiempo de refutar. Nos quedamos con la sensación de estar viviendo una pesadilla.

Como si nos llevaran a la horca, así nos sentimos, cuando nos trasladaron del calabozo al lugar de la audiencia. Así debieron sentirse las brujas de Salem cuando fueron llevadas a la hoguera, así las brujas de

Castilla cuando los inquisidores las llevaron al cadalso sin posibilidad alguna de réplica. Nos condujeron caminando, y no alzadas como borrego, por un estrecho pasillo enlozado que desembocaba en una amplia sala que ya estaba atestada de gente cuando llegamos. La botella del genio se quedó en la celda.

A mis hermanas las sentaron en un banquillo y a mí me condujeron hasta el centro de la sala, de frente a la multitud para mayor escarnio; así inició el tan cacareado juicio. A un costado vi a un anciano arrugadísimo, sentado detrás de una mesa de jabillo, y me miraba por encima de sus gafas que se erguían suspendidas en la punta de su nariz. En cuanto a criminalidad, yo debía parecerles muy peligrosa, ya que me ubicaron a una distancia prudencial de la audiencia y de los jueces. Tan pronto estuve sentada, el anciano me interrogó:

—¿Cómo burlaste las medidas de seguridad para entrar a nuestro reino?

—¿Qué hacías con el libro de la Hechicera Zarnia?

—¿Por qué practicas la magia sin licencia?

—¿Quiénes son tus cómplices?

—¿Practicas las artes oscuras?

La voz chillona retumbaba en mis oídos. No me daba tiempo para contestar. Cuando me disponía a responder la primera pregunta, venía enseguida la segunda, y luego, la tercera, en tropel. Finalmente, dije:

—La magia vino a mí por casualidad —recité al grupo de magos y hechiceras, encabezados por Lato, el mago inquisidor.

Todos murmuraban, aquellas mentes estrechas eran incapaces de entender mi punto de vista.

—¡Eso es imposible! No existe nada casual en la magia —dijo un viejito achacoso con el rostro más arrugado que una pasa.

Comprendí que tenía que ser más explícita para que mis palabras fueran comprendidas, porque los puños alzados de aquella muchedumbre daban indicios de la rabia que sentían.

—Bueno, hablo en sentido figurado. —proseguí— No tengo nada que ver con la hechicera Zarnia. Mi primer contacto con la magia fue con Batam-Al-Bur, un genio proveniente de los desiertos de Persia, que está

a mi servicio desde hace dos días. La idea de usar la alfombra voladora para venir hasta aquí fue de él, que tampoco sabe mucho de hechizos ni encantamientos. De Zarnia, solo tengo el libro, y eso porque lo encontré enterrado en un bosque.

Oculté el hecho de que lo robé de su casa, porque no deseaba que me etiquetaran como una asaltante de moradas. Para oprobios ya tenía suficientes con los que me estaba endosando la Corte de Magos. Me pareció oportuno mencionar lo siguiente:

—Y no he practicado ninguno de los hechizos del libro.

—¿Cómo burlaste a los guardianes del bosque Zoromix? —preguntó el achacoso y desquiciado viejito.

Tragué saliva y contesté:

—¡No lo sé! Vinimos aquí en una alfombra mágica, así que si algún bosque había, de seguro le pasamos por encima —dije con impaciencia.

—Has pervertido los valores de la magia —declaró una mujer de ojos saltones que se alzaba con su puño en alto desde la tribuna— y debes pagar por ello.

Entonces, viendo la expresión desmesurada de la hechicera, no pude evitar pensar en la Doña Tula de San André; y en ese momento no precisé cuál de las dos era más infame.

El mago joven, que se llamaba Leonardo según supe después, observaba la escena sin asentir ni contradecir ninguna de las aseveraciones que se estaban discutiendo en mi contra. Beatrice y Mariana trataban de intervenir de vez en cuando, pero el bullicio era tan ensordecedor que amortiguaba sus voces y los guardias apostados a su lado tampoco les permitían levantarse.

—No he pervertido nada. Solo vine buscando una solución para la maldición del anillo —grité a todo pulmón mostrándoles la joya que destellaba en mi dedo— Pensé que encontraría aquí a un mago que quisiera ayudarme. Pensé que ustedes eran seres serviciales y los depositarios de los valores más puros de la humanidad; pero todo lo que he encontrado es a un puñado de arrogantes, demasiados concentrados en su propia importancia como para ayudar a un prójimo. Vergüenza debería darles el llamarse a sí mismos magos —censuré.

Más murmullo y bullicio. La muchacha que estaba con Leonardo me miraba desde un pequeño palco con más presunción y soberbia que una princesa en una fiesta de plebeyos.

—Pero qué arrogancia, venir a insultarnos aquí en nuestra propia tierra —comentó Duprina.

Por mi parte, perdida en aquella cacería de brujas que no tenía ni pies ni cabeza, no entendía el porqué de tanto alboroto solo por haber irrumpido en una sala. Cualquiera diría que había matado a alguien. Proseguí:

—Si no puedo hablar aquí, ¿entonces, dónde? ¿No es aquí donde se encuentran las mentes más brillantes del mundo mágico? ¿Qué esperanza tengo de que se me enjuicie justa e imparcialmente? Si en este lugar supremo de justicia ya he sido juzgada y sentenciada sin tomar en cuenta mis razones. Ni siquiera tengo un abogado defensor.

Un viejo alocado, que fungía de juez, dejó entrever los tres dientes que aún le quedaban en la boca, y gritó desahogado:

—Has entrado a Eisenbaum sin permiso, tú no perteneces aquí. Esto es tierra de magos.

—¿Donde dice que Eisenbaum es solo tierra de magos? Muéstreme el documento que le otorga la propiedad de estas tierras, entonces, me declararé culpable. ¡Qué extraña manía la de los hombres, mortales o magos, de adueñarse de las tierras que Dios nos otorgó! Se la dividen como si les perteneciera, negándole el derecho a otros de disfrutar de esas mismas maravillas. ¡Vergüenza debería darles!

—Si hubiéramos permitido que los seres no mágicos se instalaran en estas tierras las hubieran destruido, tal como están las tierras de tu mundo.

—¿Mi mundo? ¿Su mundo? ¡El mundo es uno solo! ¿Por qué siguen con la manía de dividir lo indivisible?

El hombre hizo un ademán de fastidio. De repente, se abrió una puerta estrepitosamente y los rostros acusadores voltearon a mirar. Un anciano de cabellos blancos, larga barba, vistiendo una túnica brillante, estaba parado en el quicio. Lo acompañaba Batam-Al-Bur. El anciano,

sin prestar atención a la concurrencia, fue directamente hasta donde me encontraba.

—Querida chiquilla, pero qué alboroto has armado —dijo con el tono dulzón de la miel de abeja.

La concurrencia enmudeció.

—Parece que mi muchacho no te está tratando bien —dijo en tono recriminatorio dirigiéndose al joven mago.

—¿La conoces? —preguntó Leonardo con sorpresa quien, a la vista de su padre, se acercó.

—Aun no, pero recobró el libro negro de Abramelin, lo sacó del mundo de los hombres y lo trajo hasta aquí. Eso para mí es suficiente aval de su inocencia. Y presiento que nos llevará a recuperar también *Las Llaves del Reino*. Es la portadora del libro. ¿No recuerdas? Estuvimos hablando de eso en días pasados —dijo.

—¿Un ser no mágico es la portadora? —preguntó Leonardo, mirándome con incredulidad.

—Así parece. El oráculo la reconoce como la portadora de *Las Llaves del Reino*. Ella nos llevará hasta él.

¿Quién era aquel viejo? Debía ser alguien de mucho poder, porque todos lo respetaban. ¿Habló algo sobre una portadora? ¿Qué significaba? Necesitaba respuestas. Batam-Al-Bur venía con él y se mantenía impávido, por lo que supuse que estábamos en buenas manos.

El anciano, que después supe se llamaba Americus, tomó mis manos e hizo que me levantara. Sus manos me recordaron a las de mi abuelito Genaro.

—¡Hablemos!

Y dirigiéndose al mago:

—Tú también, Leonardo. ¡Ven conmigo!

Cuando Duprina se alistaba a seguirnos, Americus se apresuró a decir:

—Solo Leonardo.

Si los ojos mataran, yo estaría vagando en ese momento por las veredas del cielo. La mirada de odio que me catapultó Duprina, no dejó duda de la naturaleza del sentimiento que yo le inspiraba. Por mi parte,

me quedé mirándola, entre divertida y temerosa, como una niña a la vista de un animal ponzoñoso.

Estudí la fisonomía de Duprina: tenía rasgos exóticos, ojos saltones como los de las guacamayas, extremidades largas y estrechas como las de un flamenco, y las pocas palabras que le escuché decir sonaban con un acento español que no se sabía si era real o pretendido. Esta visión arrancó una sonrisa de mis labios que Duprina interpretó como una bufonada de mi parte y supe en aquel momento que tendría a una enemiga de por vida.

En vista de que no fui colgada, ni castigada, ni sometida a ninguno de los tormentos eternos conferidos a los profanadores de la ley, las personas fueron abandonando el salón, decepcionadas por el feliz desenlace. Solo quedamos Americus, Leonardo, Duprina, mis hermanas, el genio y yo.

Le eché un vistazo a Leonardo, que se colocó al lado de Americus mientras avanzábamos hacia la salida. Era bien parecido, sus facciones guardaban una perfecta simetría, su porte era noble y audaz; y aparte del hecho de que me trató como a una delincuente, no encontré ninguna otra falla en su conducta. Si hubiera sonreído, aunque fuera una vez, me hubiera parecido simpático. Pero esa única falta desmejoraba el resto de sus atributos. Mi inspección no pasó desapercibida para Duprina, quien me atisbó cuando me encontraba detallando al novio. Desde ese momento, supe que sería una acérrima enemiga.

Americus giró instrucciones a dos ayudantes para que le mostraran los alrededores a mis hermanas, lo cual aceptaron con gran algarabía, olvidando que minutos antes estuvimos a punto de ser colgadas.

—Llévense a Bartolomeo —dije, cuando lo vi detrás del genio y Americus. Batam me miraba dubitativo, sin saber a dónde dirigirse. Le hice señas para que me siguiera.

El recorrido hasta el salón de reunión estuvo plagado de agradables sorpresas. A diferencia de Leonardo, Americus era un excelente anfitrión y me iba describiendo con inusitada calma las peculiaridades de los objetos que encontrábamos a nuestro paso, lo que obligó al joven mago a secundarlo sin mucho entusiasmo. Vi muchas cosas que me

complacieron: esculturas de bronce, pinturas con paisajes de la región y ornamentos cerámicos tallados, y las hubiera disfrutado más si no supiera que una maldición se cernía sobre mi cabeza. Pasamos por un amplio salón, tan grande que parecía un parque. Había mucha gente corriendo de aquí para allá, poniendo mesas y sillas, y decorando el ambiente. Parecía que se preparaban para una gran celebración.

Leonardo llevaba cara de pocos amigos y yo imaginaba que aquella era su expresión habitual. Caminamos unos cuantos metros y nos adentramos en otra salita de forma circular. Una gran mesa de mármol blanco dominaba la estancia y en la ventana sin vidrios se observaba la línea violácea y ocre difusa del horizonte. Estaba atardeciendo y la brisa marina que se filtraba le otorgó a mi piel una textura ligeramente pegajosa. Americus se sentó en una amplia poltrona que cedió un poco ante su peso y rodando una similar la acercó a mí para que me sentara. El joven permaneció de pie junto a la ventana, muy cerca del genio, dirigiéndose mutuas y antipáticas miradas, sin pestañear siquiera.

Americus tenía los mismos ojos consoladores de mi abuelo, el hablar pausado de los filósofos y el aplomo de las almas que conocen su lugar en el universo. Si alguien tenía un conjuro para contrarrestar el hechizo del anillo, tenía que ser él. Me pidió que le contara mi historia. Lo hice sin titubeos y sin ahorrarme verbos ni adjetivos. Le hablé sobre los primeros años de mi infancia, la muerte de mis padres en un accidente automovilístico, el fluir de la vida hogareña con mi abuelo y el ejército de cuidadoras que atendía nuestros caprichos. Describí con gran detalle los días de esa gozosa convivencia; y con un susurro penumbroso, los días oscuros vividos en La Borrascosa, con Gertrudis a la cabeza. Culminé la historia hablándole de nuestra irrupción en la casa de la hechicera Zarnia, ahorrándome los detalles bochornosos como el de la profanación del pastel de chocolate, entre otras cosas. No quería que se formaran una impresión errónea de mi persona.

El anciano me miró con la expresión condescendiente que usan las personas mayores cuando evocan su juventud, como si el recuerdo viniera teñido de un entendimiento cómplice.

—En pocas palabras, no eres nueva en eso de los allanamientos de moradas —bromeó con una risa divertida y temí por un momento que hubiera hablado demasiado. Leonardo, en cambio, lo catalogó como la travesura infantil de una muchacha malcriada.

—Solo una tonta podría haber hecho algo así. Si no conocías los alcances de la magia, ni cómo defenderte de ella, no debías haber entrado en la casa de una hechicera. Se nota que te faltó sentido común —fue su comentario.

Sus palabras me enfurecieron. No iba a permitirle que me hablara de esa manera. Si quería guerra, pues, guerra tendría. Pero, cuando ya iba a replicarle, Americus se me adelantó con la respuesta:

—No seas tan duro con la muchacha, Leonardo. Estoy seguro de que nada de lo que ha hecho ha sido con el propósito de lastimar a nadie, ¿Verdad, jovencita?

Miré al joven con la altivez de quien tiene un aliado en las esferas del poder.

—¡Por supuesto que no! Solo un tonto podría pensar eso —devolví el comentario con sarcasmo; en ese momento no sabía que era uno de los miembros más destacados de la Cofradía.

Entonces, Americus, alargando la mano, abrió la gaveta de un mueble que estaba a su derecha y sacó el libro de la hechicera.

—Disculpa que nos hayamos tomado el atrevimiento de revisar tus cosas; pero en La Fortaleza nos tomamos la seguridad muy en serio. En el pasado hemos tenido sorpresas desagradables.

El anciano observó el libro con cautela, como se observa un objeto que se sabe peligroso. Leonardo, muy a su pesar, se acercó. Era uno de los grandes libros de magia negra. Ese ejemplar, en especial, era de los pocos que aún rondaba por el mundo. En los últimos años, la Cofradía retiró algunos y los mantenía en custodia en las bodegas ocultas de La Fortaleza.

Después de un rato, en vista de que ninguno profería palabra, finalmente pregunté:

—¿Qué piensan? ¿Creen que hay alguna esperanza para mí?

Americus quedó pensativo, me miró, sonrió y dijo:

—Siempre hay esperanza. Lo imposible es solo un término que usan las personas que no quieren hacer el esfuerzo de ir más allá de lo conocido.

Y continuó con su minuciosa labor de escudriñar las solapadas páginas del tomo, mientras yo esperaba con desespero una respuesta más convincente.

—Escucha —dijo— Te voy a contar la historia de un libro. No de este que estoy sosteniendo en mis manos, que es una abominación para el mundo y solo trae pesares. Sino de otro, mucho más insigne, del cual tú eres la portadora.

Americus se tomó su tiempo para levantarse y arrastrar sus pasos hasta una mesa que estaba al fondo de la habitación, y que no se vislumbraba porque estaba escondida entre penumbras. Revisó algunos papeles y finalmente pareció encontrar lo que buscaba. Tomó un pergamino entre sus manos y caminó de vuelta hasta la silla:

—Toma, lee —dijo.

Tuve la impresión de estar recibiendo un documento muy importante. Desaté la cinta, lo abrí y me dispuse a leer:

“Valencia, septiembre 5, 1478.

Estimado amigo,

¡Son tiempos duros! La bula papal autorizó la tortura como recurso para extirpar la hechicería en su territorio. El inquisidor se instaló desde hace una semana en la plaza central de San Sebastián. Desde allí ha promulgado órdenes para perseguir a los sospechosos de herejía. Esta práctica se ha extendido como pólvora por las provincias de Cotaluña, Castilla y Valerma. Es solo cuestión de tiempo que los torturadores toquen a mi puerta. El libro que adjunto debe ser preservado. He tomado todas las medidas necesarias para que así sea. Agradezco tus buenos oficios, mi buen amigo”

Luego venía un sello y una firma ininteligible. Después continuaba otro pergamino:

“El monje miró a su alrededor, la guardilla estaba apenas iluminada por el brillo de una veladora. Algunos libros desparramados por los rincones proyectaban sus

siluetas agrandadas sobre el estuco, testigos silenciosos de las horas que el clérigo dedicó al estudio de la magia. El pensamiento de que tarde o temprano debía destruir los escritos lo llenaba de una profunda tristeza; fue esta posibilidad lo que lo llevó a transcribir meses atrás una recopilación de los ejemplares individuales. La tarea ya estaba concluida; la portada de terciopelo rojo crujía bajo la cálida caricia, solo faltaba colocar el título. Este debía parecer inofensivo a fin de eludir la inspección malsana de las autoridades eclesiásticas y sobrevivir a la acción del fuego al que sería condenado de descubrirse su naturaleza esencial. Se arrodilló sobre la esterilla deshilachada y rezó, lo hizo para que el Libro se salvara de la insensatez del hombre, para que el mensaje llegara a la conciencia de las almas preparadas para recibirlo, rogó por sabiduría, paz y redención; y mientras oraba, sus ruegos se fundían con las lágrimas que corrían por su rostro y se estrellaban contra el empedrado. Cada palabra, cada oración, cada ruego se fue adhiriendo a las fibras del tomo, dibujándole un alma que lo ligaría por siempre al mundo de los hombres. Después de la catarsis del espíritu, emergió con una tranquilidad infinita. El sonido de unos pasos en las afueras le confirmó que la fatalidad lo había encontrado. Apenas tuvo tiempo de garabatear el título del Libro: Las Llaves del Reino”.

Terminé de leerlo y miré al viejo con mirada interrogativa. El me miró de vuelta y preguntó:

—¿Y bien?

Me di cuenta de que esperaba mis comentarios sobre la lectura, pero mi mente estaba en blanco y no entendía qué tenían que ver los pergaminos conmigo.

—¡No entiendo!

Leonardo también me miraba con exasperación. Para ser un mago tenía muy poca paciencia.

—¿Ves alguna coincidencia entre tu historia y la de del monje?

Bajo presión mi mente se obnubilaba y no era capaz de pensar. Todos me miraban. Debía decir algo o pensarían que era una tonta. Pero por más esfuerzos que hacía, la respuesta no llegaba, por lo que al final no tuve más remedio que responder:

—A decir verdad, no.

—¿Estás segura?

Por largo rato, quedé pensativa. Escuchaba los suspiros de impaciencia de Leonardo, lo que me ponía más nerviosa. Volví a leer las últimas líneas “*la fatalidad lo había encontrado*” esa era una frase con la cual me identificaba y así se lo confesé al anciano.

—¿Quieres saber un secreto? —dijo.

Asentí tímidamente con una leve inclinación de cabeza, esperando escuchar el misterio escondido entre las páginas que recién había leído. Leonardo seguía mirándome con el entrecejo fruncido.

—El clérigo se salvó —dijo en susurros.

¿Ese era el gran secreto? No entendía. ¿Sería que los magos hablaban otro lenguaje no comprendido por nosotros, que aunque usaran las mismas palabras no llegábamos a captar por completo su significado? Lo contemplé con la expresión confundida de un niño que a la espera de un juguete lo que recibe es un centavo. Y algo de mi estupor debió reflejarse en mi rostro, que le indicó al Gran Mago que era requerida una aclaración:

—Lo perseguía la inquisición —y viendo aún en mi rostro la expresión estúpida de quien no sabe de lo que están hablando, profirió:

—Sea lo que sea que haya hecho para salvarse, el secreto estaba en ese libro.

Al fin lo que había esperado escuchar. Una leve esperanza alumbraba el camino. ¡Otro Libro era la respuesta! Tal como lo había sugerido el genio. Este mi miró con la expresión de un *te lo dije*.

Un libro del bien contra otro libro del mal. La eterna lucha desde el principio de los tiempos. ¿Quién diría que yo iba a estar involucrada en una lucha semejante? Me sentí como las heroínas de los cuentos de mi infancia que se veían inmersas en situaciones inverosímiles solo para salir fortalecidas al final de la historia.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

Americus respondió:

—El libro está en San André.

Exterioricé mi asombro y observé al anciano con incredulidad. ¡Qué extraña ironía de la suerte! ¡Que el sitio de partida sea precisamente el de llegada!

—¿En San André? Pero si de allá vengo ¿En qué parte?

Leonardo se alejó de la ventana, dando muestras de que no estaba interesado en la conversación. El genio escuchaba con atención, pero sin intervenir para nada. Americus me lanzó una mirada comprensiva:

—No lo sé con precisión. Tú eres la portadora, solo a ti se te revelará su ubicación. Debes estar atenta y estar en San André, por supuesto.

—¿Qué significa eso? No entiendo. Desde que llegué, todo lo que he escuchado es que soy la portadora y creo que están equivocados.

—*Las Llaves del Reino* ha estado perdido por mucho tiempo, pero cuando llegaste con el libro negro de Abramelin, supimos que nuestro libro se estaba anunciando. Te encontrará y en él hallarás lo que buscas.

La simplicidad de la respuesta me llenó de angustia. ¿Un libro me salvaría de los designios de aquel otro? ¿Sería suficiente? Esperaba una solución más apoteósica, después de todo estábamos tratando con la magia, y la magia debía ser algo sobrenatural, fuera de serie.

—¿Y si no lo encuentro?

Me contempló con ternura, como si conociera las dudas de mi corazón, y para confortarme, dijo:

—Lo encontrarás, si empiezas a buscarlo cuanto antes. Fallar no es una opción, ¿Cierto? Mañana regresarás a tu pueblo. El ciclo se abrió allá y es allá donde debe cerrarse. Te daré toda la ayuda posible, pero tu salvación dependerá únicamente de ti. Busca el libro de luz, es lo único que puede salvarte de las sombras. Busca a los guardianes y oye sus consejos.

Un miedo feroz congeló mis huesos. Ahora volvería a San André y buscaría un libro que nadie sabía en dónde estaba. El pequeño pueblo me parecía ahora un gran gigante. Había perdido un día y ni siquiera sabía por dónde comenzar a buscar.

—¿Quiénes son los guardianes? ¿Dónde los encuentro?

Su voz adquirió un tono sereno:

—Son seres del mundo mágico que resguardan objetos, animales o personas. Cuando encuentres al libro, habrás encontrado también a los guardianes.

La búsqueda continuaba y la responsabilidad del desenlace caía sobre mis hombros. Aprensiva pregunté:

—¿No sería más fácil si me dijeras exactamente en qué lugar de San André se encuentra? Así no perdería tiempo buscándolo.

—Mi querida niña lo único que puedo darte son pistas. Ni yo mismo sé el lugar exacto. Busca en aquellos sitios en donde se muestre la insignia del león con las fauces abiertas, es un antiguo emblema de una comunidad de hechiceros que estuvo asentada hace muchísimos años en el pueblo, a la cabeza del mago Abramelin.

—Sí, he escuchado de él. Vivió en La Borrascosa antes de que mi abuelo la comprara.

—Esa fraternidad fue la que hurtó *Las Llaves del Reino*, pero debido al uso desenfrenado de las artes oscuras, se fue extinguiendo; pero aún deben quedar vestigios de su existencia. Leonardo irá contigo para ayudarte, ya que es un experto en la búsqueda de los Libros de la Cofradía. A pesar de sus modales bruscos, es un buen muchacho. No te dejes engañar por las apariencias.

Al escuchar su nombre, Leonardo, que estuvo entretenido en otros menesteres, se acercó a su padre y, mostrándose reticente, replicó:

—No creo que sea yo la persona indicada para realizar el trabajo, padre. Tengo asuntos pendientes que no puedo abandonar por acompañar a una chica a resolver un problema que ella misma causó. Nadie las obligó a entrar en la casa de una hechicera ni a tomar objetos que no le pertenecían. Asígnale la tarea a otro mago.

El anciano amargó la expresión de su rostro y con una voz gutural que no aceptaba negativa, añadió:

—Eres precisamente la persona indicada para el trabajo. Tienes un olfato canino para rastrear libros y lo sabes. De seguro querrás ayudar a esta muchacha a salvarse de las garras de Zoroastro.

—Como quieras, padre. Si eso es lo que deseas, así lo haré —dijo y salió del recinto sin emitir palabra.

Por mi parte, no estaba muy de acuerdo con la descripción que Americus esbozó de su hijo. Hasta el momento, lo percibía como un mago arrogante, antipático, mordaz y malhumorado. No eran

precisamente días dulces los que vislumbraba en el horizonte. No podía imaginar cómo sería estar en San André con un hombre como Leonardo.

—Debes tener paciencia con él, muchacha —dijo—No hay otro mejor. Se graduó con grandes honores en dos carreras universitarias y habla varios idiomas. Los aprendió solo para leer los libros en su idioma original. Ha ubicado más libros de magia negra que cualquier otro mago. Estarás bien en sus manos. Partirán mañana temprano, ya que hoy tendremos una celebración y ustedes están invitadas.

Lo miré con asombro. Una fiesta no era la solución que estaba buscando. Quería arrancarme aquel anillo, no importaba cómo: con pociones, con amuletos o hechizos. Yo intentaría cualquier cosa que me dijeran.

—No creo tener ánimos para una fiesta —susurré, viendo cómo mis posibilidades de supervivencia se estaban estrechando. Lo lógico es que partiéramos de inmediato a San André a buscar el libro.

El anciano comprendiendo mi dilema, respondió:

—La solución a los problemas llegan con la serenidad de un lago en reposo, nunca con el torbellino de un mar encrespado. Ten confianza en nosotros, te ayudaremos. Asiste a la celebración y serena el espíritu, ya verás que mañana verás las cosas desde otra perspectiva. Les asignaré una habitación para que estén cómodas. Siéntete libre de deambular por el castillo y de apreciar las obras de arte que son abundantes. Verás que los magos sí sabemos cómo divertirnos.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Antes de irme, Americus me detuvo:

—Espera, tengo un regalo para ti —y abriendo una gaveta de la mesa que estaba a nuestro lado, metió la mano y sacó una cadena que portaba una llave.

—La cadena perteneció a mi esposa Bela y la llave es de la bodega en donde se guardan los libros prohibidos de La Cofradía. Aunque no entiendas porqué, te pido que la mantengas siempre contigo. La necesitarás en un futuro no muy lejano. No le cuentes a nadie de esto, y mucho menos a Leonardo. Él siempre está perdiendo las llaves.

Asentí y tomé la cadena que me extendía. Era una fina joya y me sentí muy halagada. ¿qué secreto escondía aquella llave? ¿Y por qué no podía decirle a Leonardo?.

Con más preguntas que respuestas, dejé la habitación pensando que los magos eran seres muy extraños.

LEONARDO, EL MAGO

A pesar de sus agraciadas facciones, los modales de Leonardo eran francamente hostiles. Su hablar denotaba el refinamiento de largas horas de estudio, pero su trato era orgulloso, como se esperaba de una persona de posición bien acomodada. Intrigada por conocer más de él, visto que tendría que soportar su presencia en los días venideros, decidí recabar toda la información posible.

Me encontraba en la habitación que nos asignaron, esperando a que mis hermanas regresaran de su paseo, cuando vi que entraban dos mucamas para realizar la limpieza. Estuve rato debatiendo si las interrogaba o no. Una se retiró, y la otra se quedó limpiando la mesa de noche. Me acerqué con la firme intención de indagar sobre el mago. No tuve que insistir mucho, porque Diana, la mucama, estaba muy bien dispuesta a la tertulia. Fui directo al grano:

—¿Hace tiempo que el mago vive aquí? —pregunté.

—¿Americus? —replicó.

—¡No! —corregí— Me refiero a Leonardo.

La muchacha dejó entrever que comprendía mi interés por el muchacho y con picardía, dijo:

—Nació aquí. El reino celebró con alborozo la llegada del primogénito de Americus y Bela. Era rollizo y sus mejillas, encarnadas.

Las festividades del nacimiento duraron un mes, donde no faltó ni comida ni bebida y los fuegos artificiales alumbraron las noches más que las estrellas. Yo no lo presencié, pero mi madre me lo contó.

Hizo una pausa y me miró indecisa como calibrando mi interés en la historia, así que para motivarla, seguí preguntando:

—¿Y siempre ha estado en Eisenbaum?

La aludida negó con la cabeza.

—Los primeros años fueron tranquilos y apacibles. No mostraba señales de que la magia morara en su interior. Fue en su octavo cumpleaños cuando los primeros indicios emergieron con claridad abrumadora. Enseguida, se hicieron los arreglos para que asistiera a la escuela de magia de Ettonguess en Dinamarca. Como padres, Americus y Bela estaban abrumados por la inminente separación de su único hijo; como magos, conocían demasiado bien la importancia de educar los poderes; y aunque esta resolución de alejarlo era dolorosa, sabían que era necesaria. De joven, era gallardo y considerado. Ni el poder ni la riqueza le impidieron estudiar dos carreras simultáneamente: arquitectura e historia del arte, y más tarde aprendió latín, sánscrito y otros dialectos para leer los textos mágicos en su lenguaje original. Se entusiasmó tanto con los libros que posteriormente se integró al grupo de búsqueda de los tomos sagrados de la Cofradía Alejandrina. En poco tiempo estaba ostentando la posición de Mago Regente, uno de los más distinguidos cargos de la organización, siendo el miembro más joven en ocupar dicho rango —dijo con orgullo.

Los comentarios de la mucama me sorprendieron. Hablaba de él con consideración y respeto. Aparentemente era querido por sus súbditos, aunque yo no entendía por qué. Aproveché la pausa para ir a sentarme en un pequeño sofá. A medida que oía su historia más quería conocer las vivencias que le forjaron el carácter. Me intrigaba el hecho de que una persona tan agraciada en los plácemes del amor y la fortuna, hiciera esfuerzos tan contundentes para hacerse antipático. Diana dio una vuelta para extender las sábanas de la cama y continuó su relato:

—En sus días de universitario convivió con otro mozo, Dorian Parr, quien al igual que él dejó a su familia para ir a la universidad. Era de

Sartón, otro asentamiento de magos de menor importancia. No era tan buenmozo como mi señor, pero tenía la labia engañosa de las serpientes. Se hicieron amigos de inmediato y compartieron muchos ratos de ocio y diversión. Sin embargo, hubo un incidente que provocó la ruptura de la amistad y marcaría para siempre el carácter del señor Leonardo.

Entorné los ojos y apresté mis oídos para recibir la información. Me figuré que a esas alturas del relato sería absurdo disimular mi fascinación, y Diana así lo entendió porque su charla se mostró más concisa:

—Se enamoró de una joven, Aurora, cuyos padres no tenían asociación con la magia. Su belleza era etérea, casi de otro mundo. Se comentaba que tenía rizos de oro arremolinados en su cabeza y ojos transparentes como aquellos que portan las muñecas de porcelana. Era hija de un comerciante que poseía una panadería muy cerca de la Universidad. Allí concurrían los estudiantes para pasar el tiempo. Pronto Leonardo se convirtió en un cliente habitual. Le tomó dos meses reunir el valor suficiente para pedirle a la muchacha que saliera con él.

Diana se detuvo para una pausa, luego prosiguió:

—Dorian se extasiaba también en la belleza de la muchacha y a espaldas de su amigo, intentaba obtener sus favores. Poco después, Leonardo y Aurora se hicieron novios y a los meses ya estaban hablando de matrimonio.

La criada acomodó las acolchadas almohadas en su sitio y siguió quitando el polvo de los muebles. Una expresión de complicidad se dibujó en su rostro cuando continuó la narración:

—Tres meses hubo de ausentarse Leonardo de Ettonguess, tras la enfermedad que llevó a su madre a la muerte. Cuando regresó, antes de lo esperado, halló a su novia tumbada en los brazos del infame Dorian. Ese pillo ni siquiera hizo el intento de explicar su canallada y Leonardo estaba demasiado herido para pedirle una aclaración. Esa traición minó la confianza de Leonardo en las personas. Leonardo se encerró en sí mismo, no quiso hablar del incidente. Entonces, murió Bela. Creo que la traición unida al desconsuelo por la pérdida de su madre fue mucho dolor para sus hombros. Americus trató de animarlo, pero no era mucho lo que podía hacer.

De modo que esa era la razón de tanta amargura. Ahora sabía el motivo por el cual el mago era tan cerrado. Seguí preguntando:

—¿Qué pasó con Dorian?

Diana ya había terminado sus tareas, pero se quedó un poco más. Se sentó a mi lado y con el tono divertido que suelen usar los miembros de la servidumbre cuando se trata de ventilar los trapitos sucios de los amos, profirió:

—Ambos jóvenes pertenecen al mismo círculo social, así que no tienen más remedio que verse. Cuando sus caminos se cruzan, se soportan con cortesía y se hablan solo cuando es estrictamente indispensable. Y de Aurora no quedó más que un leve recuerdo, ya que tan pronto sucumbió a los encantos de Dorian, este perdió interés y la desechó como si de sarna se tratara.

—¿Y qué hay de Duprina? —continué.

La expresión de la joven cambió. Intuí que la novia del mago no era muy apreciada en esos lares. Cosa que cabría esperarse considerando las ínfulas de la muchacha.

—Duprina vino después. Esa mujer es un fastidio, se ofende por pequeñeces y cuando no se le trata como ella cree que merece. Es caprichosa y vanidosa. La conoció en una de las tantas actividades en las que se embarcó Leonardo después de graduarse. Al principio, el mago no le prestaba atención. Tenía una belleza demasiado ruidosa y exótica para su gusto. Pero la muchacha perseveró y logró conquistarlo, lo cual consiguió más por su insistencia y empeño que por la predisposición del mago hacia ella. Esta relación no es aprobada por Americus, la muchacha tiene un carácter demasiado absorbente y tenaz. Sus arranques de celos ya están comenzando a hastiar a mi señor. Sin embargo, podría asegurar que las intenciones de Leonardo con ella no son serias.

Cuando iba a formular la siguiente pregunta, entraron mis hermanas a la habitación con gran alborozo. Diana interrumpió su relato y se dio cuenta de que era hora de retirarse. Nos despedimos y prometimos que hablaríamos en alguna otra ocasión.

—No te imaginas lo hermoso que es este lugar, Camila —decía Mariana, muy entusiasmada, tirándose en un sofá, con Bartolomeo encima.

—A Mariana le gustaron los caballos —dijo Beatrice— pero, a mí, el salón de fiestas. Estamos invitadas a la celebración de esta noche. Iremos, ¿Verdad?

Yo dudaba, pero quizás, como decía Americus, aquella fiesta despejara mi mente.

—¡Ya veremos!

—Si no quieres ir, está bien. Pero yo sí iré —dijo Beatrice y se retiró al baño para ponderar los estragos del viaje en su rostro.

Me asomé a la ventana para contemplar el crepúsculo que se esbozaba detrás del mar. La belleza del entorno era algo nunca visto. Y es que todo en Eisenbaum parecía moldeado por la mano de Dios.

Vi a una pareja que discutía bajo el balcón. Reconocí al mago y a su novia. La mujer hablaba en voz alta y gesticulaba. ¿Cuál sería el motivo de la discusión? ¿Sería que la absorbente mujer no estaba de acuerdo con la asignación que Americus le dio a Leonardo?

Con disimulo, saqué la mitad de mi cuerpo hacia afuera con la intención de ampliar mi campo visual y escuchar mejor la conversación, pero ni siquiera en esta incómoda posición, logré escucharlos. Entonces, recordé a Doña Tula y admiré sus habilidades de fisgona. Ella sí que era una experta en la indagación de los asuntos ajenos.

Cuando quise acomodar mi posición, unas piedritas de la ventana fueron a estrellarse contra el piso. La pareja alzó la vista y me vio. No tuve tiempo de retirarme. Enseguida, Duprina tomó a Leonardo por el brazo y lo alejó. Me retiré con un amargo sabor en mi garganta. No era bueno tener de enemiga a una bruja. Pero decidí dejar de lado mis aprehensiones y volví a concentrarme en los preparativos de la fiesta.

¡Qué fascinante embriaguez impregna el alma cuando tenemos una celebración en puerta! Pareciera que los problemas huyeran y nos quedara solo la sensación de una expectante alegría. Decidí que al menos por esa noche, intentaría no pensar en nada. Americus puso a nuestra

disposición un hada, Azucena, para que nos proveyera de todo lo necesario.

El genio manifestó que no tenía interés en asistir a ninguna fiesta y se enclaustró en su botella. Bartolomeo, por su parte, se entretenía mordisqueando una galleta, mientras nosotras nos probábamos vestidos y zapatos. Resultó que Azucena tenía poderes mágicos y con solo el chasquear de sus dedos hacía aparecer los más hermosos vestidos, que ni Versace, en sus mejores tiempos, hubiera podido diseñar. No había límites para la magia de Azucena. Presurosa por sacar provecho de esta habilidad, Beatrice le solicitó tres modelos exclusivos, para seleccionar entre ellos el que mejor se acoplara a su figura. Estos yacían sobre la cama, mientras decidía cuál probarse primero.

—¿No quieres venir con nosotras a San André? —preguntó Beatrice entusiasmada— Serías todo un éxito y los centros comerciales se irían a la quiebra.

Mariana estaba eufórica. Esa tarde en particular no estaba de ánimo para soportar las frivolidades de Beatrice.

—En San André no hay centros comerciales —dijo tajante.

La otra la miró indignada, no le agradaba que la contradijeran, mucho menos en presencia de extraños.

—Lo sé, me refería a la ciudad —replicó Beatrice incapaz de reconocer su equivocación.

La hadita no hablaba, todo lo que hacía era reírse y producir vestidos.

—¿Qué te parece este? —dijo Beatrice en la cúspide de su arrogancia, volviéndose para mostrarnos el ejemplar que seleccionó, al tiempo que calibraba su imagen en el espejo.

Mariana la estudió unos segundos, consideraba impropia la conducta de su hermana. Reprobaba que en este mundo plagado de necesidades, su hermana fuera tan necia. Después de observarla largo rato, le dijo:

—Te ves hermosa, aunque pareces un gran batido de crema chantilly.

Esas palabras bastaron para que desechara los tres modelos de una vez, y se volvió de nuevo hacia la hadita solicitándole tres vestidos más.

Entretanto, Mariana, dejando de lado las impertinencias, se entregó al gozo de elegir un atuendo para la fiesta. Descartó de un vistazo los

pomposos vestidos de raso y tafetán, mullidos por las sucesivas capas de forro y encaje. Encontraba difícil caminar con tantos tules mordisqueándole los tobillos. Seleccionó uno blanco, liso y sencillo. Prefería sacrificar belleza por comodidad. Por mi parte, seleccioné también un vestido vaporoso, con una elegancia sutil y sin pretensiones.

Fui hasta el espejo y saqué a Beatrice a codazos, me lo medí por encima de mi ropa. Mariana me lanzó una mirada apreciativa:

—¡Vaya, Camila! Deberías vestirse así más a menudo, podrías quitarle el puesto a Beatrice como la más hermosa.

Esta le propinó un soberano golpe la cabeza.

—Basta de tonterías. Las tres sabemos que yo soy la más bella —agregó Beatrice. Sin embargo, dejando de lado las hostilidades, agregó con malicia:

—Yo creo que esta vez el mago tendrá que mirarte.

Me volví con asombro. ¿Tan obvio era mi interés que no pasó desapercibido ante mis hermanas? ¿Y que había de Duprina? ¿Lo habría notado ella también? Ante la duda, me decidí por la negación.

—No entiendo a lo que te refieres.

Pero Beatrice no era tonta y mucho menos en los asuntos del corazón.

—Yo creo que sí —remató con picardía, y hasta allí quedó el asunto.

Muy cerca de allí, en una de las habitaciones contiguas, Americus también pensaba en Leonardo. Le preocupaba su hijo. A pesar de todos sus logros académicos y profesionales, su carácter se forjó frío y calculador, con muy poca tolerancia para las debilidades humanas. En los últimos años, el muchacho se confinó voluntariamente en La Fortaleza, limitándose al trato exclusivo con seres mágicos. Aprovechando la contingencia de la llegada de las muchachas, era la intención del anciano lanzarlo de nuevo al mundo de los hombres, o debía decir ¿de las mujeres? —pensó sonriendo.

Tan enfadada estaba Duprina por los acontecimientos ocurridos esa tarde que cuando llegó a su cuarto para acomodarse para las festividades, ya había decidido hacer un encantamiento para alejar a Camila de este mundo. Cerró la puerta con especial cuidado y lanzó su sombrero sobre

un diván. Se dirigió a un mueble desconchado que estaba al fondo de la habitación, allí jaló la aldaba oxidada de una gaveta y esta mostró su contenido. Tomó un cofre que llevó hasta la mesa y lo abrió. El penetrante olor de las hierbas secas le hizo arrugar la nariz. Siempre le habían disgustado porque le alborotaban la alergia y desprendían sus desagradables vapores impregnando el ambiente con un olor a manteca rancia. Prefería las procesadas, que tenían una leve fragancia y eran igual de potentes.

De un estante cercano, buscó una botella que compró en el Mercado Negro de la Magia, al que iba cuando quería adquirir ingredientes mágicos prohibidos por la Cofradía. La encontró, con su etiqueta en forma de calavera y su contenido acuoso, al lado de la poción perturbadora de los sueños. No es que fuera una experta en el uso de las artes oscuras, recién incursionaba clandestinamente en la peligrosa afición, a expensas de ser descubierta y desterrada La Ciudadela, a expensas de perder a Leonardo para siempre.

A pesar de que sus primeros encantamientos tuvieron resultados catastróficos, estaba dispuesta a usar la magia negra para borrar todo obstáculo que se interpusiera entre ella y Leonardo. A su favor tenía el hecho de que Camila tenía encima la maldición del anillo, lo que significaba que dentro de muy pocos días estaría fuera de la vida de su novio. Pero Americus era sabio y capaz de encontrar un contra conjuro que salvara a la muchacha de las garras de la muerte. Duprina se aseguraría de que tal evento no ocurriera.

Reunió los elementos mágicos sobre la mesa, raspó un cerillo y prendió una pequeña vela. Desmembró las hierbas con las manos dentro de un recipiente, vertió agua y otros elementos, y lo llevó al fuego. Minutos después, le llegó el turno a la botella de calavera, de la cual sacó unas gotas que echó sobre el brebaje. Enseguida, lanzó burbujas nauseabundas. Con una cuchara de madera revolvió el amasijo con fruición y dejó que se fueran cociendo los ingredientes. Cuando los primeros vapores del mejunje impregnaron el cuarto, buscó su libro de conjuros y ubicó el que requería. Invocó a las fuerzas oscuras de Zoroastro, a la Hechicera Zarnia y al Mago Abramelin, para que la

pócima adormeciera los sentidos de Camila y fuera incapaz de hallar el contra conjuro, manteniéndola en un estado de ensoñación, al menos mientras transcurrieran los días que faltaban para el arribo de los demonios. Mientras recitaba, el brebaje se volvía más oscuro y acuoso. Terminado el aquelarre, y cuando se disponía a recoger los utensilios, se encontró con que un enorme gato negro venía entrando por la ventana. Enseguida reconoció al aliado de la hechicera Zarnia.

—Creo que ya nos conocemos. Frozenblack para servirte —dijo con solemnidad la bestia.

Luego, agregó:

—Mi ama me envía con un mensaje. No debes preocuparte de nada. Todo está preparado para tomar a la muchacha.

Ella lo miró recelosa. No tenía intenciones de sentarse a esperar a que ocurrieran los acontecimientos. Nada como un aquelarre mágico para forzar el destino a su favor.

—Lo sé, pero no quiero arriesgarme. Americus está con ella y temo que consiga el remedio a tiempo.

El gato merodeó un poco por el cuarto y se recostó en el diván, al tiempo que decía:

—Ninguna persona sin conocimiento de la magia ha escapado jamás de la maldición del anillo ¿Cómo piensas hacer que se tome el brebaje?

Sorprendida de que sus actos fueron conocidos por el animal, Duprina contestó:

—En la celebración de esta noche, encontraré la ocasión de verterlo en su comida o bebida.

—¡Buena suerte, entonces! —Frozenblack, de un salto, se posó de nuevo en la ventana, y después de despedirse, desapareció tan rápido como había aparecido.

Duprina estaba nerviosa. Las palabras de Frozenblack no le dejaron el sosiego esperado. Tenía que asegurarse de que no hubiera salida para Camila. No importaba cuantos conjuros tuviera que hacer. Leonardo le confirmó que emprendía el viaje en contra de su voluntad, pero presentía que Americus tenía motivos ocultos detrás de esa solicitud. Consultó la

hora. Decidió poner un alto a sus actividades para emperifollarse para la celebración. No quería llegar tarde.

Cuando llegamos al salón, la fiesta ya había comenzado. Una orquesta tocaba una melodía a ritmo de vals. La estancia estaba iluminada por cientos de pequeños faroles y sus tenues llamas competían con la gigantesca luz de una lámpara que se mecía en el medio del techo. Las mesas estaban vestidas con manteles color salmón, dispersas a todo lo largo del recinto, dejando libre el centro para la pista de baile. Atuendos muy diversos engalanaban a los asistentes, muy parecidos a los que se espera encontrar en las fiestas carnavalescas, algunos portaban máscaras. Era todo un despliegue arrollador de texturas y colores. Al pie de la escalera, Americus salió a recibirnos.

—Bienvenidas, señoritas. Esta noche ustedes son mis invitadas de honor. Les reservé asiento en mi mesa.

Luego, mirándonos con atención, agregó:

—Debo decir que están muy guapas. Azucena hizo un buen trabajo.

Agradecemos el cumplido y lo seguimos. Beatrice sonreía y disfrutaba mucho el momento. Mariana posó sus ojos sobre una mesa que exhibía postres. Había tortas de fruta, roscas glaseadas, pudines de chocolate, flanes y gelatinas que parecían danzar al ritmo del vals. Americus notó su entusiasmo y dijo:

—Toma lo que gustes, querida.

Invitación que Mariana no se hizo repetir dos veces. Caminó hasta el mesón, tomó un plato de la pila almacenada en uno de los extremos y paseándose con gula de arriba a abajo se sirvió un poco de todo. Temí que en cualquier momento los postres fueran a estrellarse contra el mármol blanco del piso. Leonardo se levantó de la mesa con fría cortesía y ayudó a mover las sillas para hacer espacio para nosotras, luego volvió a su sitio sin intención de mantener conversación alguna con nadie. Nosotras, en cambio, sí mantuvimos una agradable y entretenida charla con Americus, en la que intercambiamos información sobre las peculiaridades del clima, la arquitectura del lugar y los libros de magia dispersos por el mundo. También elogiamos la comida e hicimos preguntas superficiales que demostraban nuestro interés.

Un joven mago que estaba en una de las mesas adyacentes se acercó para invitarme a bailar. De forma inesperada, Americus lo despachó indicándole que el primer baile lo tenía prometido a Leonardo. La cara de estupefacción del mago fue solo comparable con la mía, y ante la renuencia mostrada por él y mi deseo de evitarme la humillación de un rechazo, balbuceé algunas frases de excusas:

—Todavía estoy cansada por el viaje. Además, no estoy familiarizada con el ritmo.

Pero Americus, que era tan testarudo como convincente y tenía la sapiencia intelectual de los genios, era inmune a las excusas ficticias:

—¡Tonterías! Para bailar todo lo que se necesita es tener pies y brazos.

Sin saber cómo, me hallé en los brazos de Leonardo, danzando bajo las armónicas notas de una melodía melosa.

—No tenías que hacerlo, yo ya me había negado —le dije con el mismo tono de frialdad que él usaba cuando se dirigía a mí.

—Los deseos de mi padre son órdenes para mí —contestó en su tono habitual, aunque parecía encontrarse más relajado y divertido.

En el bailar era habilidoso, sus movimientos eran ágiles y puntuales, sin duda, un excelente bailarín. Busqué a Duprina con la mirada, la muchacha no se encontraba en el Salón, por lo que conjeturé que esa era la razón por la cual me encontraba yo en los brazos del mago y no ella. Traté de aparentar calma, cuando le pregunté:

—En tal caso, ¿Deberé hablar con él para que te ordene ser más respetuoso y cordial conmigo?

Leonardo desplegó la primera sonrisa que le había visto desde mi llegada. Sin embargo, no era una sonrisa amigable, de aquellas que invitan con regocijo a la intimidad de una confidencia, sino las que por su carga de ironía despiertan desconfianza.

—¿Y para qué quieres que sea respetuoso y cordial contigo?

Era una pregunta capciosa que ni yo misma quería contestar. Debía ser en extremo cautelosa con mi respuesta, para no descubrir más de lo que fuera absolutamente necesario:

—Bueno, vamos a estar un tiempo juntos, así que pensé que lo mejor era que nos lleváramos bien.

La sonrisa se hizo más amplia como la de un arcoíris inverso. Me miró con inteligencia. ¿Sabría él algo de mis inclinaciones? La leve presunción de que el mago estuviera al tanto de mis apegos, me turbó. No quería ser objeto de burlas o desencantos. Nada en su comportamiento me dio a entender que hubiera descubierto mi secreto, pero era un mago, y se supone que los magos son astutos conocedores de la naturaleza humana. Sin embargo, su respuesta me tranquilizó:

—No, necesariamente. No tenemos que llevarnos bien. Bastará con que no nos molestemos.

Cuando iba a refutar, el agradable joven que se acercó a la mesa en un principio, volvió a solicitar el honor de bailar conmigo. Sus facciones eran sutiles y amigables. Su elegante traje escondía una musculatura fuerte y compacta. El rostro de Leonardo se tornó rojo y no dudo ni un segundo en soltarme en sus brazos, sin preguntarme siquiera si aceptaba o no la petición. Y sin mirar atrás, se dirigió a la mesa de nuevo.

Pocas veces he sido objeto de un desaire tan mordaz, ni siquiera los desplantes de Gertrudis provocaron en mí una ira tan brutal, como la que me produjo Leonardo en ese momento. Pensé en seguirlo y reclamarle su conducta, pero la figura del mozo con su mano extendida me eclipsaba el camino; así que controlando mis ímpetus de doncella mancillada, arremangué mi vestido y me concentré en la danza.

La orquesta tocaba una melodía dulzona y el joven cercó mi cintura con su brazo. Mientras bailaba hablaba:

—Permítame presentarme, mi nombre es Dorian Parr. No puedo dejar de notar que es usted muy hermosa.

Al escuchar el nombre entendí el comportamiento de Leonardo, aun así seguía disgustada. Después del desaire, las palabras pomposas de Dorian actuaron como un bálsamo en mi maltrecho orgullo. El joven no era tan alto como el mago, a decir verdad, me igualaba en estatura, tampoco tenía la mirada añil, ni el porte elegante, ni la prestancia de Leonardo. ¡No! Dorian era encantador, pero con el encanto vulgar que otorgan los ademanes aprendidos, que por ficticios van pregonando a los cuatro vientos su falsedad, desprestigiando a quien los porta. Aun así la lisonja de sus halagos, halló terreno fértil en mi maltrecha autoestima.

—Mi nombre es Camila.

—Lo sé, un nombre de ángel, en verdad —dijo depositando un tenue beso en mi mano. El mozo sentía una irremediable atracción hacia la belleza femenina y procuraba rodearse de ella en cada ocasión, y era precisamente esta afición la que le había ganado fama de mujeriego y caza fortuna.

El ritmo tornó a uno más violento. Enseguida nos ganó la algarabía. La multitud, rendida a los saltos de una samba cuyos timbales retumbaban por todo el salón, se agolpó en la pista de baile. Yo también me incorporé a esa especie de locura colectiva, y hasta ahí me llegó la clase, el buen gusto y las buenas costumbres. Bailé como una desaforada, como bailarían una negra africana hipnotizada por la cadencia de un tambor, largué los zapatos, las pulseras y los collares. Mi cabello se fue zafando por los brincos hasta quedar sueltos y apelmazados a causa del sudor. A ratos, sentía la mirada del mago y las pocas veces que me detuve a mirar su rostro, no supe definir qué expresión tenía. Sin darnos cuenta, Dorian y yo bailamos una pieza tras otra. Cuando terminó la última, regresé a la mesa, con las mejillas encarnadas y falta de aliento.

Americus me miró con complacencia:

—Caramba, jamás pensé que tuvieras tanta destreza para los ritmos tropicales. Hasta podrías darle clases a Leonardo.

El mago me miró:

—No creo, padre. Esa clase de ritmo no es mi estilo. Además, se ve que Camila se siente más a gusto con gente como Dorian. Yo paso.

Yo estaba demasiada cansada para refutar su comentario. Americus me obsequió una bebida refrescante a base de frutas que tomé con exagerado placer de un solo sorbo. Alcancé las servilletas para abanicarme, ya que el calor era excesivo y mi corazón latía como si la samba todavía me caminara por dentro. De lejos, observé a Beatrice que bailaba enérgicamente dando más vueltas que un carrusel de circo, en uno de esos giros se acercó a la mesa haciéndome guiños para que aprovechara la ocasión de conversar con el mago, pero no me di por enterada. Mariana por su parte hacía lo propio, extremó su amabilidad y moduló su timidez en un afán con enlazar una conversación con

Leonardo que me incluyera. Con ella, se portó particularmente grato, respondiendo sus preguntas con afabilidad y simpatía, hecho que confirmó que su aversión estaba dirigida a mí. Alarmada por el comportamiento de mis hermanas, y dándome cuenta de sus artimañas celestinas, traté de dominar mi turbación. Continué la velada, restándole importancia al asunto; ya tendría ocasión de arreglar cuentas con ellas.

Duprina llegó en ese momento y fue directo a la mesa. Se sentó al lado de Leonardo y se aferró a su brazo como un chimpancé. No disimuló la furia que le produjo el encontrarnos sentadas allí. Dijo con voz empalagosa:

—¿Podemos cambiarnos de mesa? Hace mucho calor aquí.

Americus, fue quien respondió:

—Leonardo debe quedarse porque somos los anfitriones de la velada y tenemos invitadas.

Duprina cerró la boca. Al cabo de unos minutos, habló:

—¿Bailamos, Leonardo?

—No me siento con ánimos de bailar. Además, estoy terminando mi cena —y se concentró en los restos que quedaban en su plato. Minutos más tarde, Dorian, sin importarle que Leonardo estuviera presente, se sentó a mi lado y se dedicó a cortejarme sin disimular su admiración. Halagada por sus petulancias, centré mi atención en él y a sus frases azucaradas correspondí con la forzada gentileza de mi deferencia. Por su parte, Leonardo alzaba los ojos de vez en cuando y me dirigía miradas sarcásticas.

A medianoche, la actitud de Duprina cambió. Trató varias veces de invitarme a tomar un ponche, pero Americus lo impidió. El resto de la noche Leonardo no bailó, ni conmigo, ni con Duprina, ni con nadie, y los pocos comentarios que expresó fueron con relación a la comida.

La noche se hizo madrugada y poco a poco las personas fueron desapareciendo de la pista de baile. Beatrice deseaba continuar con la fiesta y estaba tan campante como cuando llegamos, así que tuve que presionarla para que nos retiráramos. Americus nos despidió con la promesa de pasar a saludarnos antes de que partiéramos. El mago y

Duprina desaparecieron detrás de un portón, después de unos fríos *buenas noches*.

Fue una velada memorable, sin duda. Me volví hacia Beatrice y tomándola por el brazo subí las escaleras hasta la habitación. Mariana había subido antes y hacía rato que dormía plácidamente. Su cabeza apenas se asomaba entre los edredones de encajes. Rendidas nos desplomamos a su lado y en pocos minutos nos ganó el sueño.

DE VUELTA A SAN ANDRÉ

A los albores del día nos reunimos con Leonardo en la terraza ubicada en el punto más alto de La Fortaleza. El viento marino golpeaba con fuerza nuestros rostros, pero la vista panorámica del océano por un lado y la montaña de la Osa Blanca del Norte, por el otro, amainaban en gran medida cualquier molestia que el viento produjera. Azucena nos equipó con atuendos de viaje, así que no tuvimos que pasar por el bochorno de tener que usar las ridículas prendas de odalisca. Beatrice y el genio sostenían la alfombra, ya que usaríamos otro medio de transporte provisto por los magos. Mariana abrazaba con fuerza a Bartolomeo.

Americus llegó justo a tiempo para despedirnos. Nos fue abrazando una a una, y cuando llegó mi turno, me aconsejó:

—Camila, ten paciencia con Leonardo. Me reuniré con ustedes tan pronto finiquite los asuntos que tengo pendientes en la comarca. Mantén la calma. Irán a la casa de la hechicera Zarnia, si encontraste el libro negro de Abramelin allí, es probable que también encuentres el nuestro en esa casa. Sería un hallazgo importante.

—Gracias por todo, Americus. Ojalá así sea.

Y dirigiéndose a Leonardo, prosiguió:

—Aquí está el libro negro de Abramelin. Es posible que lo necesiten. Asegúrate de traerlo contigo cuando regreses —y le entregó el tomo en mano. Leonardo lo guardó en una mochila.

Me sorprendió ver que Duprina llegaba a la terraza. Su hipocresía no tenía límites. Su intención era dejar en claro que Leonardo era su prometido y que ninguna tenía chance de tener una aventura romántica con él. Por tal razón, se despidió dándole un beso impropio, que hizo que me ruborizara y se incomodaran los demás. Americus interrumpió:

—¡Ya es hora! Leonardo hará la transportación. Colóquense en el centro de la estrella —dijo señalando un dibujo tallado en el piso, del cual no me percaté hasta ese entonces.

Así lo hicimos. Mis recuerdos de ese momento son confusos: mi cuerpo flotaba como si estuviera en el mar y tuve la sensación de estar chocando con muchas luces. Caí en un sueño profundo, y cuando desperté, nos hallábamos en el porche de la residencia de la hechicera Zarnia. No sé cómo lo hizo, pero quedé sorprendida por las habilidades mágicas de Leonardo. Quise expresarle lo mucho que apreciaba lo que estaba haciendo por mí:

—Tu magia es mucho más poderosa que mi alfombra. Tardamos todo un día en llegar a Eisenbaum, pero tú nos trajiste en menos de un minuto.

Leonardo me miró sin responder, impermeable a mis avances de buena voluntad. Abrió la puerta de la casa y entró a la sala. Lo seguí. Detrás de mí, entraron Mariana y Beatrice. Esta última comentó:

—Oye, ¿Crees que sea buena idea estar en esta casa? La última vez saliste con un anillo hechizado, qué tal si nos encontramos ahora con alguna otra prenda predispuesta por la bruja para dañar.

—Esta vez tenemos a un mago —dije, al tiempo que seguía a Leonardo, quien avanzaba tan rápido que se me hacía imposible mantenerle el paso. Intuí que estaba tan desagradado con mi presencia que buscaba formas de mantenerme a distancia.

El genio y Bartolomeo se quedaron en el porche. Beatrice y Mariana seguían detrás de mí. Por más preguntas que le hacía, no conseguía que me contestara. Al final me cansé de tanta indiferencia. Lo tomé por el brazo y le grité:

—Mira, no es mi culpa que Americus te haya mandado a cuidarme. ¿Qué he hecho para molestarte tanto?

El mago no contestó y prosiguió caminando hasta la entrada del sótano. Allí se detuvo, ocasión que aproveché para hablarle de nuevo:

—¿No les enseñan buenos modales a los magos? porque es muy mala educación no responder cuando alguien te está haciendo una pregunta.

Beatrice y Mariana se detuvieron a unos pasos de mí. La primera me tomó del brazo y me apartó un poco:

—Deja de atosigarlo Camila, lo que vas a conseguir es que se vaya y no te ayude.

—Yo pienso que es tierno —dijo Mariana con un suspiro.

Los pensamientos de Leonardo estaban muy lejos. El mago meditaba sobre las razones que habría tenido Americus para mandarlo a San André. Duprina estaba histérica, no comprendía por qué lo habían enviado como niñera de unas muchachas que a todas luces eran unas malcriadas. Leonardo sabía que Duprina tenía la tendencia a exagerar y un gusto exacerbado por el dramatismo, pero en esa ocasión, concordó con sus apreciaciones.

Esa tarea estaba lejos de las actividades de su rango y aceptó solo porque su padre así lo demandó, pero el trato no incluía que debía ser amable. El problema era que Camila hablaba mucho y se sentía en extremo aturdido. Hasta pensó en usar uno de los conjuros de sus primeros años de estudio para quitarle la voz. Ese hechizo se aprendía en la escuela básica de magia y hechicería, era muy popular entre los muchachos que se entretenían enmudeciéndose mutuamente; incluso hasta los profesores lo usaban para aplacar el bullicio de ciertas clases. Sin embargo, no creyó que Americus lo aprobara, por lo cual se abstuvo.

Como Leonardo seguía en silencio, continué diciéndole:

—Ya fuiste bastante grosero en el castillo, yo quería que mandaran al otro mago, de mirada afable, Dorian. No es mi culpa que Americus te haya seleccionado. Yo hubiera preferido cualquier otro.

—No hay otro, señorita —dijo, al fin— Yo soy el mejor.

Abrió la puerta de una habitación y entró sin esperarnos. Lo seguí con la intención de seguir dialogando:

—Vaya, encima modesto. ¿El mejor en qué?

La expresión de su rostro se hizo severa y con evidente rudeza declaró:

—No pretendo engancharme en una diatriba contigo. Mientras más callada permanezcas, mejor. No me gusta el trato con seres no mágicos. Ustedes son la gente más difícil de comprender en este planeta. Piensan una cosa y dicen otra, lo que dicen no es siempre lo que hacen, y lo que hacen no siempre es lo que sienten. ¿Quién los entiende? Es demasiado extenuante tratarlos y se requiere un discernimiento excepcional para desmenuzar lo que esconden sus cabezas. Y si esas cabezas pertenecen al género femenino, es mucho peor. Y si esa cabeza es la que se sostiene sobre tus hombros, Camila, no hay nada peor que le pueda acontecer a un ser humano. Hablas mucho, muchísimo, demasiado.

—Yo no hablo tanto —protestó Mariana, dándose cuenta de lo injusto del reclamo.

—Yo tampoco —secundó Beatrice, herida en su amor propio.

Entendí que las expresiones caldeadas del mago iban dirigidas a mí, así que agregué:

—¡Como quieras! Ayúdame a buscar el libro y pongamos fin a este consorcio. De aquí en adelante no pronunciaré palabra.

—¡Bien! —gritó él por su parte.

Enseguida comenzamos a buscar el libro en silencio; primero, por las habitaciones, después, por el sótano y por cuanto recoveco se mostrara a nuestros ojos, pero no encontramos nada. Pasamos luego a los cuartos del piso superior, los estudios, la cocina y nada. A punto ya de desesperarme, recordé haber visto en nuestro sótano la imagen del león con las fauces abiertas. El sótano de La Borrascosa estaba repleto de libros y Salomé dijo que Zarnia vivió allí un tiempo, así que había una posibilidad de que *Las Llaves del Reino* estuviera en la mansión. Quise compartir mi idea con el mago, pero en vista de la promesa de silencio que pronuncié minutos antes, no quería ser la primera en romper el voto.

Decidí buscar un medio para comunicar mis pensamientos sin el auxilio de las palabras que tanto mortificaban al mago. Me decanté por la mímica: llamé su atención e intenté dar mi mensaje con ciertos

movimientos de mis manos, pero las caras perplejas de él y mis hermanas confirmaron que no me entendían. Beatrice pensó que tenía un calambre y Mariana que padecía de una indisposición estomacal. Con mayor ahínco, proseguí con contorsiones que en nada se amoldaban a la intención del mensaje.

Al final, el mago, con su habitual gesto de exasperación y subiendo sus manos a su cabeza, me relevó del voto con un gesto displicente y al fin hablé:

—En el sótano de La Borrascosa hay un emblema del león con las fauces abiertas, y creo que allí podemos encontrar el libro —mis palabras me salieron atropelladas, como disparadas a presión de una caldera.

Beatrice y Mariana confirmaron mi declaración. Leonardo, entonces, mencionó que la búsqueda continuaría allá. Bajó las escaleras y nosotras, atrás en comitiva. En el porche se nos unieron el genio y Bartolomeo y nos enrumbarnos a la mansión.

La mirada de Leonardo era más dura que las rocas de Gibraltar y su rostro inexpresivo hacía imposible que adivinara sus pensamientos, y eso era algo que me exasperaba. Sus amargos comentarios me dejaban entrever la poca disposición que tenía con todo este asunto de la maldición. Llegué a pensar que si fuera por él, ya me hubiera lanzado a una caldera del infierno. A veces lo capturaba mirando de reojo el anillo en mi mano, pero enseguida desviaba la vista y seguía caminando, arreándonos como ganado.

—Esperen un momento —dije parándome en seco y dirigiéndome a Leonardo— No podemos llegar a La Borrascosa contigo. No tenemos forma de explicar tu presencia ni podemos darte alojamiento.

El mago se detuvo también y, muy ofendido, replicó:

—No espero quedarme con ustedes de ninguna manera —dijo como si fuera lo peor que podría sucederle. Luego, agregó:

—El libro pueden buscarlo por su cuenta. Está en su casa ¿Qué peligros pueden encontrar allí? Zoroastro no vendrá hasta dentro de dos o tres días. Mientras tanto, me hospedaré en algún hotel del pueblo.

—¿En el pueblo? —pregunté incrédula.

—Sí, estaré cerca, por si acaso necesitan algo.

—Pero puede quedarse en el sótano —dijo Mariana— con Bartolomeo y Filomena.

Una ligera sonrisa se dibujó en mi rostro al imaginarme a un mago tan distinguido como Leonardo, sentado sobre el colchón de felpa rosa de Filomena y Bartolomeo.

—Eso no será necesario —respondió de mal talante— Como dije, estaré en un hotel.

—¿Y si vienen esas sombras a buscarme? ¿Cómo piensas protegerme estando tan lejos?

Armado de paciencia, el mago respondió:

—Ya te dije que los demonios de Zoroastro no vendrán hasta el día cinco y si algo llega a pasar antes, yo lo sabré.

Lo miré con angustia. Centradas como estaban mis esperanzas en él, no dejaría que se marchara. Encontrar el libro sería mucho más rápido con él. Tenía más experiencia en la búsqueda que yo. Esta apenas era mi primera incursión. De alguna manera inexplicable, su presencia me infundía valor. Le rogué:

—¿No puedes quedarte? ¿Cómo puedo estar segura de que si te necesito estarás allí? Por favor, quédate.

Moduló el tono. Quizá la exteriorización de mis angustias resonó en alguna fibra sensible de su ser.

—Tendrás que confiar en mí. —fue todo lo que dijo.

Sus palabras lejos de calmarme, me enfurecieron.

—¿Por qué debería confiar en una persona que me odia? —le grité. Me observó con sorpresa ante el inusual arrebato.

—Digamos que no te queda más remedio, ¿Verdad? Además, no te odio —y continuó caminando, dando por terminada la charla.

Al llegar a La Borrascosa el mago desapareció, tan silenciosamente como si nunca hubiera existido.

—Tengo que acostumbrarme a esta cosa de la magia —pensé para mis adentros y entramos a la casa.

El sótano de La Borrascosa era un cementerio de cosas inservibles cubiertas de naftalina y polvo. No era inusual que algún miembro de la

servidumbre bajara a descargar trastes o se apersonara para organizar cajas y baúles magullados tras largos años de encierro.

Desde el primer día, me percaté de la cantidad de libros que se apilaban allí y me propuse restaurar los que estuvieran dañados. Los colocaba sobre la única mesa del lugar, la que alguna vez presidió las comidas de la familia, los estudiaba con curiosidad, leía el título varias veces como si quisiera grabar en mi memoria las letras para un posterior encuentro, y continuaba hojeando las páginas hasta que la luz del sol se escondía. Mi caja de herramientas consistía en un gastado cepillo de cerdas suaves, dos paños de felpa desteñidos, una bolsa con miriñaques, pega y papeles lustrados. Desde que mis hermanas se dormían hasta muy entrada la noche, me dedicaba a darle vida a los tomos olvidados. Llevaba meses organizando una biblioteca improvisada con los libros que se hallaban en óptimas condiciones.

Cuando llegamos al sótano, sabía exactamente en dónde buscar y me dirigí a la estantería que agrupaba la mayor cantidad de libros. El ejemplar que buscábamos no era uno cualquiera. Muchos hombres mataron por él, fue deseado por magos y hechiceras desde que desapareció del mundo en la época de la inquisición, cuando su tenencia era una sentencia de muerte para el portador.

A pocos pasos de mí, sin que yo la notara, tres seres del mundo mágico hacían su tarea: Cirila, un hada de aspecto gentil, revoloteaba alrededor del libro y quitaba las motas de polvo que cubrían la carátula. Petrarco, un duende gruñón y mal vestido, se afanaba en empujarlo hasta la orilla de la biblioteca para hacerlo más visible y Drefno, un elfo estadounidense de modales exquisitos y andar suntuoso, alejaba a las alimañas que se acercaban. Ninguno medía más de diez centímetros. El libro había elegido a la portadora y el trabajo de los guardianes era hacer posible el encuentro.

Fijé la mirada en un ejemplar forrado en terciopelo rojo con letras doradas que pendía de una estantería. Me atrajo desde el primer momento y presentí la emoción del momento. Mi corazón palpitó con más fuerza. Lo llevé a la mesa y encendí una lámpara de kerosén para examinarlo mejor. Una a una las diminutas partículas de polvo fueron

desnudando el conjunto de letras que yacían ocultas. Ni la mugre ni la erosión del tiempo pudieron desvirtuar la majestad del título: *Las Llaves del Reino*.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —grité de emoción. Enseguida mis hermanas y Batam se acercaron.

La sensación de alivio era comparable a la del condenado a quien se le condona la pena de muerte a último momento. Beatrice y Mariana gritaban y se abrazaban.

—No necesitamos al mago —dije con algarabía.

Corrimos al colchón, yo sentada al medio, coloqué el libro sobre mis piernas con la intención de revisarlo. Pero la alegría nos duró poco, hasta que lo abrimos y notamos que estaba escrito en un idioma desconocido. Después de todo, parecía que sí requeriríamos la ayuda del mago y se hizo evidente que tendría que buscar una excusa para salir de La Borrascosa.

Pero la búsqueda del mago tuvo que esperar por la ocurrencia de un evento muy doloroso. Filomena era un miembro muypreciado en nuestra familia. Tan querida y amada como cualquier otro miembro. Y es que para pertenecer a nuestro entorno no hacía falta mucho, bastaba con un poco de amor mostrado sin fingimientos. Nosotras no discriminábamos a nadie y el objeto de nuestro afecto bien podía ser una persona o un animal. Con estas consideraciones, veíamos cómo nuestra parentela se iba ensanchando como las márgenes de un río hasta abarcar no solo a los integrantes de sangre, sino a todos aquellos que por afinidad así lo quisieran.

Filomena en reciprocidad a nuestros afectos cacareaba los suyos por el sótano. Quiso la adversidad que mientras buscábamos al libro, la puerta entornada del sótano tentara su espíritu aventurero y a riesgo de su propia seguridad saltó la escalerilla hasta desembocar en el amplio corredor que llevaba a la sala. Hasta allí, todo fue bien. Miró un buen rato los objetos amontonados a lo largo de la estancia; uno en especial llamó su atención, la imitación de una obra de Van Gogh, *Primeros Pasos*, que colgaba en la pared; quizás los tonos verdosos de la pintura evocaron la remembranza de tiempos pasados, o tal vez le gustó la composición

cromática de los tonos pasteles. Nunca lo sabremos. Lo cierto es que Filomena, para su fatalidad, después de contemplar largamente la pintura, se enrumbo al piso superior hacia la habitación de Leticia, sin pensar en las trágicas consecuencias de tan temeraria acción. La muchacha se encontraba de frente a su peinadora admirando su imagen, cuando la vio entrar con un collar de canutillo y las pezuñas escarlatas. Debió parecerle una criatura del infierno que venía por ella para cobrarle sus pecados.

Hasta la cocina llegaron los gritos de Leticia y los cacareos de Filomena. Después, solo silencio. Llegamos de primeras a la habitación, detrás de nosotras, Ño Josefina, y mucho más atrás, algunos miembros de la servidumbre. Leticia estaba sobre su cama en shock con la mirada extraviada y aún con el arma perpetradora entre sus manos. Filomena yacía sobre la alfombra con la mirada vítrea y el pico entreabierto. Quedé petrificada en la puerta, pero Mariana no, abriéndose paso entre los cuerpos, caminó resuelta hasta donde estaba el ave desdichada y desatándose el nudo de su bufanda la envolvió con el mismo cuidado como si estuviera dormida en lugar de muerta. Salió de la habitación, y detrás de ella, nosotras. Ño Josefina se quedó reviviendo a Leticia y sacándola de su soponcio, informándole que la gallina se había escapado del corral días atrás, salvando así nuestra responsabilidad en el asunto.

Ya en el sótano, informamos del deceso a la negrita Salomé y a Batam-Al-Bur, quienes rompieron a llorar con mucho sentimiento. La tristeza de Mariana estaba controlada, solo el hilo de una lágrima rodaba de vez en cuando por su mejilla para caer sobre el plumaje del ave que acunaba entre sus brazos. Colocó el bulto sobre la mesa y le alisó las plumas. Buscó su alfombra de felpa y sus pertenencias y las apiló en una caja de madera que pensaba usar como ataúd. Beatrice dijo:

—Camila, ve por el mago. Yo me quedo con Mariana a buscar un lugar en el bosque para enterrar a Filomena.

—No, Beatrice. Quiero estar con ustedes. A lo sumo tardaremos una hora. Después iré por Leonardo.

De salida, Beatrice tomó del jardín de Gertrudis, dos hermosos claveles y nos adentramos apesadumbradas en la tupida arboleda. El cortejo fúnebre lo componíamos Beatrice, Mariana, la negrita Salomé,

Batam-Al-Bur, Bartolomeo y yo. El recorrido estuvo plagado de melancolías. Jamás ave alguna fue más querida y llorada en esta tierra. La salvamos de las verduras y el cilantro, pero no pudimos salvarla de la mano asesina de Leticia. El llanto lento y compungido de Mariana desgarraba el corazón. Dolor impotente nacido ante la incomprensión de la muerte de un inocente que llenó de alegría nuestros días.

Llegamos a una colina en donde una tenue brisa mecía la hierba. A lo lejos, se veían Las Mininas. El rumor de un arroyuelo se escuchaba muy cerca, melodía divina que acompañaría el sueño eterno de nuestra amiguita. La enterraríamos bajo la sombra de un araguaney florecido. El genio cavó, la pala hería la tierra y la desplazaba en tajadas a un costado hasta que quedó una hendidura que recibiría al improvisado ataúd. El cielo compartía nuestra tristeza, encapotado con su vestimenta negra de nubes a punto de soltar las lágrimas de la lluvia.

—¡Agua Bendita! —dijo Mariana— Necesitamos agua bendita o no irá al cielo.

Imaginé a la pobre Filomena cacareando por los terrenos sulfurosos del infierno. Tanto cuidarla para salvarla de los fuegos terrenales para que fuera a perecer ahora en las brasas candentes del infierno. No lo permitiría. Si agua bendita era todo lo que se requería, la conseguiríamos para asegurarle el descanso eterno. Les dije a mis hermanas:

—Son las seis, así que la misa no ha empezado. Ustedes recen un rosario, mientras tanto yo conseguiré el agua. Estaré de vuelta en unos minutos.

Beatrice sacó de su bolso de maquillaje una botellita de perfume que siempre llevaba encima. Se deshizo del líquido y me la dio.

—Toma —dijo— Trae aquí el agua.

Enseguida, el genio se incorporó. Soltó la pala y se sacudió la tierra. Quería prestar su ayuda. Todo lo que había hecho hasta el momento había salido mal, así que se ofreció como voluntario para buscar el agua en el pueblo para reivindicarse ante nuestros ojos.

—Iré yo. Ustedes quédense a rezar.

—¿Estás seguro?—pregunté al tiempo que le entregaba la botellita.

—Sí, yo me desplazaré mucho más rápido. Usaré la magia.

Dije:

—Muy bien, pero ten cuidado con tu magia. Ya sabes que no siempre obtienes los resultados esperados.

Desapareció bajo una niebla verde. Mientras tanto, nosotras posamos la pequeña caja de madera en el hoyo y con nuestras propias manos arrimamos los pequeños montículos de tierra que destajó el genio. Sobre ella, colocamos los claveles y una pequeña cruz que hicimos con dos ramas que arrancamos del araguaney. Arrodiadas, de frente a la humilde cruz, recitamos los rezos con mucho fervor. Sobre nuestras cabezas los oscuros nubarrones se hicieron más densos.

Minutos después, el genio se halló a las puertas de la Iglesia con la botellita atada a su fajón. Los pesados portones estaban entreabiertos. La misa no había comenzado. Asomó tímidamente la cabeza y no vio a nadie. Sonrió. El altar se alzaba al fondo, vestido con telas blancas y un fino encaje dorado en las orillas. A un lado, un inmenso cirio estaba encendido y algunos utensilios dorados adornaban la mesa para la ceremonia. A lo largo, de lado y lado, estaban los banquillos que dentro de poco recibirían a los feligreses. Un fuerte olor a cera quemada impregnaba el recinto por las velas que los creyentes encendían como ofrenda solicitando favores o pagando promesa por los recibidos. Al lado del altar vio lo que estaba buscando: la pila bautismal con su cargamento célico.

De puntillas fue caminando, cuidándose de no hacer ruido, ocultándose entre el breve espacio existente entre columnas. Eran cinco las que había hasta la pila de agua bendita. Sentada en la primera fila de bancos estaba Doña Tula. Siempre era de las primeras en presentarse en la iglesia para asegurarse el mejor puesto. Batam-Al-Bur no la vio ya que la sombra de San Antonio la ocultaba, pero Tula sí lo vio a él y se preguntaba, intrigada, qué rayos estaba haciendo aquel joven tan estrafalario en un lugar tan sagrado como el templo. Ya en la última columna, el genio brincó a la pila bautismal y sacando la botellita, la llenó con fruición, mirando hacia todos lados. Doña Tula se enervó. ¿Cómo era posible semejante desparpajo? ¿Y en la propia capilla? Ya sabía ella que los zagaletos pululaban por el pueblo, pero ¿en la iglesia? ¡Vaya

desatino! y el Padre Tobías ni portaba por los alrededores. Gracias a Dios y a la providencia que ella estaba allí, de cuerpo presente, para resolver ese asunto. Tomó su paraguas y fue acercándose subrepticamente a modo de quedar a espaldas del profanador. Una vez allí, alzó el paraguas y al tiempo que le propinaba el primer golpe, gritó:

—¡Hereje! ¡Ladrón!

Con el trastazo y la sorpresa, el genio soltó la botellita que ya había cerrado y que fue a arremolinarse en las tranquilas aguas del bautismo. Con el segundo golpe, tuvo tiempo de tomarla y guardarla en el bolsillo antes de voltearse a observar a la enérgica mujer. Se encontró a una anciana menudita con el ceño fruncido y los labios apretados, que ya se preparaba para propinar el siguiente golpe. Tuvo tiempo, apenas, de correr segundos antes de que la dama abanicara el tercer impacto. El genio no perdió tiempo, corrió hasta salir del pueblo, mientras los oscuros nubarrones se alejaban y con ellos la promesa de lluvia. Batam-Al-Bur llegó exhausto justo cuando los colores del ocaso coronaban la azulada copa del Monte Glaslo. Me alargó la botellita que tomé con sumo cuidado, vertí una cantidad en el hueco de mi mano y la esparcí por los cuatro costados de la tierra que ahora era un camposanto.

—Aquí yace Filomena, compañera y amiga fiel —dije— Ahora, cloquearás por los ramales del cielo. Allá va, abuelito Genaro —proseguí mirando a las alturas— Ahora te toca a ti cuidarla. Pronto nos veremos —pronuncié las palabras encerrando el deseo de que mis frases fueran ciertas. Ese *pronto nos veremos* me salió del alma, considerando el hecho de que en lugar de los cielos, las circunstancias me estaban enrumbando en la dirección contraria. Si no me salvaba, no volvería a ver ni a mi abuelito ni a Filomena. Luego de la sencilla ceremonia regresamos a La Borrascosa arrastrando los pasos con una imborrable sensación de vacío.

LA PROPUESTA DE ELÍAS FARFÁN

Después del sepelio, lejos de las miradas y los oídos indiscretos de los habitantes de la casa, nos reunimos en el patio trasero. Aunque estábamos tristes, retomamos el asunto del anillo.

—Debemos buscar una excusa creíble que explique mi ausencia mientras voy al pueblo a buscar al mago. Tres días han transcurrido, y solo me quedan dos para revocar la maldición.

—¿Crees que de verdad te ayude?

Me encogí de hombros.

—Él es mi única esperanza. Por mucha antipatía que mi presencia le inspire, estoy segura de que seguirá al pie de la letra las indicaciones de su padre. Americus dijo que el libro me revelaría sus secretos, pero, o yo soy sorda, o el libro está mudo, porque pasan las horas y yo no percibo ni un susurro. Y de los guardianes no tengo la más mínima evidencia de su existencia.

Beatrice dijo:

—Creo que lo mejor es que vayas después de la cena, cuando todos estén dormidos. Así no tendrás que explicarle nada a nadie.

Mariana agregó:

—O puedes mandar a Batam por el mago y entregarle el libro aquí.

Batam levantó los ojos y respondió:

—O puedo ir con el libro a buscar al mago.

Beatrice refutó:

—Ni lo pienses. No te tenemos confianza. Puedes perder el libro y después ¿qué haríamos? No te ofendas pero debes reconocer que no te distingues por ser precavido.

Después de reflexionar, me di cuenta de que la opción de enviar a Batam era la más sensata, así que le dije:

—No perdamos tiempo. Ve por el mago, Batam. Dile que encontramos el libro y que venga pronto. No tendrá problemas en entrar a La Borrascosa si usa su magia. Nos veremos en el sótano.

Batam-Al-Bur asintió y dándose la vuelta se internó en el bosque. Si tomaba el sendero correcto, estaría en el hotel en menos de media hora.

La hora de la cena llegó y los desaforados gritos de Ño Josefina demandaban nuestra presencia. No habíamos comido nada en todo el día. Arribamos al comedor y la mulata y la negrita Salomé cantaban una melodía sureña que tornó mi carne de gallina, como si una extraña premonición alargara su ominosa sombra hasta el presente para enturbiar mis últimos días de felicidad sobre estas tierras. Ellas, ignorantes de la conmoción que produjo su musicalidad en mí, continuaron acomodando los platos sobre la ornamentada mesa al son de los nostálgicos acordes. A mis espaldas, escuché la voz de Mariana repitiendo a modo de súplica:

—¡Que no sea avena! ¡Que no sea avena, por favorcito!

Pero en lugar de avena, había una bandeja de panecillos recién horneados que despedían un agradable aroma que hacía agua la boca, con queso amarillo y lonjas de jamón en cada plato. Y por si esto fuera poco, teníamos una jarra de jugo de naranjas y otra de leche. Nos abalanzamos sin recato sobre las escudillas servidas y devoramos la variedad de exquisiteces. Unas tartaletas de crema y fresas nos fueron servidas como postre.

—Ño Josefina, ¿A qué se debe esta comida tan especial? —preguntó Mariana recelosa con un grueso bigote de leche sobre los labios y masticando aún los restos de la tartaleta.

La mulata la miró indecisa ponderando si revelaba o no lo informado por Gertrudis. Este estado dubitativo duró apenas unos segundos, no le agradaban las injusticias y pensó que lo mejor para nosotras era que

supiéramos cuanto antes la verdad, así estaríamos preparadas para cuando Gertrudis viniera con su estocada. Enseguida dijo:

—Esta noche tendremos la visita del Prefecto Farfán. La Sra. Gertrudis giró instrucciones para que estuvieran bien alimentadas y vestidas a las nueve en punto.

Miré el reloj, iban a ser las siete. Lo último que quería esa noche era recibir visitas, y menos cuando pensaba encontrarme con Leonardo en el sótano.

—¿Pero qué tiene que ver ese señor con nosotras? —pregunté— Es muy extraño que Gertrudis quiera que estemos presentes, considerando que prácticamente nos echa de casa los fines de semana para sus amistades no nos vean.

La mulata sopesó por un momento su respuesta, tenía sospechas de lo que planeaba su señora, pero hasta no tener la confirmación, no quería trastornar nuestra existencia con simples conjeturas.

—No lo sé, la Sra. Gertrudis y Leticia las están esperando en el estudio para darles más detalles.

Me levanté de la mesa sin terminar el postre. Gertrudis tramaba algo. Nunca en los pasados seis meses tuvo un gesto cordial o una palabra cariñosa para nosotras. Todo lo contrario, no paraba de recriminarnos y repetirnos que éramos una carga, una abominación, que los gastos de nuestra manutención eran exorbitantes y que recurrió a préstamos bancarios para compensar el déficit. Lo cierto era que ella, lejos de destacarse por sus habilidades como administradora, sí descollaba por sus habilidades como derrochadora compulsiva, al igual que Leticia, por lo que la salud financiera de la familia se veía seriamente afectada a intervalos regulares, llegando al extremo de no tener con que pagar los salarios del escaso personal doméstico que aún habitaba la casa.

Las reuniones en la sala o en el estudio de La Borrascosa no gozaban de buena fama en nuestro círculo familiar. Cada vez que éramos llamadas por Gertrudis era para reclamar algo, despojarnos de algo u obligarnos a algo.

En el sótano, nos acomodamos y nos vestimos con lo mejor que teníamos.

—¿No podemos quedarnos aquí? —preguntó Mariana., ansiosa.

—No. Debemos ver a Gertrudis, no tenemos opción. Mientras más pronto averigüemos qué quiere, mejor para nosotras.

En silencio nos dirigimos al estudio como corderitos arreados. Tan pronto Gertrudis nos divisó, nos invitó a entrar y a tomar asiento, muy amablemente.

Sin embargo, notamos que la mujer era un dechado de nervios. Agitaba sus manos, sus pasos eran indecisos y su bastón golpeteaba el piso con rudeza. La miramos extrañadas, preguntándonos que era eso tan importante que requería tal esfuerzo de su concentración. Caminó unos pasos más, luego se sentó detrás del escritorio caoba que trajo el abuelo de uno de sus tantos viajes a Europa, y dijo:

—Hay un asunto muy importante que quiero discutir con ustedes. Un asunto tan crucial que cambiará el destino de esta familia —al decir esto caminó hasta la ventana que se encontraba al otro extremo. Se ajustó sus anteojos y prosiguió:

—En la noche de hoy vendrá una eminencia a visitar nuestra humilde morada.

Después, sin esperar reacción de nuestra parte, lo soltó:

—El Prefecto Farfán ha manifestado su intención de pedir la mano de Beatrice en matrimonio.

El impacto de la noticia demoró unos minutos en ser procesado por mi cerebro. En principio, creí que se trataba de una broma, pero Gertrudis no hacía bromas. ¿Matrimonio, había dicho? ¿Pudiera ser que el eco hubiera tergiversado sus palabras y yo fuera víctima de una alucinación auditiva? Pero el rostro severo de la anciana contradecía mi suposición. Permanecía inamovible al lado de la ventana. Al comprobar la seriedad del enunciado estallé:

—¿Qué? —grité— ¿Se ha vuelto loca? Beatrice no tiene por qué casarse con nadie. Y si algún día lo hace, será por amor y no por ajustarse a sus intereses mezquinos. Además, ¿Por qué lo haría? pronto nos iremos de aquí y no tendremos que soportar más sus necedades.

Beatrice, a pesar de su temperamento, se quedó sin habla. Su tez generalmente blanca se tornó escarlata con los rubores de la ira. De todas

las noticias que esperó escuchar, la de su matrimonio era lo último que hubiera podido imaginar. Mariana también estaba estupefacta, con la expresión congelada en el rostro como una estatua de museo. Por mi parte, no iba a tolerar que se dispusiera del destino de mi hermana como si se tratara de una pieza de ajedrez, con Gertrudis a cargo de las jugadas, acomodando a sus peones sobre el tablero de la vida a su mejor conveniencia.

La vieja se escudó tras la actitud demoledora propia de los dictadores cuando un brote de insubordinación surge entre sus filas. Gritó, amenazó y en un arranque de locura hasta alzó el bastón como último recurso de amedrentamiento.

—¡Basta! No toleraré esta clase de comportamiento en mi propia casa. En dos días te irás, pero tus hermanas permanecerán bajo mi cuidado hasta que cumplan la mayoría de edad ya que seguiré siendo su tutora. Y si no aceptas lo que digo, Camila, me encargaré de que cuando te vayas, jamás vuelvas a verlas —gritó la anciana.

Una ira ciega se apoderó de mí. Habíamos soportado toda clase de vejámenes y maltratos, pero este era el colmo de los colmos. arreglar un matrimonio para mi hermana. Si tanto anhelaba el dinero de Farfán, ¿Por qué no se casaba Leticia? ¿O la propia Gertrudis? Así se lo grité a la cara, junto a otra sarta de verdades que había contenido por prudencia en algún rincón de mi mente, esperando nada más el momento oportuno para aflorar y descargar la embestida.

—Yo no toleraré que vendas a mi hermana por tu ambición desmedida. Ellas se irán conmigo, con o sin tu consentimiento.

—Son menores de edad, querida, y tú no eres su tutora. Sin mi permiso no podrás verlas siquiera.

—Jamás permitiré ese matrimonio, ¿Me entiendes? ¡Jamás!

De pronto, Beatrice comenzó a reír histéricamente, tanto que Gertrudis y yo volteamos a verla. Tan animosa era su risa que enseguida contagió a Mariana. Después, al borde del sofoco, pronunció como pudo estas palabras:

—Disculpen, pero es muy chistoso observar cómo se pelean como perros y gatos por un asunto en el que no tienen ni voz ni voto. La única que decidirá si se casa o no soy yo.

En ese instante, la voz de Leticia retumbó en la habitación. Estaba sentada en otra butaca al amparo de la penumbra, razón por la cual no la vimos cuando entramos. Había permanecido oculta como las ratas, y solo ahora se mostraba:

—Tú no tienes derecho a hablarle así a mi abuela, después de todo lo que ha hecho por ti y tus hermanas. Ustedes no son más que unas pobres huérfanas mendigas.

La miré como si fuera la primera vez que la veía. Sus palabras retumbaron en mi cabeza. Lo de huérfanas se lo hubiera perdonado, era un hecho irrefutable que no teníamos padres, lo cual nos hacía huérfanas en el sentido más estricto de la palabra, pero, ¿mendigas? ¡Eso sí que no iba a tolerarlo! Sobre todo cuando nuestro patrimonio era precisamente el que estaba sosteniendo a la familia, el que ellas estaban derrochando. ¡Las mendigas eran ellas!

—¿Y qué ha hecho Gertrudis por nosotros, ah? ¿Zumbarnos en un sótano maloliente en donde ni siquiera las cucarachas se atreven a entrar? ¿Alimentarnos con las sobras de su mesa? ¿Darnos los harapos que tú ya no quieres usar? ¿Es por eso por lo que debo estar agradecida? Nunca, óyelo bien, nunca dejaré que mi hermana se case con ese infeliz. ¡Y mendigas son ustedes!

Estaba alterada y gritaba. Gertrudis se quedó impávida, de seguro ofendida por el soez adjetivo que le endilgué. Una vena de su frente titilaba. En un improvisado ataque de furia, Leticia se abalanzó sobre mí. Me tomó por sorpresa, no esperaba esa reacción. Rodamos por el piso, ella jalaba mis cabellos y en represalia yo jalaba los suyos. Un puñado de ellos quedó en mi mano, los solté y continué adhiriéndome hasta que le arranqué otro puñado más. Ante la impotencia, Leticia concentró sus ataques en mis brazos, que era la única parte del cuerpo que tenía descubierta, y los arañó con destreza felina. De su boca salían los más chabacanos improperios que no lograba terminar porque yo se los entrecortaba a golpes. ¡Qué vigor y resistencia el de Leticia! ¡Qué calidad

de arañazos y golpetazos! Pero yo tenía más vigor, mucho más resistencia y la calidad de mis arañazos superaba con creces los suyos. A punta de vivir con dos hermanas estaba acostumbrada a terminar las discusiones a puñetazos. Y a no ser por la desafortunada intervención de Gertrudis, yo hubiera resultado victoriosa por amplio margen y la derrota de Leticia hubiera sido mucho más aplastante.

Mientras mantenía a Leticia inmovilizada boca abajo, sosteniendo sus manos a la altura del coxis, observé su boca y sus greñas ensangrentadas. Contemplaba el resultado de mi obra, cuando un dolor agudo me atravesó por un costado, como si una daga se me hubiera incrustado en la carne. Alcé la vista y encontré la mirada furiosa de Gertrudis con el bastón empuñado, atizando mis costillas.

Mis hermanas hicieron el intento de auxiliarme, pero enseguida alzó el bastón contra ellas. Me levanté como pude, liberando a la maltrecha Leticia, quien se incorporó llorosa procurando refugio detrás del escritorio y en busca de un espejo para calibrar el daño. De frente a Gertrudis, me interpuse en el trayecto entre el bastón y mis hermanas. Sentí nuevamente el crujido del báculo estrellarse contra mi antebrazo y en un ataque de furia desmesurado continuó golpeándome. Un leve sopor me fue invadiendo mientras escuchaba a lo lejos los gritos de angustia de Beatrice y de Mariana. Después, no escuché nada.

Beatrice intervino:

—Ya para, Gertrudis. Veré al Prefecto Farfán, siempre y cuando traslades a Camila a una habitación. Necesita atención médica.

Gertrudis, mujer hábil y calculadora, estuvo de acuerdo.

—Cómo quiera, Beatrice. Pero prométeme que no le harás ningún desplante al prefecto y que te comportarás como una joven educada y decente.

Nuevamente Beatrice asintió. Y Gertrudis enseguida se comunicó con el médico de cabecera, el Dr. Asdrúbal.

Muy lejos de ahí, en su despacho, Elías Farfán ni siquiera imaginaba lo que ocurría en La Borrascosa. Solo pensaba en la estrategia más idónea para acercarse a Beatrice. Necesitaba una esposa vistosa que lo

representara en las reuniones sociales a las que asistía con frecuencia. Su carrera política estaba despegando y le convenía divulgar la imagen de hombre honesto y responsable. Últimamente habían circulado rumores malsanos de personas opuestas a su mandato, que se dieron a la tarea de indagar las interioridades de sus negocios y descubrieron que algunos eran turbios. Un matrimonio le daría respetabilidad. Beatrice reunía todos los requisitos para cumplir el rol de esposa de un prefecto, era hermosa, de inteligencia moderada y educación aceptable. Había averiguado que las muchachas no eran criadas sino las nietas de Don Genaro y que heredarían una fortuna. Al encarar a Gertrudis, lo confirmó. Le pidió audiencia para hacerle la proposición matrimonial a su pupila y Gertrudis no dio señales de señales de alarma; todo lo contrario, lo trató con cortesía y hasta le extendió una invitación para tomar un trago con ellas esa noche.

Miró el reloj. Era temprano. Tenía tiempo suficiente para comer y pasar por su casa a cambiarse antes del encuentro. A las nueve en punto de la noche, justo al momento en que el Dr. Asdrúbal dejaba la residencia, se halló tocando las puertas de La Borrascosa.

Mariana y la negrita Salomé, luego de que el Dr. Asdrúbal aseguró que Camila se repondría, se plantaron en la ventana para atisbar al pretendiente de Beatrice a su llegada. Muy sorprendidas quedaron al ver que el prefecto era un hombre en sus cincuenta, medio calvo, vestido con una guayabera dominguera y un pantalón de bota ancha que al bajarse del vehículo oficial caminó peligrosamente cerca del huerto. Al entrar a la sala, vio a Beatrice sentada en una butaca. Gertrudis le señaló al prefecto su lugar:

—Tome asiento, señor Farfán.

Este se acomodó en el sofá cerca de la muchacha que hasta el momento no abría la boca. Hojeaba un libro y apenas si levantó la mirada cuando él entró. Farfán confiaba en que Gertrudis la habría puesto al tanto del motivo de su visita para evitarle el bochorno de un rechazo. No captó ninguna señal en su rostro que le indicara un indicio de lo que sería su respuesta. Su cara angelical solo reflejaba una tranquilidad abrumadora y una expresión glacial que hizo temer a Farfán que su propuesta no sería

bien recibida. Gertrudis, ajeno a lo esperado, mencionó que los dejaría solos para que conversaran mientras terminaba de cocinar unos bollos de canela. ¡Cómo si alguna vez hubiera cocinado!

Ya solos, el caballero tomó la palabra:

—Beatrice, confío en que conoces el motivo de mi visita —hizo una pausa.

La muchacha asintió con la cabeza al tiempo que colocaba el libro sobre una mesita y cruzaba los brazos sobre su regazo, dedicándole toda su atención. Farfán daba muestras de un intenso nerviosismo, se sonaba los nudillos, se alisaba el bigote y se secaba las gotas de sudor que brotaban de su frente. Finalmente, reunió el coraje para hablar. Prefirió ir directamente al grano:

—Vengo a hacerte una proposición de matrimonio. Aunque no nos conocemos de trato, tengo la certeza de que esta unión será beneficiosa para ambos. Mi posición financiera es estable. Todo habitante de San André puede dar fe de este hecho. Tengo cuentas en el exterior, así como propiedades y bienes que te proporcionarán la clase de vida y lujos que mereces.

Beatrice escuchaba pensativa, haciendo uno que otro comentario para dar a entender a su interlocutor que estaba interesada. Mariana y la negrita Salomé permanecían escondidas, apilonadas detrás de la puerta del estudio, escuchando la conversación. El Prefecto continuó hablando de los beneficios que disfrutaría si aceptaba ser la futura señora Farfán.

—Por supuesto, de aceptar la propuesta mis abogados prepararían los documentos del arreglo prenupcial, después de todo no tienes bienes que aportar al matrimonio.

Beatrice abanicó sus sensuales pestañas viendo la oportunidad de poner las cosas en claro:

—Creo que ha sido mal informado. ¿Bienes tangibles, dice? No, no los tengo en este momento, pero sí los poseo y en abundancia y estarán en mi poder tan pronto tenga la mayoría de edad. Pero, acaso ¿No es mi belleza un valor intangible? Usted ofrece bienes, pero ciertamente no belleza. Yo la ofrezco, así como los bienes de mi herencia familiar. Yo diría que estaríamos a mano, ¿No cree? Usted no me conoce, por lo tanto

es imposible que esté enamorado de mí. Es el exterior lo que le atrae y este exterior le puede atraer a usted muchos beneficios.

Don Elías permaneció callado. Quizá había subestimado la inteligencia de la muchacha. Muy estúpido se sentía ahora de haber considerado la propuesta del arreglo prenupcial, habida cuenta de que la joven era tan encantadora que su sola presencia sería compensación más que suficiente por el aporte de sus bienes. La muchacha continuó hablando:

—Yo diría que estaría aportando al matrimonio valores y destrezas equivalentes al monto de sus propiedades, por lo tanto no aceptaré jamás una propuesta que implique un arreglo prematrimonial, ¿Me entendió?— prosiguió firme.

—Sí, entendí perfectamente —replicó el Prefecto.

—Piénselo bien —recalcó la muchacha— Olvidaré la conversación que acabamos de tener, y si en un mes aún quiere casarse conmigo, vuelva a hacer su propuesta, respetando mis términos, claro está.

Farfán afinó su bigote. La ciudadina lo puso en su lugar. Quedó demostrado que la muchacha no era ninguna tonta, le enseñó las uñas y él, rasguñado y amonestado, quedó prendado de ella, mucho más convencido de que era la mujer adecuada. Con ella a su lado, sus negocios se expandirían. Esperaría el plazo indicado y volvería en un mes con su propuesta. Insistir en el asunto en ese momento, se hubiera visto como una muestra de desesperación.

—Muy bien. Así será, en un mes hablaremos.

En ese momento, Gertrudis entró trayendo los bollos y los tragos que bebieron apaciblemente. El resto de la noche transcurrió con aburridas conversaciones sobre temas triviales.

Dos horas después se marchó el Prefecto muy complacido con el encuentro. Al retirarse Gertrudis, Mariana y la negrita Salomé salieron apresuradamente para encontrarse con Beatrice a solas.

—Pero qué hombre más horrible, Beatrice —murmuró Mariana con desparpajo— Barrigón y calvo. ¿Acaso Gertrudis no pudo encontrar algo mejor para ti? Me imagino que no estarás pensando seriamente en casarte con él, ¿verdad?

Beatrice permanecía apacible. No es que no se hubiera dado cuenta del poco atractivo físico del prefecto, tenía claro que no era un adonis. Pero sus bienes eran abundantes y eso sí que le llamaba la atención. La expresión enigmática de Beatrice expresó muchas cosas, sin embargo no dijo mucho:

—No sé si habrá o no matrimonio—fue toda su respuesta— Si así está escrito, que sea —señaló dando media vuelta y perdiéndose al fondo del corredor.

ZOROASTRO

Desperté con la extraña sensación de estar siendo observada. Me hallé sola, sobre una cama cubierta con un mosquitero, en una habitación decorada con objetos antiguos. Era una de las alcobas del tercer piso, a la cual la servidumbre no tenía acceso ya que estaba llena de polvo por todos lados. Algunas piezas del mobiliario estaban resguardadas bajo sábanas. Quise moverme, pero el dolor me hizo palidecer. Sentí que un líquido corría por mi espalda y se pegaba a mi ropa, debía ser sangre. Mis brazos mostraban los hilos rojos que Leticia me hizo con las uñas y me ardían como si dos hierros estuvieran fundiéndose con mi piel. Con sumo cuidado, me senté en la orilla de la cama. Esperé a que se me pasara el mareo y al rato, me levanté y caminé tambaleante hasta la puerta. Traté de abrirla, pero estaba cerrada.

De repente, escuché un ruido semejante al aleteo de un ave. No estaba sola. Volteé y recorrí la habitación con la vista. El silencio reinaba otra vez. Las sábanas seguían allí cubriendo los objetos, pero temí que escondieran algo más debajo. Pero afinando un poco la vista, distinguí la figura de un hombre en una esquina. Me observaba y noté que vestía una extraña túnica. No tenía cabellos y la oscuridad me impedía ver sus facciones. Solo vi el esbozo de un rostro indefinido. A

quien sí reconocí fue a Frozenblack, que se hallaba en el quicio de la ventana ronroneando.

Di un paso atrás y me atajó la puerta. Me armé de valor y pregunté:

— ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —el miedo tomó el lugar del dolor.

La aparición salió de su escondite y se deslizó hasta llegar a mí. Su aliento gélido me alcanzó al tiempo que respondía:

—Mi nombre es Zoroastro y me imagino que los magos ya deben haberte puesto al tanto de quién soy. Harías bien en aprenderte mi nombre, ya que pronto estarás en mi reino —trató de tomar mi mano pero, con un rápido movimiento, me aparté.

Corrí para alejarme de él y me oculté detrás de un biombo. Saqué la cabeza para ver si me había seguido. En la distancia, lo miré de nuevo: aquella cara inexpresiva tenía dos agujeros negros por ojos, sus manos eran rugosas y huesudas como las de una calavera andante y sus brazos eran más largos de lo normal. Se acercó otra vez a mí y me observó con la satisfacción de quien revisa un regalo largamente prometido. No sé cuánto tiempo transcurrió. Bien pudo ser una hora o un minuto, y cuando tuve la certeza de que me llevaría, se esfumó.

Un ruido retumbante me sacó de mis cavilaciones, después me di cuenta de que era mi propio corazón. Tenía los puños apretados y entumecidos. Con un suspiro de alivio, aflojé la tensión:

— Debo salir de aquí —pensé— Tengo que ayudar a Beatrice.

Sin embargo, el dolor volvió a mi cuerpo y la sensación de estar cayendo en un oscuro hoyo me embargó. Luego, me desmayé.

Cuando recuperé la visión, me hallaba en una habitación muy elegante. Estaba amaneciendo porque el sol resplandecía a través de las cortinas. No reconocí ninguno de los objetos que me rodeaban. En la pared había dos cuadros de paisajes campestres que invitaban a la relajación y al descanso. La cama era amplia y llena de almohadones blancos y un pesado edredón cubría buena parte de mi cuerpo. El dolor se había ido.

Dos golpes secos me indicaron que alguien estaba tocando la puerta. Cuando se abrió, entró Leonardo. Lo inesperado de su

presencia me sobresaltó. Me saludó con amabilidad y me informó que me encontraba en el Gran Prince. Se sentó a mi lado. Vi sus ojos y mi corazón dio un vuelco. Lo vi apenado y supe que estaba contrariado por lo que me había pasado. Era un enfermero eficiente. Me tomó el pulso y tanteó mi temperatura colocando su mano sobre mi frente. Sus ojos se encontraron con los míos y sentí que su mirada me aturdí como un sol de verano. Mientras me auscultaba, vi la línea definida de su perfil y me sorprendí escudriñando los rasgos de ese rostro perfecto que despertaba mi fascinación. Sentí el ritmo calmo de su respiración, cálida y serena, que como una suave brisa de otoño me insuflaba un extraño sentimiento. Sus manos suaves como el terciopelo acariciaron mis mejillas en un gesto compasivo.

Entonces, pensé: ¿Quién, además de mí, nota ese aire de tristeza y la desolación de sus ojos pensativos? ¿Quién, además de mí, descifra los mensajes confusos de su alma y lee entre líneas el ruego silencioso del amor? Yo sí te leo, Leonardo, yo sí sé, mucho antes que tú mismo los anhelos sagrados de tu corazón, pero, ¡Ay de mí!, pobre desdichada, porque así como te leo, reconozco que no soy la elegida de tus ojos. Y si algo de satisfacción cobija mi alma, es el reconocimiento de que tampoco Duprina ocupa ese espacio sagrado en tus sentimientos. Si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, ¿Mostrarías el mismo trato iracundo que me dispensas? o por el contrario, ¿Me tratarías con la cordialidad y la camaradería afable reservada para unos pocos amigos? Finalmente, hablé para salir del encantamiento:

—Debo volver a La Borrascosa. Mis hermanas están allá — imploré— Además, conseguí el libro. Tengo que ir por él.

Leonardo me retuvo y con un gran acto de voluntad logré el control de mis emociones.

—Tus hermanas están afuera, junto al ama de llaves y el genio. Las haré pasar para que te vean, ya que han estado bastante alteradas por lo que sucedió. Trajeron el libro. Luego hablaremos del incidente.

Ya de salida, se detuvo y volviéndose comentó:

—Mi comportamiento ha sido censurable y espero que me perdones algún día. Lo que ocurrió no debió haber pasado —aprecié en el tono de su voz la sinceridad de sus palabras.

—Está bien, Leonardo. No había manera de que supieras lo que iba a ocurrir —y sonreí. Tuve la convicción de que si fueran precisos mil perdones, mil perdones le daría solo por el placer de volver a escuchar su disculpa.

Las Llaves del Reino era un ejemplar muypreciado en el mundo mágico. Sus guardianes estaban compungidos porque el libro desapareció durante la noche. Atrapados en las profundidades del sótano, no sabían por dónde buscarlo y era imperativo que lo localizaran cuanto antes. Durante siglos protegieron los tomos sagrados de la Cofradía Alejandrina y jamás en todo ese tiempo perdieron uno.

—Debemos salir aquí —dijo Cirila.

Petrarco estuvo de acuerdo:

—Tienes razón. La joven debe haberlo tomado cuando dormíamos. Siempre trabajamos con magos o hechiceras, no entiendo por qué esta vez tenía que ser diferente —dijo encogiéndose de hombros— La muchacha no tiene la más mínima idea de lo que significa ser la portadora y llevárselo así al mundo exterior sin sus guardianes. Muy mala idea ¡Qué muchacha tan insensata!

Drefno la defendió:

—No hables así de la dama. No es correcto. Además, no fue ella quien se lo llevó. Yo vi cuando el hombrecito de modales estafalarios bajó al sótano y lo tomó.

—¿Viste quién se lo llevó y no hiciste nada? —Petrarco arremetió contra él.

—Todo pasó muy rápido. Lo agarró y se metió en una botella. Es un genio. Y no te expreses así, no es correcto. Además, algo grave ocurrió anoche en esta casa porque vino un mago y se llevó a las muchachas.

—¿No es correcto? —repitió remedando el duende— Lo que no es correcto es que se hayan llevado el libro sin nosotros. Somos los guardianes. ¿Cómo sucedió? Ni los trolls, ni las gárgolas, ni siquiera las arpías han sido capaces de arrebatarnos uno —dijo rascándose la barriga.

—Ya te dije que fue el hombrecillo. Fue un evento desafortunado —declamó el elfo— No obstante de fácil solución.

Mientras el duende y el elfo discutían, Cirila avanzó hacia la escalera que daba al corredor. Dado su tamaño, se deslizó por la ranura que había entre la puerta y el piso sin dificultad; y desde allí llamó a sus compañeros. Petrarco y Drefno dejaron de discutir y caminaron hasta el umbral, en donde se hizo evidente que la protuberante barriga del duende sería un obstáculo para su paso hacia el otro lado.

Se acostó boca arriba, mientras Drefno hacía presión sobre su panza y lo empujaba por el reducido espacio, al tiempo que Cirila lo jalaba del brazo. Al tiempo se dieron cuenta de que este método no iba a funcionar. Trataron entonces de pasar a Petrarco de lado, pero la amplia espalda chocaba con la orilla del portón, haciendo infructuosos todos sus intentos.

—¡Suficiente! —gritó el duende gruñón— Estoy cansado de tanto manoseo —dijo levantándose y sacudiendo el polvo de su estrafalaria ropa. Se sentó en el último escalón de la escalerilla, con los codos sobre las rodillas y las manos sosteniéndole la quijada.

—Tengo el presentimiento de que este trabajo va a ser algo complicado. Lo primero que hubiera hecho un mago sería buscar a sus guardianes.

—No seas impertinente, Petrarco —protestó Drefno, ya molesto— Nuestro trabajo no es cuestionar las decisiones del libro, sino proteger su integridad y hemos fallado.

Petrarco asintió, se sentía como un fracasado en aquel momento. Entonces, con nostalgia, exclamó:

—Recuerdas la última misión que tuvimos en Berlín, plaza Bebelplatz, 10 de mayo de 1933, el holocausto de libros más grande de la historia, lo salvamos minutos antes que comenzara la quema.

—¿Cómo olvidarlo? Jamás he visto una hoguera más grande, salvo en la quema de libros de Alejandría. Esta misión no será la excepción. Tendremos éxito —declaró Drefno— Por lo pronto, pensemos en cómo salir de aquí.

—Pensemos lo impensable, compañero de infortunio —declaró Petrarco, ya de mejor humor.

—Cirila, trata de averiguar si el libro continúa en la casa —sugirió Drefno— Nosotros buscaremos una ventana o resquicio para salir. Nos veremos afuera.

—Está bien, amigos. Los espero —y el hada salió volando del lugar.

Después de explorar el área un largo rato, Petrarco encontró una grieta en una pared y por ella se escabulleron. Llevaba al patio. Petrarco se quejó:

—Trabajar con humanos es una penuria. Hagamos un plan para ubicar a la muchacha y recuperar al libro.

—Pero no ahorita, corre —gritó Drefno al momento que señalaba a un gato negro que venía directamente hacia ellos. El elfo corría a gran velocidad, pero la protuberante barriga del duende se sacudía de norte a sur y hacía difícil que se moviera con rapidez. Sería presa fácil del felino. Por fortuna, a último momento logró resguardarse en uno de los sillones del porche y el gato dobló por otro camino hasta perderse de vista. Imposibilitado de pronunciar palabra, Petrarco hizo esfuerzos para recuperar el aliento.

—¿Cómo pudiste dejarme? —repetía Petrarco— ¡Pude haber muerto!

—No seas melodramático. Los duendes no mueren así.

—Tampoco los elfos y eso no te impidió correr —dijo el duende. Cirila apareció en la puerta de la casa.

—¡Vamos, vengan! —susurró— Aún no he revisado las habitaciones de la parte alta, pero en la planta baja no hay nada.

Todos entraron y se dirigieron al piso superior.

—Esta casa es horrible —dijo Petrarco—, y pensar que en estos momentos estaría asoleando mis calzones en Francia.

Los tres siguieron revisando la casa, pero no encontraron nada.

Por otro lado, en el combate eterno entre el bien y el mal, Doña Tula era un acérrimo contrincante. Más aún cuando las señales del advenimiento del próximo apocalipsis estaban surgiendo en San André. Estaba convencidísima de que la hecatombe comenzó con la llegada de las muchachas de Gertrudis al pueblo. Después vino todo lo demás: las calabazas, los camellos, los gatos, los visitantes estrafalarios, los hechiceros: entes del mal en busca de las inocentes almas de los desprevenidos habitantes del valle. A su entender, el Padre Tobías no estaba siendo enérgico en su lucha contra estas calamidades. Hacía tiempo que sus negríssimos ojos notaron el inusual movimiento de turistas en el Gran Prince.

El día anterior, por ejemplo, en horas de la tarde, se registró un joven sin equipaje en el hotel. Tenía rostro de hechicero. Lo había visto esa mañana en la residencia de la Hechicera Zarnia, cuando caminaba por el bosque en busca de hongos comestibles. A las dos, las cuatro y las seis de la tarde, vio al Verdugo merodeando por la zona. Y casi de noche, vio a las hermanas entrar al hotel. ¡Vaya Dios a saber qué estarían tramando! Y así, anegada en sus propias reflexiones calamitosas, se quedó pensativa largo rato sobre el canasto de la ropa sucia.

El ruido de unos pasos presidió la entrada de mis hermanas a la habitación. Alborozadas brincaron sobre la cama y me abrazaron tan fuerte hasta dejarme al borde de la sofocación. Ño Josefina, la negrita Salomé y Batam-Al-Bur venían detrás y me saludaron con tanto afecto como mi delicada situación lo permitía. Después de profesarnos nuestro cariño, hablamos:

—Camila, estábamos tan preocupadas por ti —dijo Beatrice situándose en la cabecera y acariciando mi indomable cabello— Gertrudis no tenía derecho a tratarte como lo hizo. ¿Te sientes bien?

Mariana se sentó a mis pies y respondiendo a la patética pregunta de mi hermana dijo:

—¿Cómo se va a sentir bien si está molida a palos?

Por mi parte, estaba intrigadísima por saber cómo llegué al hotel y lo que había sucedido con el libro, después de todo, era mi única esperanza de salvación.

—No te preocupes por el libro. El genio lo rescató y está en manos de Leonardo —replicó Beatrice.

—¿Cómo llegué hasta aquí? No recuerdo nada.

Beatrice se preparó a responder, consciente de que todas las miradas convergían en ella. Ser el centro de atracción era uno de sus mayores placeres y el que más satisfacción le proveía. Así comenzó su exposición:

—¿Recuerdas que antes de la cena Batam fue a buscar al mago? Bueno, cuando llegó al Gran Prince, encontró un mensaje de Leonardo que decía que se ausentaba por un asunto urgente, pero que regresaría pronto. El genio no sabía qué hacer, pero, al final, lo esperó. Mientras tanto, en La Borrascosa, Gertrudis te golpeó hasta dejarte inconsciente. Acordé que vería al Prefecto Farfán si te daba atención médica. Enseguida, los sirvientes te llevaron a una habitación del tercer piso y Gertrudis llamó al Dr. Asdrúbal para que te atendiera.

Mariana continuó:

—Nos fuimos al sótano a esperar a Leonardo. Mientras, Ño Josefina y la negrita Salomé intentaban llegar hasta ti. Casi a la medianoche aparecieron el mago y el genio, y les explicamos lo ocurrido. Leonardo estaba preocupado y se las arregló para subir al tercer piso y rescatarte. Te llevó al Gran Prince; luego, volvió por nosotras, no sin antes darle instrucciones al genio de que llevara el libro consigo. Camila, Leonardo es tu Romeo, tu héroe —concluyó Mariana.

Busqué a Leonardo con la vista y lo hallé atisbando por la ventana, alejado para no interrumpir la reunión familiar. Aliviada comprobé que no escuchó las palabras de mi hermana con las insinuaciones románticas que nos estaba endilgando. Me hubiera dado vergüenza que supiera que mis hermanas nos estaban emparejando.

Un poco más relajada hice memoria de las últimas impresiones vividas en el cuarto abandonado. Les conté:

—En esa habitación había un hombre. Vestía una túnica negra y tenía la mirada más siniestra que hubiera visto jamás. Era alto, su cabeza no tenía cabello y su tez era tan blanca como la faz de la luna, y con los mismos cráteres. Sus manos eran como las garras de un halcón. Se deslizaba más que caminaba y se llamó a sí mismo Zoroastro. Frozenblack también estaba en la habitación. Ese estúpido gato siempre está pisándome los talones. ¡Con qué gusto lo tomaría por el cuello para estrangularlo!

Leonardo se alejó de su sitio en la ventana, intrigado por lo que acababa de escuchar. Para mis adentros pensé que si había escuchado esto último, tal vez había escuchado lo otro. El rubor de la vergüenza se mecía en mis mejillas.

—¿Estás segura? —preguntó con tono de preocupación— ¿Dijo que su hombre era Zoroastro?

—Así es —asentí con un leve movimiento de cabeza. Todos contemplaban a Leonardo. Estaba intranquilo y era evidente que sabía algo que no quería compartir con nosotros.

Luego, agregó:

—Contactaré a mi padre. Zoroastro nunca realiza el trabajo de sus demonios. Él no hubiera aparecido en esa habitación si no fuera algo verdaderamente importante. Además, es muy inusual que lo hayas visto cuando aún los cinco días de plazo no han pasado. Eso significa que el portal al inframundo se está debilitando y ya no lo contiene como debería. Ahora es libre de vagar por el mundo y sus demonios pronto lo harán. Me ausentaré unos minutos, estaré de vuelta pronto —vacilante, dio unos pasos hacia la puerta y salió de la habitación. Todos nos quedamos sin habla.

—Esto sí que es extraño —fue el comentario de Beatrice.

El que Zoroastro me hubiera distinguido con el honor de su presencia no era algo que me tranquilizara. Todo lo contrario, hacía más engorrosa la incertidumbre de los días venideros. Ño Josefina y la negrita Salomé me consentían peinándome el cabello y Mariana aprovechó el momento para hablar de una preocupación que le estaba mortificando el alma.

—Debes hablar con Beatrice, Camila —dijo— Está pensando seriamente en casarse con ese Prefecto Farfán.

La aludida esquivó mis ojos.

—¿Qué? —musité— No hablas en serio. No lo conoces. No te apresures a tomar decisiones de las que puedas arrepentirte más tarde. Entonces ¿Mi pelea fue en vano? Me lo hubieras dicho con anticipación para ahorrarme el espectáculo de pelear con Leticia. ¡No puedo creer que estés considerando esa proposición!

Beatrice no se dio por aludida, dio unos pasos lentos hacia la ventana para después responder distraídamente:

—No he dicho que lo haré, tampoco que no lo haré —dijo agitando las cortinas— Solo lo estoy pensando. Es un hombre muy rico.

No creía las insensateces que salían de su boca.

—No lo hagas por dinero, Beatrice. Dentro de poco nos iremos a la ciudad y como sea las llevaré conmigo, así tenga que raptarlas.

Exasperada por mis reclamos, se volteó y me confrontó:

—¿Y si mueres, Camila? ¿Qué pasará si mueres? —Beatrice sacudió sus manos con impotencia. Sabía que no comprenderíamos las razones que guiaban sus decisiones. Luego agregó:

—Eres una soñadora, Camila. Crees en el amor y el romanticismo. Esas cosas no van conmigo. Quiero una existencia plena. La vida es una transacción y lo que me propone el Prefecto Farfán es tan beneficioso para él como para mí. Incluso a ustedes les convendría esta unión. Me ofrece una estabilidad económica nada envidiable y un estatus social elevado; no veo por qué no deba aceptarlo si es todo lo que siempre he deseado.

Ño Josefina y la negrita Salomé se quedaron impávidas escuchándola, sin atreverse a emitir juicio a favor o en contra de alguna de las partes.

—¿Y dónde queda el amor? —preguntó Mariana.

Beatrice respiró profundo, se sabía escudriñada. Le hubiera gustado contar con nuestra comprensión, después de todo éramos su única familia, y solo por eso consideró compartir los conceptos que sustentaban su postura, a sabiendas, de antemano, que los

consideraríamos inaceptables debido a la naturaleza de nuestros caracteres. Pero mientras más hablaba, más frívola parecía:

—La gente le da demasiada importancia al amor —declamó— Un viejo dicho dice *amor con hambre, no dura* y estoy plenamente en acuerdo con esta declaración. Viajes, vestidos, joyas son muy buenos sustitutos del amor. Algunas personas no nacemos sino para el dinero y no veo razón en que seamos mal juzgadas porque tengamos claras cuáles son nuestras prioridades. Desde muy temprana edad, supe que jamás sería feliz si no era rica. El amor es un estorbo si te priva del disfrute de los placeres. Estoy totalmente convencida de que Dios no quiere que nos sacrifiquemos por un afecto.

Tantas blasfemias dichas por una sola boca, me irritaron. Mariana y yo la miramos con lástima y Beatrice se convenció al fin de que, dijera lo que dijera, jamás la entenderíamos.

—Dejen de sentirse mal por mí. Yo sería muy infeliz si viviera en la pobreza por culpa de un amor. Además, yo ya estoy enamorada y mi único amor es el dinero.

La puerta se abrió interrumpiendo la conversación y para mi sorpresa apareció Americus, vistiendo unos desteñidos jeans, una camisa a rayas y un sombrero de ala gris oscuro; simulaba ser un vaquero suburbano. Ante lo inquisitivo de mi mirada, exclamó con toda la jocosidad que era posible:

—No me mires así. Los magos siempre nos adaptamos a los tiempos y a la moda.

No tuve el valor de decirle que su vestimenta estaría de moda, tal vez, en algún lejano pueblo del viejo oeste, pero que en San André, estaba tan fuera de lugar como si se hubiera vestido con su tradicional túnica. Me abrazó efusivamente y todos mis huesos tronaron. Detrás venía Leonardo y, para mi disgusto, también Duprina, quien me miró con su hipócrita sonrisa y hasta me babeó con un beso en la mejilla, que limpié con disimulo con la orilla de la sábana.

—Muchacha —agregó Americus en tono cariñoso, viendo mis brazos amoratados—pero ¿Dónde te has metido? Mi muchacho como que no te ha estado cuidando bien.

Leonardo me lanzó una mirada de reproche, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Los rubores se me subieron al rostro. Lo que hubiera dado por evitarle la paternal reprimenda.

A lo lejos se escuchaba un coro de voces exaltadas. A medida que transcurría el tiempo se escuchaban más y más cerca, hasta que se tornó en un barullo ensordecedor que procedía de la calle y se detuvo a las puertas del hotel.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté con recelo.

Leonardo se acercó a la ventana y deslizado la cortinaladeó un poco la cabeza para una mejor observación. Una multitud se agolpaba a las puertas. En la punta de la congregación una anciana con los puños alzados y la expresión extraviada de los locos, abanicaba las largas mangas de su blusa como un zamuro a punto de despegar. Más personas llegaban convocadas por los gritos histéricos de Doña Tula, quien gritaba con su fanatismo exacerbado:

—Herejes, salgan de este pueblo, brujas. Vuelvan a las cuevas del Infierno.

Mientras así gritaba su rostro iba adquiriendo la expresión azulada de aquellos a quienes les falta el aire; para una persona de tan avanzada edad gritar de esa manera requería un gran esfuerzo. Cualquiera que hubiera presenciado la escena hubiera pensado que la citada bruja era ella.

—Herejes, váyanse —decía alargando las sílabas y el grupo de campesinos, que constituía su público, vitoreaba con efusividad sus sardónicas declamaciones.

El Padre Tobías no tardó en apersonarse aupado por las beatas que corrieron hasta la sacristía a comunicarle la audaz acción de Tula. Interrumpido de los placeres de su almuerzo, el clérigo se enrumbo sin demora hacia la calle principal, manteniendo aún en su paladar el delicado dulzor de una tajada de plátano a medio masticar. Consideraba que Tula se estaba tomando atribuciones que no le correspondían, ya habría tiempo para tomar las medidas pertinentes. En los asuntos de la iglesia, no había lugar para la esquizofrenia. Así que en un intento por recobrar el papel que le otorgó Dios como pastor

de las almas perdidas, ocupó su lugar al frente de la multitud, empujando a Tula con el codo hacia atrás, para quitarle protagonismo y concederle a la manifestación un carácter religioso. Sin embargo, mal podía contar el cura con la sumisión de Tula, quien arremetió contra él en una tenaz batalla de codos y palabras, para situarse otra vez en primer plano, con la subsiguiente réplica de codos y palabras por parte del Padre Tobías.

Entonces, arribó al lugar el Prefecto Farfán, a quién desagradaban enormemente este tipo de situaciones, cuanto más porque en esta se hallaba involucrada su futura prometida, acusada de graves cargos por prácticas de magia y hechicería. Ciertamente que no eran los mejores atributos que buscaba en una esposa, pero tampoco era de los que se dejara amilanar por adversas circunstancias. Por lo pronto, tenía que detener a Doña Tula, ya habría tiempo para arreglar la reputación de la muchacha. Pero fue inútil que Farfán se esforzara en separar a Tula del Padre Tobías, todo lo que consiguió fue una ración de golpes en la panza.

Leonardo los observaba, entre cauteloso y divertido, confirmando una vez más que la locura del género humano se manifiesta en las más variadas situaciones. La voz de Duprina lo sacó de abstracción:

—Tal parece que tenemos un motín en puerta. Nos están acusando de herejía y hechicería —después corrigió— Bueno, no a nosotros, a ustedes —dijo señalándonos, a mí y a mis hermanas.

Lo que nos faltaba: una manifestación en contra nuestra.

—¿Por qué? ¿Qué tenemos nosotras que ver con eso?—pregunté.

En esta oportunidad fue Ño Josefina quien contestó:

—Han pasado muchas cosas en el pueblo: la reconstrucción de la casa de la bruja, las calabazas que crecieron en los jardines, el camello corriendo por la calle principal, la aparición del Verdugo. Doña Tula las culpa a ustedes de todas estas calamidades, y los moradores, por supuesto, le creen.

Todos estaban apilados alrededor de la cama, a excepción de Leonardo y Duprina que estaban en la ventana.

Me defendí:

—Pero no tenemos nada que ver con esas acciones. Somos inocentes.

Ño Josefina trató de confortarme:

—Lo sé, mi niña. Pero la gente del pueblo es muy supersticiosa y cree todo lo que le dicen. Doña Tula tiene tiempo regando chismes sin fundamento y es conocida por su lengua viperina. No le prestes atención, tu único trabajo es mejorarte.

Y haciendo una pausa, agregó:

—Regresaré a la mansión para mantenerme al tanto de las acciones de Gertrudis. Estará asustada cuando no las encuentre. Tiene mucho que explicarles a los abogados —y diciendo esto, tomó a la negrita Salomé por un brazo y se la llevó en contra de su voluntad.

Por otro lado, Duprina no hacía más que observarme. Era tan insistente su mirada que el asunto me molestaba. Como mujer, sabía lo que pretendía: identificar mis rasgos menos favorecedores para comentarlos luego con su novio, con el único fin de desmerecerme ante sus ojos. La encaré sin disimulo:

—¿Por qué me miras tanto?

La aludida pretendió no entender mi pregunta y excusándose salió de la habitación para buscar un refrigerio. Cuando se marchó, Leonardo se acercó para indagar cómo me sentía. Hacía su mejor esfuerzo para tratarme con amabilidad; no supe si era porque su padre estaba presente o porque pretendía dispensarme la lástima de los moribundos.

—Este pueblo nos odia —dijo Beatrice— No podemos quedarnos. Podrían lincharnos.

Americus se levantó de la silla, caminó hacia la ventana y observó a la multitud. Recordó los días fogosos de su juventud, los de la magia y los del primer amor, Bela, su Bela. Hacía años que no veía multitudes como esa, las recordaba muy bien, inclementes, feroces. El fanatismo ciega a las personas y las hace propensas a cometer actos irracionales. Fue debido a una persecución implacable que llegó a existir Eisenbaum: un lugar donde todos los integrantes del mundo mágico profesaran sus cultos sin restricción.

Americus observó el caldeo de los ánimos de los oriundos, y dijo:

—Salgamos cuanto antes de aquí. Pienso que un buen lugar para escondernos es la casa de la hechicera Zarnia.

Y al hablar así pensé que estaba bromeando, ¿Cómo íbamos a parar precisamente a la infame casa causante de mi infortunio?

—No sé si es buena idea, es el primer lugar en dónde me buscarán. Ellos creen que soy una bruja. Además, Doña Tula suele recoger hongos por los alrededores de la mansión. De seguro, nos descubrirá.

Americus replicó:

—No lo creo. Son temerosos de los poderes de la hechicera. Usemos ese hecho a nuestro favor. Aunque sepan que estás en la casa, no irán. Además, Zoroastro te hallará estés donde estés, ya sea en Eisenbaum, San André, o en alguna otra parte. Donde esté el anillo, allí te buscará él.

Al final de la exhortación, asentí sin estar muy convencida. Un demonio del inframundo me pisaba los talones, una turba incontrolada pedía a gritos mi cabeza, un mal mentado Verdugo también seguía mis pasos. ¿Es que no había nadie en este pueblo que no quisiera matarme?

El genio se refugió en su botella. Duprina llegó y se adhirió a Leonardo. Los demás nos agrupamos en el centro de la habitación y fue Americus, esta vez, quien hizo los honores de la transportación. Al minuto siguiente, estábamos todos frente a la casa de la temible bruja.

La residencia estaba en silencio, pero sentí la siniestralidad que me pasó inadvertida el primer día. Se erguía aún más infausta y diabólica que como la recordaba. Beatrice y Mariana se sentaron en el porche a jugar con Bartolomeo y Americus entró a la casa en busca de una habitación confortable que me alojara. Leonardo y Duprina aguardaban para conducirme al interior. A los gritos de Americus señalando que había ubicado lo que buscaba, me enfilé hacia las escaleras. Noté que los muebles seguían pulidos e intactos, así como el resto de los objetos. Una inesperada visión premonitoria me desnudó la verdad de la continuidad de la vida después de mí, y este hecho me llenó de una profunda tristeza.

La vida continuaría sin mí. Me negaba a la idea de que todo seguiría igual aunque yo no existiera. En cuestión de horas, mis hermanas y amigos hablarían de mí en tiempo pasado. ¡Qué perspectiva más triste! Al principio estarían muy alteradas, no me cabe la menor duda; pero al correr del tiempo, repetirían mi nombre cada vez con menos frecuencia, los definidos rasgos de mi rostro se evocarían con la difusa ayuda de la memoria, y así desdibujado en el olvido, se perdería para siempre mi recuerdo. ¿Cómo sería recordada? No lo sabía aún, y lo peor es que ya no había tiempo para averiguarlo. El último amanecer se acercaba y sentí que me abandonaban las fuerzas. Un nudo inmenso se formó en mi garganta. Me juzgué sentimental y ridícula, triste e insignificante.

Cuando empecé a subir los escalones, mi pisada vaciló, y por un momento pensé que caería, y así hubiera sido si la mano poderosa de Leonardo no me hubiera sostenido. De reojo vi la mirada furiosa de Duprina, quien interpretó mi desvanecimiento como un artificio femenino para adueñarme de las atenciones de su novio. Confieso que no pude evitar al geniecillo travieso que susurraba en mi oído que aprovechara la ocasión para mortificar a la joven que tan antipática me resultaba. Así que alcé mis brazos y los coloqué alrededor del cuello del mago. Mi gesto lo tomó por sorpresa, pero no dijo nada. En otra circunstancia no me hubiera atrevido a llevar a cabo semejante ardid, pero a las puertas de la muerte nada me importaba. Me volví osada. Por un instante los ojos de Leonardo se encontraron con los míos, y sin decir palabra, me ayudó a subir el resto del trayecto, con su brazo arremolinado en mi cintura. Era agradable ser abrazada por Leonardo, aunque su abrazo no obedecía a ningún interés romántico por parte suya. Retrasé el recorrido tanto como pude. Me agradaba su cercanía: su musculatura fuerte, su aura de personaje etéreo y sus ojos azules que desde el primer momento fueron mi perdición y estaba segura de que Duprina notaba la influencia que el mago tenía sobre mí. Al llegar al final de la escalera, me soltó gentilmente y por un instante, hubo un silencio embarazoso entre nosotros, el cual fue roto por la insistente Duprina dirigiéndose a Leonardo:

—Bueno, ya que Camila se ve mucho mejor, creo que podemos ir a dar una vuelta por el pueblo, siempre me han fascinado las aldeas pequeñas.

Subió hasta el tope de la escalera y se colgó del brazo de Leonardo como una pitón constrictora.

Pero el geniecillo seguía mandándome mensajes impertinentes y no quise darle la satisfacción de separarme del mago, así que proseguí con mi convincente acto de la Dama de Las Camelias y murmuré en tono quejumbroso:

—No me siento bien del todo —dije con cara de desvalida y aferrándome al otro brazo libre del mago, me apretujé contra él del mismo modo que lo hacía su novia.

Luego de una pausa, agregué:

—Necesito a Leonardo conmigo. Sus dotes mágicas son excepcionales y sus manos sanadoras son un prodigio. No pasaré ni un momento sin sus milagrosos cuidados. Además, Americus me puso en sus manos y creo que Leonardo no desea desobedecerlo.

Duprina tampoco se daba por vencida ante mis avances insolentes.

—Solo sería un momento —dijo ya subiendo el tono de su molestia y jalando a Leonardo hacia sí— Estoy segura de que no te importará. Ha estado prendido a tus faldas desde hace días. Es un mago, no tu niñera. ¿No crees que has sido muy egoísta de tu parte? Leonardo necesita descansar. Además, a él no le agrada este tipo de asignaciones.

—¿En serio? Él tiene boca y si le desagradara tanto ¿no crees que me lo diría? Creo que está celosa de las atenciones que Leonardo me ha dispensado hasta el momento.

—¿Celosa, yo? ¿De ti? ¿Acaso no te has visto en un espejo? No hay forma alguna de que yo te considere una rival peligrosa. Eres un bicho insignificante y Leonardo está acostumbrado a tratar mujeres con más clase.

El mago estaba en el medio con expresión confundida, jaloneado por dos mujeres que se disputaban su atención. Estaba segura de que nunca se vio en semejante situación.

—En primer lugar, no me siento bien y no quiero prescindir de Leonardo. En segundo lugar, si lo que el mago necesita es descanso, no debería caminar por las calles de San André, que dicho sea de paso no tienen nada de interesante —dije haciendo más presión al brazo del muchacho— Allí solo hay casas viejas, una plaza, cuatro calles, una prefectura y una iglesia. Es igual a cualquier otro pueblo. Y encima está lleno de campesinos descorteses como los que acabamos de ver en el hotel.

Y diciendo esto, se me ocurrió una idea que haría que Duprina explotara de rabia: alcé mi mano hacia el mentón de Leonardo y le acaricié la mejilla con la misma dulzura con que Mariana acariciaba el lomo de Bartolomeo:

—Yo no lo veo pálido, diría que tiene buen color —por supuesto, en ese instante al mago se le colorearon las mejillas de rojo.

Allí Duprina dejó escapar su ira. Regurgitó toda clase de improperios, gritados con toda la pompa de sus rutilantes celos:

—Tú, pérfida ingrata, no tienes idea de lo que mi novio necesita. Suéltalo, no tienes derecho a acariciarle el rostro. Ese privilegio es solo mío.

Y en eso tenía mucha razón. Ajena estaba yo a las necesidades de Leonardo, pero no iba a permitir que una bruja se saliera con la suya. Los gritos histéricos de Duprina atrajeron a mis hermanas que de inmediato subieron la escalera. Americus salió, presuroso, de una de las habitaciones:

—¡Basta! —gritó el anciano— ¿Qué son todos esos gritos? No es momento de discusiones, Duprina.

—No soy yo, Americus. Camila comenzó todo. Yo solo quiero dar una vuelta con Leonardo por el pueblo, pero ella solo quiere que mi novio se quede sirviéndola como un enfermero. ¡No es justo!

Yo puse mi mejor cara de enferma desvalida y refuté:
—¡Eso no es verdad! Me siento débil y solo quería que Leonardo me hiciera compañía.

Allí, Duprina perdió los estribos:

—Tú, serpiente mentirosa, te quemarás algún día en el infierno. ¡Imbécil! ¿Crees que te puedes salir con la tuya?

Americus se enfureció y dirigiéndose también a ella, dijo:

—¡Ya basta! Tu presencia aquí no es requerida. Te ruego que te retires.

La mujer estaba enmudecida por la furia y después de unos segundos hizo un intento por responder:

—Pero es que... —iba a refutar cuando la mirada de Leonardo la calló en seco. La poca inteligencia que moraba en su cerebro le envió el mensaje de que la mejor acción que podía acometer en ese momento era marcharse, así que recapacitó y dijo:

—Está bien. Me marcharé. Después de todo en un día recuperaré a mi novio —y dirigiéndose a mi prosiguió— Pronto serás una de las esclavas de Zoroastro.

—¡Duprina! —gritó el mago— Debes disculparte por tus palabras.

—No lo haré. Ella comenzó todo. Te veré en Eisenbaum en dos días —le dijo a Leonardo, y al despedirse, lo besó en los labios antes de desaparecer.

Sin embargo, las palabras de Duprina me dejaron una terrible inquietud:

—¿Y si no encuentro el conjuro? ¿Escaparé de las manos de Zoroastro?

Americus caminó hasta a mí y me tomó por el brazo. Por la expresión de mi rostro supo que estaba mortificada:

—No voy a engañarte, Camila. Zoroastro tiene la potestad de matarte o mantenerte como esclava. Estarás viva en un mundo oscuro a su servicio. Si tienes un alma pura, y eso es lo que más le atrae, hará todo lo posible por corromperla y usará toda clase de trucos para lograr su cometido. Pero no tiene por qué ser así. Tienes que luchar.

—¿Y será eso suficiente?

Un leve escalofrío recorrió mi cuerpo y toda la euforia que momentos antes me sostenía me abandonó por completo.

—Dependerá de ti. Todo es cuestión de elección, ¿sabes? Incluso con tu fatídico destino, aún puedes decir que no.

—¿Y será eso suficiente? —repetí— No creo que me salve con solo decir que no. Tengo encima un conjuro ancestral, un anillo maldito y un demonio que es real. ¡Lo vi con mis propios ojos!

Americus hizo otro intento por hacerme entender que todas las cosas en nuestra vida son producto de nuestras decisiones; pero en ese momento, poco atendía yo a los consejos no solicitados de mis amigos.

—La vida puede ser una comedia, o una tragedia. La única que lo decide eres tú. Todo lo que ves no es más que los elementos de un gran escenario. Un mago aprende a jugar con esos elementos y se hace su maestro en lugar de su esclavo. Debes ver más allá. Estás siguiendo los dictámenes de tu propio guion. Escucha esto y medita sobre ello: ¿Quién escribe el guion?

Tuve que concluir que los magos eran personas muy extrañas y tenían una forma muy bizarra de expresarse. Después concluyó:

—El poder que tiene Zoroastro sobre ti, tú misma se lo estás dando —concluyó, guiándome a la habitación en donde pasaría la noche. No era una habitación grande, pero estaba bien acomodada. Me senté al borde de la cama, con Beatrice y Mariana a mi lado, quienes no disimulaban el temor que sentían. Una extraña melancolía me inundó. Se acercaba el momento tan temido y no sabía si saldría victoriosa del percance. Leonardo y Americus permanecieron de pie. Este último caminó hasta la ventana y de un rápido movimiento, la abrió:

—Camila, aquí hay tres personitas que quiero que conozcas. Son los guardianes del libro.

Tres figuras entraron y se posaron sobre la tapa de *Las Llaves del Reino*, que se hallaba sobre una mesa de noche, colocado allí minutos antes por el anciano.

—¿Guardianes? —repetí aturdida.

—Sí —contestó Americus— Como te comenté en Eisenbaum, todo libro tiene a sus guardianes. Los importantes tienen más de uno; este tiene tres, así que podrás darte una idea de su importancia.

—¿Y el libro de las sombras también tiene guardianes?

—Sí, también los tiene. Pero son muy hábiles y no los puedes ver. Solo se muestran cuando tienen algún motivo diabólico que ejecutar y nunca en presencia de magos o mortales.

El hada vino a posarse sobre mi mano abierta. Se presentó como Cirila. Un duende barrigón, que trataba de peinarse los risos de su encrespado cabello con las manos, se ubicó al lado de Cirila y se presentó como Petrarco. Finalmente, Drefno, un elfo con porte de rey me hizo una reverencia.

—Ellos te ayudarán, junto con Leonardo, a descifrar los pasajes secretos del libro a ver si consigues el contra conjuro que tanto buscas.

Los duendecillos, luego de presentarse, corrieron a ubicarse sobre la tapa dura del tomo. Me puse de pie y caminé hasta ellos. Tomé el libro. Conocía la trascendencia del momento. Con el ejemplar en las manos me dirigí a Leonardo y se lo entregué.

—Parece que ahora mi destino está en tus manos —le dije con todo el clamor de mi sinceridad— Agradeceré toda la ayuda posible. Yo ya intenté descifrarlo y no pude. Ahora es tu turno.

Me miró con melancolía y se me arrugó el corazón. En sus ojos había algo que no había visto antes. Era como si de verdad me estuviera mirando por primera vez sin rencor, sin sarcasmo, me veía con el alma, como sabiendo que su respuesta no iba a ser entendida.

—En eso te equivocas —contestó— Tienes un poder que no has desarrollado. Tu destino siempre ha estado en tus manos, pero haré todo lo posible por ayudarte, si eso es lo que quieres.

Los tres guardianes asintieron e inmediatamente se enrumbaron hacia la habitación contigua para hurgar página por página. Era la última noche que teníamos para arrancarle al libro sus secretos y nadie dormiría hasta lograrlo.

LA NOCHE MÁS OSCURA

En la penumbra de una habitación contigua a la mía, Petrarco, Drefno y Cirila escudriñaban el libro. Habían estado toda la noche leyendo y releiendo cada una de las páginas, turnándose con Leonardo la agotadora tarea. Sin embargo, los primeros rayos del sol llegaron y aún no habían conseguido nada.

—En este libro está la clave ¿Por qué no la podemos ver? —dijo Cirila con aire melancólico, quien sentada sobre la cama no había podido pegar un ojo en toda la noche.

—¿Será que estamos perdiendo facultades? —rezongó Petrarco, sentado en una silla, cerca de la ventana— Se me parte el corazón cada vez que pienso que no podemos ayudarla.

Leonardo, sentado en el piso, con las manos en la cabeza en señal de desesperación, los escuchaba en silencio y en un arranque de impotencia dio un puñetazo a la mesa:

—Todo esto es en vano. El libro solo revelará sus misterios a Camila, pero ella no tiene la suficiente confianza en sí misma para escudriñarlos y eso será su perdición.

Los duendes asintieron.

—Sigamos trabajando. No nos rindamos —declaró Drefno, retomando la tarea.

En otra habitación, yo daba vueltas en mi cama, sin poder dormir. Me entretenía mirando el papel tapiz de florecitas que cubría la pared. Pensé que si contaba ovejas, a lo mejor, atraería el sueño. Conté una, conté dos, pero las florecitas me distraían, conté tres, conté cuatro y todo lo que obtuve fue una mezcolanza de florecitas con ovejas en mi cabeza. Dejé de contar, me incorporé y me senté al borde de la cama. Mantuve los ojos abiertos.

El amanecer me sorprendió caminando por la habitación. La casa estaba en silencio, todos se habían trasnochado con el libro, por lo que supuse que estaban dormidos. Bajé las escaleras paso a paso, como si tuviera todo el tiempo del mundo y de pronto me encontré en la sala. Sentí la necesidad de escapar. Abrí la puerta y me dirigí al porche. Aquel era mi último amanecer y quise tener una buena vista del sol saliendo por las montañas. Llegué justo cuando las bandas doradas se asoman tímidamente tras la cumbre azulada del Monte Glaslo.

Los rayos infundían vida a la arboleda cercada de cedros y acacias. Una bandada de avecillas bicolores surcaba el cielo. Me concentré en una hormiga parduzca que caminaba por encima de un tronco hueco, a muy pocos centímetros de mí. Afanada, para no perder el equilibrio, transportaba sobre su lomo una diminuta hoja que se veía como si vistiera un grueso penacho por sombrero. ¡Qué significación revisten los pequeños detalles, cuando se nos acaba el tiempo! Instante precioso en que el presente es todo lo que se tiene.

Abstraída por la atemporalidad del momento, no escuché llegar a Leonardo. Por primera vez lo vi acercarse a mí con humildad.

—Hermoso, ¿verdad? —preguntó contemplando el amanecer. El olor a tierra mojada nos llegó transportado en una cálida brisa.

—¡Esplendido! —dije sin encararle la mirada— Quisiera salir a disfrutarlo antes de convertirme en zombi —dije riendo.

—¿Cómo puedes hablar así? —dijo— Lo que va a suceder es bastante grave.

Busqué sus ojos y los hallé comprensivos. Si no tenía su amor, tampoco quería su lástima. Lo prefería iracundo, era la forma en que sabía cómo manejarlo.

—Yo más que nadie conozco la gravedad del asunto. ¿Piensas que no he pensado en eso? Es lo único que he hecho en estos días. Si me quedan tan pocas horas, ¿No crees que deba disfrutarlas? ¡Es tanto lo que dejo por hacer! —le confesé con un suspiro que concentraba todos mis anhelos.

El bosque seguía contagiado de la alegría solar. En ese momento, me asaltó una urgencia terrible de correr hasta quedar sin aliento. Y obedeciendo el súbito impulso, salté el barandal y me perdí en la espesura de bosque, sin mediar palabras. Corrí hasta que no pude más, de repente me encontré sobre una colina poblada de espigas abanicadas por el viento. Me senté. Al rato se me unió el mago, quien había quedado atónito por mi huida. Se sentó a mi lado, sin pronunciar palabra.

En la lejanía se veían los techos rojos de las casuchas del pueblo, y más allá, las siluetas de los pinos picoteando las nubes. Aspiré una profunda bocanada de aire que oxigenó por entero mis pulmones. A mi alrededor despertaba la vida y el aliento vivificante de la naturaleza sembraba en mi espíritu la semilla de la resignación.

Un gavián surcó la cortina azul en danza frenética. Solo quien ha visto la majestuosidad de un gavián en pleno vuelo comprende la criminalidad de mantener a un ave en cautiverio. Su vuelo firme y acompasado remontó la cumbre azulada del Monte Glaslo, para luego extender enérgicamente los fabulosos alerones, permitiéndose planear sobre las cabezas de los árboles en la falda de la montaña. Son los regalos sin precio que nos brinda la naturaleza. El mundo inferior, el de abajo, que su visión contempla como manchurroneos verdes y amarillos contrasta con la inmensidad del mundo superior de azul infinito y blancas nubes.

Abajo un vendaval de mariposas multicolores se dispersa en todas las direcciones. Ardillas de cola oscura revolotean a nuestro alrededor, se acercan, corren, se acercan otra vez y al vernos salen disparadas a remontarse sobre la copa de un cedro. Impregnada de aquella tierra silvestre cuyos aromas respiraba mi alma, de aquella plenitud de vida que la naturaleza irradiaba en variedad de formas y colores, obtuve la convicción de que lo imposible era posible. Me sumergí en aquel

escenario divino de la creación y renací luego con la determinación de enfrentar a Zoroastro fueran cuales fueran las circunstancias.

Un temblor de hojas delató la presencia de un ave de singular plumaje. La escudriñé con atención. Los púrpuras y los celestes se unían en un inusual contraste bajo el salpicado carmesí del pecho. Largo rato contemplé la inverosímil coloración del animal y sus movimientos en vaivén sobre las ramas irregulares de un árbol. Lo interpreté como la resurrección del ave fénix, y como el ave, yo también renacería.

Minutos después, rescatada de la abstracción por el llamado sutil de Leonardo, me volví y lo encontré con su mirada añil. Poco puedo narrar de los hechos que a continuación sucedieron. Leonardo seguía mirándome y yo me perdí en aquellos ojos. Quizás la valentía recién adquirida por la exaltación de mi espíritu (o la cobardía hastiada de morar al amparo de mis dudas) me llevó a aventurarme por el camino de la osadía. Lo cierto es que, sin pensarlo dos veces, alcé mis manos y tomé su rostro. Lo acerqué a mi boca y lo besé. Y lo hice dulce y apasionadamente. ¡Ay, Duprina! Si hubieras estado presente, te hubieras revolcado en el pantanal de tus celos. Si hubieras presenciado la pasión con la que me adueñe de sus labios, ganados motivos tendrías para odiarme. Pero no estabas allí y tus ojos no vieron, y en tu ausencia me adueñe de los frutos de tu huerto. En defensa de él, solo puedo decir que en su desconcierto hallé el camino despejado para mi audacia. No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, el transcurrir del tiempo es diferente en estos casos. Pero sus labios eran un néctar dulcísimo del cual no quería despegarme.

De pronto, volví a la realidad y me di cuenta de lo que había hecho, y como una niña traviesa que huye para resguardarse del castigo, así corrí yo de vuelta a la seguridad de la casa. Contenta, pero exhausta llegué hasta el porche en donde Americus y los guardianes vigilaban. Mis hermanas habían desayunado y me esperaban. Leonardo llegó detrás de mí, pero no mencionó para nada el incidente. Nada en su comportamiento denotaba agrado o desagrado por lo ocurrido, lo que me produjo cierto alivio.

Americus me dirigió una mirada complaciente. Siempre creí que el anciano adivinaba mis pensamientos y me sonrojé al pensar que quizás sabía mi secreto. Beatrice me lanzó una ojeada pícara. Americus dijo:

—Tenemos que prepararnos para el ataque. De ahora en adelante, no debes estar sola.

Asentí con una leve inclinación de cabeza. Ante la inminencia de lo inevitable, los rubores del beso quedaron relegados a un segundo plano.

—No me iré sin luchar —exclamé en voz alta. Estaba resuelta a luchar por mi vida.

—Me alegro de que hayas recuperado tu ánimo —fueron las palabras cariñosas del viejo.

El resto de la tarde me entretuve con los guardianes. Buscábamos en las páginas del libro el conjuro requerido, pero no encontrábamos nada. El tiempo se acababa y seguíamos sin avanzar. Cuando me cansaba le pasaba el libro a los guardianes, cuando estos se cansaban, se lo pasaban a Leonardo, quien seguía buscando con igual ardor el tan deseado hechizo.

Llegó la noche y se encendieron las veladoras en la sala. La penumbrosa luz invitaba a las confidencias. Leonardo me señaló un sofá y me ayudó a sentar. Nada había cambiado en su conducta desde el beso robado. Actuaba como si nunca hubiera ocurrido, y lo preferí así. Amenizando la velada apareció Batam-Al-Bur relatando historias de su antigua Persia. Por invitación de Americus llegaron más tarde los señores de la comarca: Alaris, Ducran y Xanatrix. Yo sabía que su visita no era de cortesía, sino que se aprestaban para el próximo encuentro que habría de ocurrir con Zoroastro.

Las puertas del inframundo se abrieron de par en par y Zoroastro y la hechicera Zarnia salieron de las sombras. Sabían exactamente a dónde dirigirse. No iban solos, sus demonios emergieron de las entrañas de la tierra, bramando y destruyendo todo a su paso.

Por mi parte, a medida que pasaban los minutos, me ponía más nerviosa. Yo sabía que la batalla por la custodia de mi alma se

desarrollaría allí. ¿Serían Americus y Leonardo capaces de protegerme? ¿Eran aquellos los últimos minutos de mi vida? ¿Qué pasaría con mis hermanas? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza. Salí al porche para distraer mi mente. Me senté en la escalerilla y empecé a dibujar figuras en la tierra con la rama quebrada de un arbusto. Mariana y Beatrice estaban a mi lado y se entretenían lanzando piedras hacia la maleza. También ellas anhelaban aniquilar al tiempo que se deslizaba con deliberada lentitud. Tanto Americus como Leonardo caminaban alrededor de la casa, atentos a cualquier movimiento. Los señores de la comarca, los guardianes y el genio recorrían los corredores y el interior de la mansión. Batam no ocultaba su nerviosismo, metía las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y movía la cabeza en todas las direcciones, sin dejar de atisbar por las ventanas, de donde esperaba ver aparecer el rostro de algún demonio en cualquier momento.

Entonces, comenzó todo. Vi que unos espesos nubarrones despegaban de la cima del Cinturón del Diablo y se movían con suma rapidez en nuestra dirección, cubrieron todo el cielo en menos de un minuto, y la luna y las estrellas ya no fueron visibles. Estábamos en estado de conmoción. Fue, entonces, que escuchamos un estruendoso ruido que provenía de una de las habitaciones del piso superior. Los brazos de Beatrice y Mariana se arremolinaron en mi cuello y sus manos entumecidas de frío me tornaron la piel de gallina. Por fortuna, minutos antes, Mariana había tenido el buen tino de esconder a Bartolomeo en un gabinete de la cocina y este, como si supiera lo que se avecinaba, se quedó muy quieto, como borrego recién nacido.

Al estallido del estruendo, todos nos pusimos de pie. Con señas, Leonardo les indicó a los señores de la comarca que caminaran hasta el portón y resguardaran la entrada principal. A nosotras nos ordenó:

—¡Rápido! Escóndanse detrás de las poltronas.

Lo hicimos. Batam y los guardianes también lo hicieron. Empujones iban y venían porque el espacio no era suficiente para escondernos a todos. En consecuencia, los guardianes optaron por ocultarse entre las ramas de un helecho cercano. Americus y Leonardo entraron a la sala. Los pasos se escuchaban en el piso superior.

—No hay duda. Hay alguien arriba —declamó Americus.

Y el genio, quejumbroso, después de contarnos con los dedos, exclamó:

—Y no somos nosotros —sus ojos reflejaban el terror que estaba experimentando. Sin embargo, no huyó. Se mantuvo incólume como el resto del grupo, aunque padeciendo ligeros temblores.

Un miedo indescriptible me sacudió. Recordé episodios pasados de mi vida, surgían veloces en mi mente como un collage de peleas fútiles y reconciliaciones, de risas y llantos, de promesas y certezas, todos matizados con el tono de la añoranza. Beatrice me susurró al oído:

—Zoroastro no te llevará. Solo yo tengo el derecho de mortificarte.

Mariana agregó:

—No quiero la vida si tú no estás en ella. Lucharé también hasta el final con las criaturas infernales.

Contuve mis lágrimas al comprobar la magnitud del sacrificio que mi defensa les imponía. ¡Qué orgullosa me sentí, entonces! ¡Y qué orgullosa me siento ahora! Americus y Leonardo, los guardianes, los señores de la comarca y Batam-Al-Bur, un cúmulo de amigos dispuestos a luchar hasta el final contra las fuerzas oscuras a fin de ganarme la salvación. Pedí a Dios depararme el privilegio de corresponder a estos afectos en alguna ocasión futura. ¡Así lo esperaba!

Del camino entreverado del bosque se acercaban dos siluetas. Los señores de la comarca los divisaron y sacaron sus armas.

—¡Vienen hacia acá! —había gritado Xanatrix minutos antes, aprontándose para la contienda.

Americus de un solo vistazo supo quiénes eran. A uno lo conocía como el ayudante de Zarnia, al otro, como la escurridiza mascota de la hechicera.

—Es el Verdugo —gritó Americus— y por supuesto, su inseparable amigo Frozenblack.

Un frío glacial se coló entre mis huesos. A lo lejos, cerca de los charcos de la Vaquera, vi como la oscurísima nube se hacía cada vez más densa, hinchándose en volumen y monstruosidad. Al paso de la nube, caía el bosque chamuscado, los árboles crepitaban y los arbustos pequeños se

evaporaban por la furia del fuego, y solo quedaba una enorme mancha cenizosa y estéril que destilaba los vapores grises de la destrucción. Mientras se avecinaba, se oían los bramidos de la madera carbonizada. Debajo de la nube, se acercaban los demonios de Zoroastro. Eran bajos de estatura, pero con una gran agilidad de movimiento, semejaban gárgolas con jorobas pronunciadas, manos engarrotadas y alas de murciélago. Su aspecto era repulsivo. Los divisamos cuando remontaban la cuesta que descendía hasta las puertas de la mansión. Ante esta vista, el genio optó por esconderse detrás de mí.

Leonardo se despojó de su capa y la arrojó sobre nuestras cabezas para ahorrarnos el atroz espectáculo. Tuvimos que luchar por la capa, ya que Batam la pretendía toda para sí.

Americus les gritó a los guardianes:

—¡Protejan el libro!

Enseguida, saltaron como disparados por una fuerza sobrenatural. Se asieron a una de las enredaderas adyacentes a la casa que daba a la habitación que yo había ocupado la noche anterior. Subieron con la agilidad de un gato montés y de un brinco entraron por la ventana. Sobre la cama encontraron los dos tomos: el de la hechicera Zarnia, retorciéndose con movimientos grotescos semejando los flujos ondulantes de una ola marina, y *Las Llaves del Reino* que permanecía impassible, ajeno al abominable espectáculo de su coterráneo.

Petrarco, Cirila y Drefno estuvieron unos segundos mirando al libro de Zarnia, sin saber qué hacer. Nunca habían visto algo así.

—¡Rayos y Centellas! ¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Petrarco.

—El libro se está activando. Alguien debe tomarlo, no podemos dejar que la hechicera lo recupere. Leonardo tiene que llevarlo a Eisenbaum para desterrarlo del mundo de los hombres —dijo Drefno.

—Tómalo tú, yo tengo *Las Llaves del Reino* —respondió Petrarco.

—Yo no quiero llevar eso —gritó el elfo.

Cirila estaba impaciente y reprendió a ambos:

—Los dos son unos obstinados. Estamos perdiendo tiempo. Escondámoslo en la habitación y después vendremos por él.

Drefno tomó el libro con asco y lo encerró en un closet.

—Ya es hora, vámonos —agregó Cirila y se prepararon para salir de la habitación. Corrieron por el pasillo y se frenaron en el tope de la escalera.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes? —preguntó Cirila. Petrarco señaló con el dedo hacia abajo. Una espeluznante mujer, de cabellera esponjada, flotaba en el aire. Se parecía a la Medusa, la más temida de las Gorgonas. Su expresión colérica les confirmó lo que temían: que se trataba de la hechicera Zarnia. Esta, con la parsimonia propia de los espectros, flotaba sobre los escalones:

—Creo que tienen algo que me pertenece ¿No es así? —dijo con una voz perversa salida de ultratumbas.

Los guardianes la contemplaban a medida que iba ascendiendo, paralizados por el pánico:

—¡No lo creo! —gritó Petrarco echándose para atrás a último momento, tropezando con Cirila y Drefno, quienes cayeron al suelo, pero enseguida se incorporaron. Corrieron a buscar refugio e intentaban abrir las puertas de las habitaciones del pasillo a medida que avanzaban, pero estaban cerradas. A punto de ser alcanzados, divisaron una escalerilla que llevaba al ático. Se apresuraron, subieron los peldaños de dos en dos y trataron de abrir la puerta, pero la escalerilla era estrecha, estaban apretujados y ninguno lograba girar el pomo porque se les resbalaba de las manos. Petrarco no quería soltar el libro por temor a que la bruja se lo apropiara. Así, entre gritos y empujones ni uno ni otro abría la puerta. A último momento, Cirila lo logró. Entraron y la cerraron, prácticamente en las narices de la bruja. Del otro lado, la voz cavernosa de Zarnia se escuchaba murmurando extrañas palabras. Drefno se inquietó:

—¿Qué dice, Petrarco? ¿Qué dice?

El duende contestó:

—Creo que está conjurando a sus demonios para abrir la puerta. No estamos seguros aquí.

Entonces, comenzaron a buscar una salida antes de que el esperpento lograra su cometido.

—¿Alguna idea? ¿Alguien? —gritaba Petrarco en aquel ático abarrotado de objetos inservibles.

Mientras tanto, Zoroastro hacía su aparición en la sala. Iba vestido de negro prieto, sus manos enguantadas sostenían un extraño báculo en cuyo extremo estaba incrustada la imagen de un león con las fauces abiertas. La imagen tenía movimiento y la bestia rugía con furor. Pero Zoroastro lucía diferente. Mejoró su apariencia. Llevaba el cabello negro pulcramente cortado, su tez era blanca y los ojos, verdosos. De las manos nada tenía que decir, ya que estaban cubiertas por guantes de gamuza negra. Intrigada por esta nueva facha del demonio, solo inferí que poseía la extraña habilidad de cambiar su rostro a voluntad, quién sabe por qué oscuros motivos.

Americus y Leonardo bloquearon la puerta y eran el único obstáculo que se interponía entre Zoroastro y yo. El primero daba instrucciones a su hijo ante el inminente ataque, el segundo escuchaba atento y no dejaba de observar el desplazamiento del mago negro.

—¡No te apartes de ellas! —le ordenó Americus.

El viento soplabla helado y percibí que algo siniestro flotaba en el ambiente. Por su parte, los señores de la comarca le cerraron el paso al Verdugo, quién pretendía llegar a la casa para ayudar a la hechicera. El aliado de la bruja se plantó ante ellos con actitud despreocupada. No estaba apurado, así que metió una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un tabaco que masticó como si fuera chimo. Enseguida sus dientes se tiñeron de marrón y se dirigió a ellos con sorna:

—¡Están en propiedad privada! Abandonen la mansión o aténganse a las consecuencias.

Xanatrix, Ducran y Alaris no se movieron del portón. El Verdugo no pasó, pero Frozenblack, a quien no lo detenían los obstáculos terrenales, saltó la verja y corrió hacia la casa sin que los señores hicieran algo para detenerlo.

—Sabemos que esta casa le pertenece a la hechicera Zarnia, y la dejaremos cuando dejen en paz a la muchacha —espetó Ducran.

El Verdugo hizo una pausa para enderezarse, luego, mascando más tabaco, lo escupió a los pies de Alaris, quien repugnado observaba el

bagazo expectorado conteniendo sus ganas de vomitar. El Verdugo respondió con una risotada:

—En ese caso, esperemos por ella. Quiero ver cómo los saca a las patadas.

Los señores de la comarca no se inmutaron. Volvieron la mirada hacia la casa, y desde allí Leonardo les hizo señas para que mantuvieran sus posiciones. Sin ofrecer resistencia, el Verdugo agachó la cabeza y se apostó a un lado del portón, a esperar a que llegaran los demonios de Zoroastro, cuya presencia se anunciaba por el apestoso olor que ya se sentía en el ambiente.

Mientras tanto en la sala, la amenazante figura de Zoroastro, desafiando los poderes del mago, se dirigió hacia la puerta. Americus le obstaculizó el paso. El espectro le advirtió:

—Solo vine a buscar lo que me pertenece. No te entrometas en mis asuntos. Entrégamela y me iré sin causar problemas.

Americus mantuvo la calma:

—La joven no quiere irse —agregó— ¿Por qué te interesa tanto la muchacha? ¡Nunca has hecho el trabajo de tus demonios! ¿Por qué ahora es diferente?

Zoroastro lo miró con fijeza, no tenía intenciones de hablar. Se abrió la capa y esgrimió el báculo macabro para usarlo en contra del anciano.

—No me hagas perder más el tiempo —dijo exasperado— Ella tiene el anillo y este me pertenece. No tengo la culpa de que no pueda quitárselo. No me iré sin ella.

El otro no se amedrentó, seguía bloqueando la puerta y lo instó a que retrocediera.

—Aléjate, Zoroastro. Vuelve al inframundo, aquí no tienes nada que buscar. La muchacha no se irá.

Zoroastro refutó:

—No tienes derecho a mandarme al inframundo. Ya cumplí mi condena. Soy libre para vagar en el mundo de los hombres.

Leonardo completó:

—Hasta que cometas otra falta y te volvamos a condenar.

Zoroastro lanzó una carcajada que me heló la sangre.

—Primero tienen que demostrar la falta. Entréguenme a Camila ya.

Mis hermanas y yo escuchábamos la conversación desde nuestro escondite. Ni Americus ni Leonardo cedían, y Zoroastro mostró rastros de impaciencia. En un momento dado se dio cuenta de que no conseguiría nada con los magos y que debía intentar otra treta. Entonces, desapareció.

Llegaron las bestias del inframundo al portón, y escuchamos cómo los señores de la comarca luchaban con los espectros, lo que le dio tiempo al Verdugo para llegar hasta nosotras. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Aquel hombre pronto estaría sobre mí, pero Batam se interpuso y Leonardo apareció para repelerlo. El Verdugo se alejó hasta un matorral, hasta él sabía que no tenía poder para enfrentar a un mago.

Zoroastro regresó, pero esta vez no venía solo. Se plantó frente a la casa con sus horribles criaturas: seres de un solo ojo, con pezuñas curvadas y aliento de muerte. Se dirigió a Americus:

—Eres muy viejo para vencerme, así que apártate y déjame hacer mi trabajo —le dijo al mago que continuaba en la puerta de entrada. Leonardo se situó delante de él.

—El no luchará contigo, pero yo sí.

Beatrice suspiró de alivio, no es que no tuviera confianza en los poderes del gran Mago Supremo, sino que creía que no tenía chance de ganar en una confrontación contra aquel robusto muchacho salido del inframundo.

Zoroastro clavó su mirada en Leonardo, al tiempo que llegaba la nube oscura y se posaba a un lado de la casa. Enseguida, un olor nauseabundo se esparció por el lugar. De la masa amorfa se escuchaban lamentos que brotaban del interior. Giraba y en la superficie se mostraban restos de partes humanas. Cerré los ojos por unos segundos para evitarme la visión de ese horror. Zoroastro habló de nuevo:

—No eres lo suficientemente poderoso para enfrentarte a mí.

—Eso lo veremos —respondió Leonardo desde el porche.

El mago negro alzó el báculo hacia la masa amorfa, murmuró unas extrañas palabras, y del nubarrón surgió un rayo que dirigía con el movimiento de su mano. Leonardo desenvainó una vara metálica, muy

parecida a un sable, pero sin la empuñadura, que interceptó al relámpago y lo desvió hacia la fachada de la casa. Por desgracia, allí se encontraba Americus y lo hirió de refilón en la cabeza, dejándolo inconsciente. Sobre nosotras cayeron algunos escombros, pero no salimos heridas. Teníamos que llevar a Americus a un lugar seguro.

—Beatrice, Mariana, sostengan las piernas de Americus, yo lo tomaré por los brazos. Iremos detrás de aquellos arbustos —dije, señalando un lugar.

Volteé a mirar en dónde se encontraba Zoroastro y como estaba entretenido martirizando a Leonardo, movimos a Americus. Leonardo se arrastraba entre los girasoles y las margaritas, mientras Zoroastro lanzaba rayos que caían dejando cráteres humeantes de considerable tamaño. No veía a Batam por ningún lado, seguro había corrido a esconderse en su botella, pensamiento que hasta yo había considerado. Mariana rasgó las mangas de su blusa para usarlas como vendajes que acomodó en la frente de Americus. Era muy hábil cuando se trataba de dar los primeros auxilios.

—¡Mira! —señaló Beatrice hacia lo alto de la ventana.

En ese momento, Cirila estaba saliendo por la buhardilla y extendía una mano a Petrarco para ayudarlo, ya que estaba atascado a la altura de la cintura. Los gritos desaforados de Drefno nos dieron a entender que se hallaba del otro lado empujándolo. Después de un pequeño forcejeo, la regordeta figura salió y el elfo le extendió dos abultadas bolsas de felpa. Entonces, fue el turno de Drefno para salir. Cirila voló, pero sus compañeros no podían hacerlo, así que tuvieron que bajar por la tubería de aguas de lluvia. Mariana les hizo señas para que se reunieran con nosotras. Cuando llegaron, Petrarco nos relató el encuentro con la hechicera, y dando una mirada alrededor, agregó:

—¡Vaya que tienen actividad aquí!

Vi que no tenían los libros, ya que traían consigo solo dos bolsas demasiado pequeñas para contenerlos.

—¿Y los libros?

Drefno contestó:

—El de la hechicera lo escondimos, pero Zarnia logró arrancarnos el otro, pero no te preocupes —y empezó a reír como loco.

—¿Y qué tiene eso de cómico? —pregunté viendo su afán.

—Te lo explicaremos más tarde. Debemos ayudar a los señores de la comarca —dijo Petrarco, viendo que Ducran estaba herido, y que los demonios se abalanzaban sobre Alaris y Xanatrix. Petrarco y Drefno corrieron hacia el portón.

En el hueco donde había estado la puerta apareció la bruja Zarnia, sosteniendo con regodeo *Las Llaves del Reino*. En su boca siniestra se dibujaba una sonrisa que parecía más bien una mueca. El Verdugo se acercó a ella. Se saludaron con una leve inclinación de cabeza. Con la misma parsimonia que mostrara en la escalera, Zarnia se acercó a su maestro diciendo:

—Aquí tiene el libro, mi señor. Puedes llevarte a la muchacha cuando quieras. He cumplido mi trato. Te serví por cincuenta años. Ahora le toca a ella servirte y yo quedo libre.

El espectro sonrió con satisfacción. Le entregó su báculo al Verdugo y tomó el libro. Un extraño brillo iluminó su rostro y yo sentí que estaba perdida. Las bestias pararon su lucha y fueron a reunirse con su amo. Alaris y Xanatrix trajeron a Ducran y lo colocaron al lado de Americus. Detrás de ellos, llegaron Petrarco y Drefno.

Zoroastro abrió el libro. Las primeras páginas estaban en blanco, hojeó el resto y se dio cuenta de que todas estaban igual. La portada era el único elemento que tenía del libro original. Burlado y defraudado, estalló de forma voraz y estruendosa:

—¿Pero qué clase de broma es esta, Zarnia? —vociferó mientras lanzaba el libro a los pies de la hechicera— Estas páginas están en blanco.

Miré a los guardianes. Yo tampoco entendía lo que estaba pasando. Cirila reía a todo pulmón, recostada de un arbusto. Petrarco se revolcaba a carcajadas sobre el césped con las dos manos sobre la barriga y Drefno sonreía con aristocrática pulcritud. Entonces, develaron el misterio de las dos bolsas verdes:

—¡Robamos las letras del libro! —dijo Petrarco en un susurro de voz amortiguado por su risa— Nunca lo habíamos hecho, pero valió la pena solo por ver la cara de sorpresa de Zoroastro y la bruja.

Yo estaba estupefacta, jamás pensé que semejante cosa podía hacerse. No obstante, estaba descubriendo que había muchas cosas que eran posibles gracias a la magia. Beatrice y Mariana estaban perplejas.

—¿Las letras? Pero, ¿Cómo lo hicieron? —pregunté.

—Con magia —contestaron los tres al unísono.

Mientras tanto al frente de la casa se desarrollaba la siguiente escena: La bruja se quejaba, murmuraba excusas en las que confirmaba que ese era el libro que tenían los guardianes. Zoroastro, por su parte, vociferaba la incompetencia de Zarnia y la urgía a que encontrara el verdadero tomo. En ese momento, Zoroastro giró y dirigió la mirada hacia nosotros. Sentí un extraño estremecimiento. El espectro estaba furioso. Tomó el báculo con actitud amenazante y lo enfocó hacia mí. Alaris y Xanatrix se interpusieron en el camino, pero Zoroastro, con un movimiento de su brazo, los arrojó a unos cuantos metros de la casa. En ese momento, Leonardo salió de la maleza y, desde atrás, le rodeó el cuello con su brazo, pero también fue lanzado. Los guardianes se dispersaron, mientras Beatrice y Mariana permanecían con Americus y Ducran, todavía inconscientes. Me angustiaba que Leonardo estuviera herido y quise acercarme a él, pero Zoroastro me atajó en el camino.

—¿A dónde crees que vas con tanta de prisa, muchacha?

Me tomó del brazo enterrando sus garras en mi carne. Grité porque la presión de aquella mano quemaba como fuego. Leonardo se levantó y corrió hacia nosotros, pero no tuvo tiempo de llegar. El espectro encumbró el báculo y sacudiéndolo lo repelió por los aires, cayendo esta vez cerca de donde se encontraban mis hermanas.

Leonardo pensó en utilizar un hechizo de invisibilidad, de esa forma se acercaría y le arrebataría la vara que era el instrumento de su poder. Desapareció de nuestra vista. El demonio volvió a dirigirse a él:

—¡Ese hechizo no te servirá de nada! —gritó Zoroastro.

Y recitó unas palabras que deshicieron el hechizo de Leonardo y lo hicieron visible de nuevo.

La hechicera Zarnia, viendo que Leonardo no se rendía, se abalanzó sobre él y trató de estrangularlo. Daba vueltas con la mujer anclada a sus espaldas. La mano de acero de Zoroastro seguía aprisionándome con firmeza. Lo pateé, lo rasguñé, lo golpeé y en el momento en que sentí que me zafaba, corrí en dirección a la casa, pero tropecé por una zancadilla que me tendió el Verdugo. Me miró con su malévola sonrisa. Tan fuerte fue la caída que se me llenó la boca de grava. Sentí que una mano me agarraba con fuerza del tobillo. Era Zoroastro y me arrastró hacia él otra vez. Segundos después, aflojó la presión. Fue entonces que vi a Beatrice colgada de su cuello, usando la misma técnica que Zarnia utilizaba con Leonardo. Mariana, a su vez, se aferraba a las piernas del demonio con la misma dedicación de una garrapata en la oreja de un canino. Todos forcejeaban. Beatrice gritaba:

—Si salimos de esta vas a estar en deuda conmigo por el resto de tu vida.

Mi respiración se paralizó cuando vi que Zoroastro lanzaba de una patada a Mariana hacia la nube negra. Seguí su trayectoria con la vista, viendo como abanicaba sus brazos en un esfuerzo por alejarse del nubarrón. Segundos antes de terminar engullida por la tenebrosa masa, Leonardo, aun con la hechicera sobre sus hombros, la sujetó por el tobillo y logró desviarla hacia el porche. Suspiré de alivio y agregué un motivo más a la larga lista de razones para estar agradecida con el mago.

Enfurecida con Zoroastro, lo pateé con toda las fuerzas de mis dieciocho años. A lo lejos, vi que Petrarco me hacía señas que no entendía. Dejé de mirarlo en el momento en que el demonio se deshizo de Beatrice con un manotazo. Me alzó por la cintura hasta que quedamos frente a frente. En ese preciso instante, apareció la gallarda figura de Batam-Al-Bur. No venía solo, lo acompañaban siete magos orientales, ataviados con elegantes vestiduras. Había aprovechado el caos para escabullirse en la botella y buscar ayuda.

—Puede que yo sea un cobarde, pero tengo amigos valientes —expresó el genio, quién se dirigió hasta donde se encontraba Americus, dejando que sus acompañantes se integraran a la lucha. Uno de ellos sacó una daga que lanzó al corazón de Zoroastro, esquivándome por

centímetros. Esta maniobra sirvió para que me soltara. Corrí hacia los arbustos en donde se habían refugiado Beatrice y Mariana. Leonardo luchaba con Zarnia y el Verdugo quien se había unido al combate.

—¡Qué mujercita esa! —pensé, viendo la perseverancia de la hechicera.

Zoroastro se quitó el cuchillo y lo tiró al piso. No estaba herido ni moribundo. Con el báculo dirigía la nube oscura que lanzaba rayos incandescentes que iban impactando por todo el lugar. Los genios se turnaban para atacarlo, pero nada parecía dañarlo.

La escena era dantesca, rayos, demonios y brujas en brutal agitación. Luego de unos minutos, grité:

—¡Suficiente! —y me dirigí hacia donde se encontraba Zoroastro— me iré contigo, si eso es lo que quieres. No soporto ver como dañas a mis seres queridos.

Mariana soltó unas lágrimas al tiempo que decía:

—Camila, no te rindas. Tú nunca te rindes. Aún tenemos fuerzas para luchar.

—Cierto, aún no ha corrido sangre —gritó mi aguerrida hermana Beatrice.

Me enternecieron sus manifestaciones de apoyo. A pesar de nuestras diferencias, éramos un equipo y siempre estábamos juntas para protegernos unas a otras.

Me acerqué hasta donde estaba Zoroastro y me coloqué a su lado.

—¡Tú ganas! —le dije— Iré voluntariamente a donde quieras.

Zoroastro me miró, incrédulo. La hechicera soltó a Leonardo y se acercó al mago negro, riendo a carcajadas. El Verdugo y Frozenblack estaban a su lado.

—Volví a mi casa. No me malinterpretes, pasé buenos momentos junto a ti, amo —replicó la hechicera— pero siempre añoré mi hogar.

Leonardo me miraba exhausto. Las cosas no resultaron como creía. Le faltaba el aliento y se negaba aceptar que todo había terminado. Zarnia se acercó a Zoroastro, colocó sus brazos alrededor de su cuello para despedirse con un beso fraternal. Fue ese preciso instante el que

aproveché para sacar el anillo de mi bolsillo y ponérselo a Zarnia. La operación me tomó solo segundos.

—Me temo que tendrás que pasar un tiempo más con tu amo —le dije mientras me apartaba.

La bruja observó su mano y emitió un alarido como el de un animal herido.

—¿Qué has hecho? —gritó la hechicera.

Con tranquilidad contesté:

—Te regresó lo que es tuyo. Con trampas lo pusiste en mi dedo, con trampas te lo regreso. Hechizaste el anillo para conseguirle aprendices a Zoroastro. Solo te estoy dando una cucharada de tu propia medicina. Imagino que siendo tú la autora del conjuro, no tendrás problema en quitártelo.

—¿Pero cómo es posible? —profería compungida la bruja, sabiendo que estaba perdida sin su libro de magia.

—¡Magia! —contesté— ¡Únicamente magia!

—¡No puede ser! Tú no eres bruja. ¿Cómo lo hiciste? —aullaba la hechicera.

—Con la ayuda de mis amigos. Aún no soy una hechicera, pero planeo convertirme en una pronto.

Zoroastro se puso rojo de ira. Se sintió burlado porque su interés estaba centrado en mí y no en Zarnia. Le dirigí unas palabras:

—Ahora que ya no tengo el anillo, tendrás que llevarte a tu bruja de nuevo. ¡Al menos por otros cincuenta años!

El demonio me miró con impotencia aceptando su derrota:

—Te salvaste por ahora, pero tarde o temprano habitarás el inframundo.

—Lo dudo —contesté— Nunca estaré con las sombras.

Diciendo esto giré y busqué a Leonardo. Corrí hasta él y lo abracé. Los guardianes gritaban y saltaban al mismo tiempo. Zoroastro desapareció y se llevó con él a la bruja y sus demonios.

Los amigos de Batam, aprovecharon el íterin para despedirse y me aseguré de expresarles mi agradecimiento. En ese momento, Americus volvió en sí y le relatamos lo ocurrido:

—Tal parece que me perdí toda la acción —bromeó— ¿Y el libro de la hechicera?

Petrarco respondió:

—A salvo en una de las habitaciones. Leonardo podrá llevárselo a Eisenbaum y encerrarlo en la bóveda de los libros prohibidos.

Beatrice vio su ropa y refunfuñó porque estaba hecha jirones. Mariana, en cambio, corrió a sacar a Bartolomeo del gabinete.

Nos sentamos sobre el único escalón del porche que no estaba destruido. Necesitábamos reponer fuerzas.

—Ahora, explícanos ¿Cómo lo lograste? —preguntó Beatrice.

Sonreí con satisfacción, me había quitado un gran peso de encima.

—Dejaré que Petrarco lo cuente, como me lo contó a mí.

El duende se levantó, se colocó al frente de su auditorio y narró:

—Cuando auxiliábamos a Americus y vimos que Zoroastro se acercaba, nos dispersamos. En la confusión del momento, se me cayeron las bolsas. Minutos después, regresé para recogerlas y me di cuenta de que las letras se habían acomodado en la grama de tal forma que se leía un mensaje.

El duende hizo una pausa y yo continué el relato:

—Petrarco me hizo señas, pero yo no las entendía. En resumen, me acerqué y vi el mensaje. No tuve problemas para entenderlo. Por impulso, lo leí en voz alta. De repente, sentí que el anillo se aflojó sin ningún esfuerzo de mi parte, cayó al suelo y lo recogí para guardarlo en el bolsillo. Fue entonces que se me ocurrió una idea: ponerle el anillo a Zarnia con engaño. Así que me acerqué a Zoroastro pretendiendo que aceptaba irme con él y esperé a que ella se acercara.

—No estábamos seguros de que funcionaría —dijo Petrarco— por eso teníamos un Plan B.

—¿Plan B? —contestó Drefno— Ni siquiera teníamos un Plan A.

—¡Claro que sí!

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí!

—Ah, ¿sí? ¿Cuál era entonces? —replicó el elfo.

—No puedo decirlo, era secreto —dijo el duende.

Así continuaron un buen rato discutiendo hasta que Cirila se interpuso entre ellos. Sus alas revolotearon sobre el rostro de Petrarco quien, entonces, discutió con ella.

Leonardo se acercó a mí y me estrechó la mano:

—Hiciste un buen trabajo, Camila. Estarás bien. Al final, tuvimos razón. Solo tú tenías el poder de salvarte. Espero que hayas aprendido a creer en ti misma.

Luego tomó *Las Llaves del Reino* y agregó:

—Habrá que hacer un trabajo de restauración para que las letras ocupen sus posiciones de nuevo. Pero gracias a ti, hemos recuperado uno de los libros más preciados de la Cofradía.

Me sentí un poco desilusionada por la frialdad del mago. Después de todo habíamos compartido un beso, un momento íntimo que jamás olvidaría. Miré a los demás. Tenía tanto que agradecer. Opté por abrazarlos a todos porque no había palabras que tradujeran la magnitud de mi aprecio.

—¡Salgamos de aquí! No soporto más ver esta casa—dijo Beatrice echando una mirada a todos los destrozos.

—¿A dónde iremos? —preguntó Mariana, acurrucada con Bartolomeo.

—Iremos al Gran Prince —dije con elocuencia— A esta hora Doña Tula y su gente ya deben haberse marchado. Celebraré mi cumpleaños y llamaremos al Dr. Linares para que aceleren los trámites de la herencia y podamos marcharnos a la ciudad cuanto antes. Con la golpiza que medio Gertrudis estoy segura de que perdió todos sus privilegios como tutora.

—¡Sí! —gritó Mariana, muy entusiasmada.

—¿Estás segura de que la muchedumbre se marchó? —preguntó Beatrice.

Le confirmé:

—Claro que sí y para cuando se enteren que regresamos, ya habremos dejado San André para siempre.

El Verdugo y Frozenblack desaparecieron. Nadie supo a dónde fueron. Batam-Al-Bur se quedó a celebrar.

Llegamos al hotel casi a la medianoche, justo con el tiempo necesario para refrescarnos y bajar al restaurante. Americus se adelantó y pidió un enorme pastel de chocolate. Me sorprendí al ver que aún después del incidente mi amor por el chocolate seguía intacto. Estar rodeada de mis hermanas y amigos fue el mejor regalo de cumpleaños.

La velada transcurrió entre ocurrencias y chistes. Solo Leonardo parecía estar distante y apenas si probó el pastel. Conjeturé que, a lo mejor, pensaba en Duprina; eso me amargó el momento. En todo caso, me acerqué a buscarle conversación, pero contestaba con monosílabos y frases corteses, así que opté por dejarlo tranquilo. ¿Estaría molesto por el incidente del beso? No me atreví a preguntar. Por mi parte, no me arrepentiría nunca de aquel beso robado que aún sentía cálido en mis labios. Les contaría a mis hermanas en el momento oportuno, nos reiríamos de mi audacia y el incidente entraría al reino de las anécdotas.

13 EL ADIÓS

Me despertaron los rayos de un sol incandescente que se colaban por la ventana. Acurrucadas a mi lado, en la misma cama, dormían Beatrice y Mariana, y sus rostros mostraban una expresión pacífica que no los había visto en mucho tiempo. Nos acostamos en la madrugada, así que me levanté con cuidado para no despertarlas. En puntillas caminé hacia la ventana. Por la posición del sol intuí que eran como las nueve. Corrí al baño para asearme. Deseaba bajar al Lobby para alcanzar a Leonardo antes de que partiera. Tenía tanto que decir. Si tenía suerte, podríamos hablar de nuestros sentimientos, porque si de algo estaba segura es de que él sentía algo por mí. Es verdad que yo fui quien lo besó primero, pero él me correspondió con igual entusiasmo, y eso no se finge.

Batam-Al-Bur se marchó tan pronto terminó la reunión, no tenía caso mantenerlo alejado de su tierra cuando ya nuestros problemas estaban resueltos. Se fue muy agradecido, dejándonos una invitación abierta para cuando quisiéramos ir a visitarlo. Como recuerdo, nos dejó su botella. Extrañaría su presencia. Aunque fueron pocos los días que compartimos con el genio, la intensidad de nuestras vivencias se sentían como si lo hubiéramos conocido toda la vida.

Me habitué a la idea de Beatrice siendo la esposa del Prefecto Farfán. Aun no me había comunicado su decisión al respecto, pero sea cual fuera, respetaría su elección aunque me causara molestia. Las decisiones labran el destino, pero no podemos imponer nuestro criterio a los demás. Cada cuál es libre de tomar sus decisiones y afrontar sus consecuencias.

En el Lobby me encontré con Americus. Vestía un pantalón negro y una escandalosa camisa a cuadros, lo que hacía imposible que pasara desapercibido; su atuendo lo complementaban unas botas de gamuza marrón. Conversaba con la recepcionista y le daba instrucciones sobre nuestra estada. Corrí hasta él y me colgué de su brazo. Se ladeó ligeramente con sorpresa, luego me abrazó efusivamente.

—Me imagino que no pensabas marcharte sin despedirte —dije con simpatía.

El anciano me miró con una amplia sonrisa.

—No, nada de eso. Tú jamás me lo permitirías —exclamó riendo— Arreglaba con la señorita algunos detalles sobre tu estada en el hotel. Los gastos ya fueron cubiertos. En una hora el Dr. Linares estará aquí para llevarlas a la ciudad. También se encargará de procesar a Gertrudis por el acto de agresión que cometió contra ti.

—No quiero levantar cargos contra ella. Solo quiero voltear la página y olvidar todo lo que vivimos en San André —agregué—. Solo quiero recuperar La Borrascosa porque tengo muchos recuerdos del abuelo allí. Nos iremos y olvidaremos esta pesadilla.

Hice una pausa y le pregunté a Americus sobre un asunto que me inquietaba:

—¿Por qué Zoroastro me quería con él?

Americus me miró de una forma extraña.

—Tienes un gran poder que todavía no has desarrollado. Quería tenerte como aliada. Intuyo que tú, como enemiga, representas un gran peligro para él.

—¿Un peligro? Pero si yo no tengo poder ni para matar una mosca. Tampoco entiendo por qué el libro me eligió portadora. Imagino que ya no lo soy.

—El libro está en manos de la Cofradía, así que nosotros somos los nuevos portadores. Hiciste un buen trabajo al hallarlo.

Eché una mirada a los alrededores. Leonardo no estaba. Dirigí una mirada interrogativa al anciano.

—Él se fue muy temprano —me dijo.

Mis ojos se humedecieron, a pesar de que deseaba reprimir las lágrimas. Hubiera querido verlo para expresarle, si no mi amor, al menos mi agradecimiento.

—¿Sin despedirse? ¿Tan desesperado estaba por dejarme?

Americus entornó sus ojos compasivos, rodeó mis hombros con su brazo y me dijo en tono de confidencia:

—Leonardo no es bueno para las despedidas, ni está acostumbrado a manejarse con los sentimientos. Es un muchacho testarudo y no quiere reconocer lo que siente por ti. Está confundido. En el fondo, él te quiere.

—¡Oh, sí! —asentí— ¡Me quiere en el fondo de un barranco!

El anciano volvió a reír.

—Dale tiempo, muchacha. Los hombres nos convertimos en tontos cuando se trata del amor. Conozco a mi hijo, una vez que aclare sus sentimientos, te buscará. Además, él tiene un compromiso con la arpía de Duprina. Debe arreglar su situación antes de proponerte algo a ti.

Pero como aún seguía dolida, Americus, enseguida, abrió su maletín y sacó un sobre que colocó en mis manos.

—Toma, Camila —dijo— Dentro hay un poema que Leonardo escribió pensando en ti. No sabe que te lo estoy dando, lo rescaté del cesto de la basura. Espero que tengas el buen tino de mantener el secreto. Si no, estaré en problemas —acotó, lanzando una de sus enigmáticas sonrisas.

Con curiosidad tomé el sobre, lo abrí y vi un papel amarillo arrugado. Alisé la hoja que estaba escrita a mano:

*A unos pasos estás, pero te siento lejana,
como lejana la luna a la brillantez del sol,
lejanos los pasos que hacia ti me llevan.
Y entre distancia y anhelo no sé qué es peor:
vivir extrañando tu ausencia o
adivinando tu presencia.
Es la paradoja para la que aún no tengo respuesta.*

Los versos continuaban narrando las desventuras de un amor no correspondido. Me sentí desdichada. Leonardo se marchó y ni siquiera se despidió de mí. Su comportamiento no era congruente con el de un hombre enamorado. En mi interior pensaba que aquel verso estaba dirigido a Duprina.

—Si siente algo por mí ¿Por qué no se quedó? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué se fue?

—Leonardo tiene mucho en qué pensar. Dale tiempo —dijo Americus.

Guardé el papel y nos abrazamos como dos viejos amigos.

—¿Te volveré a ver? —interrogué.

—Todas las veces que quieras —y con otro abrazo, me estampó un beso en la frente— Piénsalo, serías una excelente bruja.

Y con esas palabras, se dirigió hacia la puerta y desapareció. Estuve un buen rato vagando sola por el Lobby. Caminé hasta un jardín interno del hotel y me senté sobre un banquillo. Volví a leer el verso y me enjuagué las lágrimas que rodaban por mis mejillas a medida que leía. No quería que mis hermanas me vieran así.

—Bueno —me dije— El mío no es el primer corazón roto. La vida continúa y en algún momento nuestros destinos se cruzarán.

Pero dentro del sobre había otros papeles, así que vacié el contenido sobre mi regazo. Había una tarjeta de Americus invitándome para la Celebración del Año Nuevo de los Magos, que se llevaría a cabo en dos semanas y una planilla de Solicitud para Aprendiz de Bruja del famoso Instituto de Magia y Hechicería de Eisenbaum.

Sonreí, a pesar de mis lágrimas. Americus hacía muy bien su papel de celestino. Guardé las hojas de nuevo en el sobre y salí corriendo de vuelta a la habitación. Después de todo, parecía que el mago y yo tendríamos nuevas oportunidades para encontrarnos y quizás el amor sí tenía un espacio para mí en su corazón. Solo el tiempo lo diría.

ACERCA DEL AUTOR

Viky Elis es el seudónimo literario de Danielle Pérez Guillén. Nació en Caracas, Venezuela, 1960. Es la mayor de cuatro hermanos y desde pequeña sintió inclinación por la literatura fantástica y el romance, géneros que más tarde plasmaría en sus propias obras. Su pasión por la escritura se vio interrumpida por su carrera profesional como asistente de altos ejecutivos en empresas trasnacionales, donde trabajó durante más de dos décadas.

En el año 2011, Viky decidió retomar su sueño de ser escritora y publicó su primera novela, *Los Dos Libros de San André*, que forma parte de la colección *Crónicas de Magia*. Esta saga narra las aventuras de un grupo de jóvenes que descubren un mundo mágico oculto en la ciudad de San André. La novela tuvo una buena acogida entre los lectores de ficción fantástica y romance para adultos jóvenes, y pronto se convirtió en un éxito de ventas.

Animada por el apoyo de sus fans, Viky continuó escribiendo las secuelas de su saga: *La Aprendiz de Bruja* y *La Guerra de los Magos*, que también fueron autopublicadas en formato digital y tapa blanda. Estas novelas profundizan en el desarrollo de los personajes, los conflictos entre las distintas facciones mágicas y el romance entre los protagonistas. Otras obras de la autora son: *Amy* y *la Isla de las Águilas*, *Las Tres Caras de Jano*, *15 Años de Ausencia*, *Los Vampiros Beben Agua* y *Mi Abuela Blanca*.

Viky Elis vive actualmente en Ciudad de México, desde donde sigue creando historias llenas de magia y amor para sus lectores. Además de escribir, Viky disfruta de la música, el cine, la naturaleza y la compañía de su familia y amigos.